

LA AURORA

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA.

BAJO LA DIRECCION DE DON JOSÉ ANTONIO TAVOLARA.

À NUESTROS AMIGOS

CONOCIDOS Y DESCONOCIDOS,
Y A TODOS LOS QUE LAS PRESENTES LEAN
¡SALUD!

La Aurora ha probado lo suficiente que ha nacido viable, es decir, con fuerzas de vida, puesto que ya ha alcanzado vivir seis meses.

¿No es esto un caso de longevidad, digno de ser apreciado por quien se interesa en la literatura?

¿No es esto extraño entre nosotros?

La Aurora ha vivido seis meses, y podemos garantir que vivirá todavía una série de semestres,—con tal que Dios no le quite la vida,—con tal que sus amigos conocidos y desconocidos sigan prestándole proteccion y simpatía, mediante su correspondiente óbolo—ese lastre de todas las naves literarias, grandes ó pequeñas.

No tememos hablar de porvenir en *presencia* del presente. El pasado nos autoriza para ello, y algo mas.

Aproximase el otoño, y, con él, la caída de las hojas. Pero estaremos firmes, y para hacernos tumbar, se precisan fuertes aquilones. Podemos decirlo, ufanos.

Viviremos pues,—á no ser que los dioses hayan dispuesto que suceda todo lo contrario.

Somos fatalistas.

Lo que está escrito, nadie lo borra, y debemos inclinar nuestra cerviz.

La suerte de *La Aurora* está escrita, no nos cabe duda, en algun libro del destino,—y, si le toca morir, sabrá hacerlo como los Macabeos: firme y de pié, con la pluma en la mano, la ironía en los labios, la esperanza en el corazón!

Se nos podrá gritar: *Vae victis!*

¡Hay vencidos que se honran de sus derrotas!

Dicho esto, agregamos:

La casa de *La Aurora* es chica, pero grande lo bastante para sus amigos,—¡amigos de su eleccion!

Nos han visitado durante seis meses: bien pueden volver; y los que no conocen el camino, traten de hacerse lo indicar.

Nuestro corazón, nuestros brazos y nuestras columnas—se los abrimos siempre de par en par.

La Aurora es el órgano de la juventud que lucha y que espera,—la tribuna de los espíritus entusiastas y de las inteligencias ardientes.

¡Venid, pues, vosotros todos que nacéis para la vida literaria y sentís latir algo en vuestros generosos cerebros!

¡Venid, plumas de veinte años, escritores desconocidos aun, jóvenes poetas, obreros de la inteligencia!

¡Venid!

Y marcharemos juntos hácia un noble fin, aunque corramos el riesgo de jamas alcanzarlo.

Al ménos lo habremos tentado,

¡Adelante!

¡POBRE ELISA!

POR AGUSTIN MARIÑO.

CARTA-PREFACIO

Del Dr. D. C. Molina.

Distinguido Negro (1),

Con mucho interés he leído su *cuento fantástico*, real en el fondo, según Vd. me dice.

Difícil sería pintar en tan pocas páginas de una manera mas patética los efectos de las borrascas del corazón humano. Esa elocuencia suave, sencilla y persuasiva de que Vd. se vale para hacernos conocer el estado de su alma al escuchar por vez primera los acentos apasionados, tiernísimos y melancólicos de la desdichada *Elisa*, nos dan á conocer que muchas veces las mas insignificantes cosas se convierten en árbitros de nuestros destinos: ¡arcanos inescrutables de una Providencia que solo se revela por sus efectos!

Parece indudable que hay *placer en el dolor*, y por eso sin duda las amorosas madres, como los tiernos amantes, no olvidan jamás los seres que perdieron tal vez para no volverlos á ver... ¡recuerdos tristes que desgarran el corazón y que emponzoñando el alma la nutren con su veneno!

De esta manera me esplico cómo la desgraciada *Elisa*, después de tan amargos desengaños, aun suspiraba por el que tanto mal le habia hecho, por el que le habia arrebatado para siempre todas sus ilusiones de felicidad... y que con resignacion angelical (lo que es mas raro en este siglo corrompido é hipócrita) sufría sin exhalar una queja, sin maldecir al autor de desgracia tanta; y aun mas sin aborrecerle, como lo prueban sus últimos momentos, que Vd. ha sabido pintar tan bien.

(1) Seudónimo que usa el autor de la presente producción, siendo mas conocido por el que por su verdadero nombre.

¡Pobre joven! Al descender á la mansion de la nada, como el impetuoso huracan arranca los árboles de raiz, así también tú, sin saberlo, al exhalar el último suspiro y volar tu alma purísima al empireo, arrancabas del corazon de tu infeliz hermano su postrer esperanza de amor.—*El le amaba,* y lo que es mas que la vida, te hizo el sacrificio de ocultarte su amor. ¡Pobre Elisa! Tu angélica resignacion, tu virtud santa y tu desgraciado amor, han hecho en vez de un mártir, dos.

En su carta me dice Vd. que al devolverle el manuscrito adjunto, le dé mi franca opinion sobre él; aunque incapaz de juzgarlo, á nadie puede escondersele el mérito que encierra, y es honor que hace á su autor, que ha sabido referir un hecho tan poco comun en el escabroso camino de la vida, presentándolo con toda la sencillez de la verdad, y en un lenguaje tan sostenido de elocuencia y de poesia.

La impresion que ha hecho en mi ánimo su lectura, le esplica suficientemente como esta, objeto de un juicio, no se ha concretado solamente á él; como yo me esplico ahora el *porqué* el mundo no es para Vd. mas que un árido desierto, como me lo dice en su carta, y que en otra ocasion me manifestó lo mismo.

Agradeciendo íntimamente el honor que se ha dignado hacerme, saluda á Vd. su S. S. Q. B. S. M.

Campeñan Molina.

I.

A mi amigo José.

A tí me dirijo, mi querido José, á tí que sabes amar; á tí que la has conocido, que tantas veces platicaste con ella, que estrechaste su mano con cariñoso respeto y que conoces una pequeña parte de su vida.

Perdona, mi querido amigo, que turbe por muy breves momentos la plácida felicidad que gozas en el seno de tu pequeña familia.

Yo que te conozco me persuado desde ahora que mis palabras te arrancarán una lágrima tributada á la memoria de aquella mártir; no la escondas, José; el llanto es el rocío del alma; el cielo muestra su azul puro despues que las nubes se han despejado.

¿Te acuerdas, José?

Era el 4 de Octubre de 1859. A las cinco de tarde saliamos del Pueblo de Dolores en direccion á la *Laguna Limpia*.

Habia proyectado el viaje en medio de la mas franca alegría y sin embargo, al ir á realizarlo, sentia una inquietud, un desasosiego, una melancolia que me oprimia el corazon. Me parecia que me iba á suceder una gran desgracia; que ese dia iba á tener una grande influencia sobre mi vida.

A medida que avanzábamos aumentábase mi tristeza, y la dilatada sábana de verdura que se estendia agradablemente á nuestra vista y que fuera antes mi alegría, no tenia al presente ningun atractivo para mí.

¡Todo me parecia triste, melancólico!

El sol descendía lentamente á su ocaso: ¡qué pálidos me parecian sus rayos!

El canto de las aves, el murmullo de las aguas, el susurrar de la brisa en la arboleda, me parecian suspiros: la naturaleza vestia de luto. ¡Y era que mi alma estaba de duelo y trasmitia su tristeza á todos los objetos que se presentaban á mi vista ó á mi imaginacion!

Tú debias ir, mi querido José, muy pensativo también, pues recuerdo que en todo el camino no nos dirijimos la

palabra. Sin embargo, tú estabas alegre; pensabas en tu querida: en la que mas tarde habia de hacer la felicidad de tu vida; en la que debia ser la madre de tus hijos. Contabas las horas que mediaban entre tu partida y tu regreso.

Habiamos ya andado cuatro leguas: yo siempre con la melancolia de los sepulcros en el corazon; tú pensativo, pero alegre: detuviste tu caballo.

—Vamos á dar vuelta á esta laguna, me dijiste: es muy hermosa.

No te contesté: seguíte maquinalmente: ¡estaba tan triste! ¡Sentia impresiones tan dulcemente melancólicas! Un secreto presentimiento me decia que ese sitio seria un recuerdo para toda mi vida: ¡es por cierto un recuerdo bien triste!

¡Pobre Elisa!

Nos apeamos de nuestras cabalgaduras, atándolas á un sauce cuyas ramas caían negligentemente sobre las aguas de la *Laguna*.

A nuestro frente y entre una sombría y frondosa arboleda, hay una casa.

¡Qué aspecto tan triste presenta!

¡No sé porque me parece ver en ella la estatua de la desgracia!

Estámos en la hora del crepúsculo vespertino: fenece el dia; el astro bienhechor desaparece; y la noche respetando la grandiosidad de la naturaleza en ese momento solemne, se detiene un poco antes de cubrir á la humanidad con su fúnebre ceudal.

¿Te acuerdas, José? De entre aquella arboleda se alzó una voz pura como el primer sueño de una virgen; vaporosa como las ilusiones de un poeta; triste como el llanto de la cariñosa madre cuando sacan el cuerpo helado de su querida hija para conducirlo á su última morada.

¡Pobre Elisa!

Canta sus ilusiones perdidas; los engaños de un pérfido amante. ¡Pobre Elisa! ¡Ni un reproche! ¡Tu canto es suave como el aroma de la humilde violeta; triste como el silencio de los sepulcros!

¡Pobre Elisa! Has sido engañada; otros lo han sido antes que tú y lo serán también los que detrás de tí vinieren. La desgracia es el patrimonio de las almas privilegiadas.

Tu canto parece el canto del cisne: el último *!ajj!* de la agonía: ¡pobre Elisa!

¡Dios mio! tengo el corazon oprimido por un agudo é intenso pesar. ¡Se halla posado sobre él el frio de la muerte! ¡Oh! ¡yo no nací para ver padecer!

Cesó tu canto, ¡pobre Elisa! pero aun ruede tu última nota por el espacio: nota triste y de suavísima armonia, cual la del sensible gilguero que al volver á su nido se encuentra sin sus hijuelos.

¡Pobre Elisa! Aquí, á unos pocos pasos de tu silenciosa y lóbrega morada, hay un corazon que llora tus pesares; un alma que comprende tus sufrimientos porque también sufre,

¿Te acuerdas, mi querido José? Me sacaste de este doloroso éstasis cuando venias con los caballos de la brida. Querias volver al Pueblo. Yo hubiese querido permanecer allí toda la noche. Me has hecho volver á la prosa de la vida: ¡te lo perdono! ¡tú eras feliz! Y en la felicidad hay mucho de prosaico, mi querido amigo, por mas que te parezca paradoja.

Te dije al montar á caballo que deseaba ardentemente conocer á la que concluyere de cantar poco antes. Me contestaste, que la habias conocido mucho cuando ambos erais jóvenes. que en aquel tiempo, que segun tus recuerdos debia hacer doce años, tuviera ella amores con un amigo tuyo llamado *Adolfo*, el que por aquella fecha marchó á Europa á concluir sus estudios, despues de haberse hecho mútuo juramento de conservarse el uno para el otro. Ella le esperó

diez años; cumplió su juramento: al cabo de este tiempo regresó él: volviéron á verse: ella le amaba con el mismo ardor, con la misma intensidad: ¡él la habia olvidado completamente! La vieja Europa, foco inmundo del que se exhalan pútridos miasmas, habia corrompido su americano corazon; se habia inficionado; habiase conaturalizado con aquella costumbre de hipócrita depravacion: timbre glorioso, diploma envidiable, que es necesario exhibir para penetrar en los salones del gran mundo; de ese mundo puro oropel; de esa:

Gran sepultura de vivos: (2)

Esqueletos adornados

De corazones helados

Y de semblantes altivos.

¡Pobre Elisa! la vieja Europa le habia robado la virginidad, la nobleza de un corazon que antes encerrara su suprema felicidad. ¿Qué habia en él al presente? Mucha experiencia, pero ¡ay! que la experiencia mata todas las ilusiones, envenena los mas santos recuerdos!

¡Pobre Elisa! ¡Pobre flor marchitada al soplo letal del amargo desengaño! ¡Pobre arista tronchada por el voraz furor de los aquilones! ¡Pobre é inocente gacela arrancada violentamente de la montaña que le diera sombra, que sorprendiera su primera mirada!

¡Que te resta ya en el mundo, pobre Elisa! ¡levantar himnos de lágrimas! ¡llorar! ¡llorar! ¡nada mas que llorar!

¡Llora, llora, pobre é inocente paloma á quien sorprendió el milano en medio del bosque! ¡Llora, pobre Elisa, que yo arrullaré tus lágrimas con mi mismo llanto! ¡Es tan dulce hallar un seno amigo que sinceramente comporta nuestro dolor!

Te haré versos, mi vida; versos en los cuales se exhalará el dolor punzante que se anida en nuestras almas.

¡Harémos versos cuyas notas serán tristes como tristes son los últimos acentos del canto del Cisne! Tristes como el suspiro del césiro al cruzar por la sombría arboleda en el silencio de la noche; tristes como los primeros suspiros de la virgen del valle al recordar al pérfido sagal que la abandonó; melancólicos, sentimentales como el llanto de la amante tórtola!

¡Pobre Elisa! ¡llora, sí! ¡es tan puro, tan dulcemente triste el llanto de la mujer! ¡Yo te ayudaré á llorar! ¡Llorarémos los dos! Confúndanse nuestras lágrimas, pero que no nos véa el mundo; ¡se reiria! ¡Es tan malo, tan injusto el mundo!

El llanto de la mujer es para la humanidad lo que el rocío benéfico para las flores; este las reanima, calma, mitiga los furores del sol abrasador; aquel redime las faltas del género humano.—Cuando el rocío cae, riega por igual, por igual vivifica todas las flores; cuando la mujer llora, llora por toda la humanidad. ¡Y la humanidad la escarnece sin siquiera comprenderla!

¡Pobre muger! Al nacer llevas la penitencia con el pecado: tu falta, tu pecado, tu crimen es el haber nacido.

¡Angel puro amor, puro cariño, pura sensibilidad, que injusto es el mundo contigo! ¡Cuán mal te juzga, porque aun no ha llegado á conocerte!

José, tú que tienes por compañera á un ángel, comprenderás mis palabras, y tal vez ellas te arrancarán algunas lágrimas. Los que no se hallan en tu lugar no las comprenderán; se reirán de ellas; se reirán de mí. ¿Qué importa? Las escribiré para los que me comprendan; para aquellas almas privilegiadas que se hallan muy raras veces en el sendero de

(2) Estos versos, y otros que se intercalarán en este cuento, pertenecen á un poema inédito del mismo autor.

la vida, conocidas de muy pocos, casi no comprendidas por nadie y despreciadas siempre. Por los que se rian de mí porque no me comprenden, no siento odio; el que padece no puede sentirlo: les tengo lástima; me dan compasion.

Hemos llegado de regreso al Pueblo. Tú estás mas alegre que á nuestra salida: yo, cada vez mas triste: ¡una negra y profunda melancolia me devora el corazon!

II.

Prosigo, mi buen José.

Tú me irás á preguntar, porque traigo á la memoria recuerdos tan penosos, y que, como supondrás, me hacen tanto daño. Preveía tu objecion. Es muy grato á la par que doloroso traer, mi amigo, al presente las reminiscencias de un pasado infeliz.

Entonces el cristal puro de la felicidad estaba empañado; el cielo de la ventura encapotado: ¿cómo estarán hoy? ¿Se habrá desempañado aquel? ¿Estará este despejado? ¡Quién sabe!

Sobre todo, no es libando la miel del placer, como se rinde culto á una época preñada de lágrimas; no es libando la miel del placer, como se detiene la imaginacion ante un doloroso recuerdo. ¡Los recuerdos! He aquí, mi buen José, una vida nueva, en que se refugia el espíritu, despues que el letal soplo del desencanto agosta ó deshoja el riente árbol de las ilusiones.

¡Es tan dulce, tan poéticamente triste saludar una época de sinsabores que ya pasó; una época de luto y lágrimas que ya no existe, pero cuyo recuerdo se conserva aun!

¡Es tan dulce, tan poéticamente triste refugiarse, cuando la humanidad duerme envuelta entre las negras sombras de la noche, en nuestro corazon! ¡Es tan dulce destapar esa urna santa y contar las ilusiones evaporadas por los recuerdos amargos que encierra!

¡Es una felicidad tan dolorosa y amarga el goce que nos proporcionan las lágrimas que vertemos!

Pues bien, época de recuerdos delorosos, quiero saludarte: ¡yo te saludo! Me prosterno ante el Ser Supremo, y le doy gracias por mis dolores: él me ha enseñado que tengo una alma capaz de todo lo grande, y que en la felicidad como en la desgracia, existe en mí un corazon capaz de llevar á feliz término su mision.

La noche que siguió al dia de nuestro paseo, recordarás que me llevaste poco ménos que á la fuerza á casa de tu novia: ya te dije en otra parte que era esta un ángel de bondad, descendido del cielo, sin duda, para derramar un bálsamo consolador en tu existencia.

Tú siempre alegre: ¿cómo no habias de estarlo! ¡Eras tan feliz!

Estuve dos horas con vosotros; por ellas fui testigo de vuestra felicidad, pero sin participar de ella. A las diez y media me retiré: fuime á mi cuarto. Hice versos hasta las once y media, dedicados ¿á quien? Tú lo sabes, ¡pobre Elisa! puesto que mas tarde te los mostré.

Era un canto triste como tus pesares; melancólico como el objeto que lo habia inspirado. ¡Pobre Elisa!

Acostéme á las doce. Yo no he podido comprender hasta ahora, como es que cuando el espíritu está preocupado, recoje en sí y recuerda mas tarde las cosas mas nimias, mas insignificantes. ¿Será porque la imaginacion enferma, engalana y poetiza todos los objetos que se le presentan? ¡Puede ser!

Metíme, pues, en cama; ¡qué noche he pasado, Dios mio! ¡Cuántos pensamientos! ¡Qué de ideas se atropellaban en mí

acalorada mente! ¡Cuánto proyecto formado mentalmente para ser despues sustituido por otro que tambien habia de ser mas tarde rechazado!

¡Pobre Elisa! Todos mis pensamientos, mis ideas, mis lágrimas y suspiros, iban á converger á un solo punto. Ese punto negro, envuelto en el luctuoso manto del dolor, eras tú; sí, eras tú, pobre Elisa: májica hada de mis ensueños; eras tú, imagen nacarada que exaltaba mi fantasía; eras tú, tórtola que con tus tristes cántares arrullas mis penosos insomnios!

¡Pobre Elisa! No he dormido en toda la noche: las tristes notas que exhalara tu garganta de ruiseñor, resonaban en mi oído tan dulcemente como el *yo te amo* escapado de los labios de una pudorosa virgen, tan melancolicamente como melancolía infunde el astro del día al trasponer una colina.

El sueño huía de mis párpados como habia huido el sosiego de mi corazón. Me devoraba una voraz calentura: me levanté muy de madrugada, y salí al campo.

III.

Salí, pues, al campo, mi buen amigo; llevaba un volcan dentro de mí: el crater iba en mi corazón.

¡Qué grandioso espectáculo presenta la naturaleza en el amanecer de un día de primavera! ¡Qué panorama tan admirablemente poético, tan divinamente sublime!

Las aves trinando en el bosque, el susurrar de la brisa, el murmullo de las fuentes, el rumor cadencioso del cristalino arroyuelo al discurrir por una verde alfombra de césped y verdura; la linfa pura que asoma á su superficie con pudoroso recato, todo, ¡oh! sí, ¡todo es grande, sublime, arrebatador!

En otra ocasion discurría así con motivo del espectáculo que ahora se presenta á mi vista: entonces se me presentaba todo de color de rosa: ¿era feliz entonces? ¡No lo sé! ¡Ah! en aquel tiempo lo admiraba todo; nada aborrecía; el odio no habia tenido aun cabida en mi joven corazón; y era que la negra sombra del pesar no se habia posado sobre él.

He aquí lo que decia—(¿lo que vá de ayer á hoy!):

El nuevo día avanza: ya la aurora se presenta de luz engalanada, Difundiendo propicia y bienhechora Su claridad: el ave en la enramada Saluda al nuevo día, en esa hora Que está la luz por nubes aun velada, Cual bella hourí que en gasa trasparente Mirar nos deja su virgínea frente.

¿Porqué, ¡Dios mío! lo que antes fuera grato á mis sentidos y á mi imaginacion me infunde hoy tanta tristeza, melancolía tanta? ¿Será acaso que el recuerdo de un pasado feliz envenena las horas del presente, cubriendo de duelo las de un dudoso porvenir? ¡Puede ser!

El trino de las aves en la floresta, es hoy á mis oídos la nota que el viento arranca al laud que el triste trovador abandonara en medio del bosque á donde fuere á llorar la falacia, el engaño de una pérfida sirena; el murmullo de las fuentes, el preludio del horrisono turbion, que siembra el luto y costernacion doquiera que aparece: el rumor cadencioso del arroyuelo, el tañido fúnebre de la campana, el último ¡ay! del moribundo; y en la linfa pura que asoma á su superficie con pudoroso recato, veo el corazón de la humanidad siempre empapado en hiel, anegado en lágrimas siempre. ¡Pobre humanidad, y desventurado de mí que te comprendo!

¿Y las flores? ¡Ah! en las flores veo tambien retratado el

corazon de la humanidad. El rocío que recojen en sus hojas durante la noche, son las lágrimas que en su transeurso *ella* ha derramado.

¡Pobre humanidad, y desgraciadas flores! Ellas dan al aura matinal el llanto que han recojido durante la noche:

Quando sale Febo bello Con su cabellera de oro Y las flores tierno lloro Dan al aura matinal.

Sucédense los días á los días, las noches á las noches: la humanidad goza, rie, canta durante el día; y en medio de sus gocees, de su risa, de sus cántigas hace su acopio de lágrimas; llóralas de noche; recojenlas las flores y á su turno lloranlas tambien: la humanidad rie de día y llora durante la noche, las flores mas desgraciadas aun que ella, lloran de día y suspiran de noche. ¡Dios míos! ¡el mundo es un manantial inagotable de llanto!

¡Pobre mundo!

Reconcentrado en mis propios pensamientos, habia dejado suelta la rienda de mi caballo; habia andado dos horas largas sin direccion fija. ¿Dónde me hallaba? Traté de inquirirlo. La claridad se iba pronunciando cada vez mas; el astro bienhechor del día aparecía con su disco color de grana por el Oriente; merced á la claridad que sus vivificantes rayos difundian, comprendí que me hallaba á orillas de la *Laguna* pintoresca, desde la cual oyera el día antes el triste canto de la pobre Elisa. ¿Cómo me hallaba allí? ¡No lo sé! ¿Sería por ventura que el noble bruto, comprendiendo mi ansiedad, hubiese, por mitigar un tanto mis dolores, arrastrádome á mi pesar hasta allí? ¿Será cierto que existe una secreta y misteriosa simpatía, un agente desconocido, un ser impalpable que se complace en unir dos almas que padecen? ¡Quién sabe!

IV.

Saludé con santo fervor, con triste recojimiento la morada de la que en tan pocas horas habia turbado mi existir. Saludéla como saluda el buen cristiano al Ser Supremo despues de haber recibido de su mano una gran desgracia.

Un silencio no interrumpido reinaba en aquel solitario retiro. Ni el mas leve ruido. Ni el mas ligero movimiento. ¡Parece el pavoroso silencio de las tumbas!

¿Qué harás, pobre Elisa? ¿Dormirás? ¡No! que el sueño debe huir de tus ojos como huye el asustado habitante de la ciudad en que reina una asoladora epidemia. ¿Llorarás? ¡Oh, sí! ¡El infortunio te ha legado una herencia inagotable de lágrimas!

¡Pobre Elisa! ellas caen una á una sobre mi corazón. Quisiera llorar contigo. ¡Oh, yo compartiré tu dolor! ¿Y porqué no? ¿No son hermanos todos los desventurados?

Vagué algun tiempo por las cercanías. Pasó una hora: un siglo para mi corazón.

Acerquéme á la casa; mi cuerpo temblaba y se estremecía como tiembla y se estremece el árbol á impulso del huracan.

En la *tranquera* apeéme de mi caballo; déjelo atado al *palenque*, penetrando en seguida en un espacioso patio cuadrangular, cuyo cercado se componía de álamos, algunos árboles frutales y varios rosales que se ostentaban aquí y acullá con agradable descuido.

Una ligera brisa, pura como el aliento del niño, mecía suavemente las hojas de los árboles, y de varias flores aromáticas exhalábanse agradables emanaciones.

Una señora bastante entrada en años, salió á recibirme; tomé un pretesto especioso para disculpar mi presen-

cia en aquel silencioso retiro. Creyóme ella, é hizome pasar á una salita adornada con mas gusto que lujo.

La fisonomía de la señora respiraba lá mas noble franqueza, velada esta por un tinte marcado de melancolía. Dijome que debía estar cansado, y que era bueno que reposase un momento; que su señora no habia salido aun, pero que la iba á avisar de mi presencia.

Fuese en efecto: sentéme en un sofá, recostando mi cabeza en un almohadon de pluma, forrado de terciopelo carmesí y bordado con hilos de oro. Quise reconcentrar mis recuerdos, darme cuenta de cuanto me pasaba; mi cabeza era un volcan.

Vino á sacarme de mi meditacion la voz de la anciana, la que esta vez venia acompañada de una niña como de diez años, la cual me traía un sabroso *male*: tomélo maquinalmente de su mano y devolvíselo del mismo modo, no sin que antes hubiese apurado el licor verdi-negro que contenía.

—La señora está levantándose en este momento, dijo la anciana; y me ha dicho diga á Vd. que tenga la bondad de perdonarla.

—No hay de qué, le contesté; la señora es muy complaciente al incomodarse por un extraño.

—En este momento estará aquí; tenga á bien esperarla, agregó la buena anciana, retirándose en seguida.

¿Con qué iba á verla? ¿iba á contemplarla por fin de cerca?

Mi corazón latía con una violencia tal, que parecia que queria salirseme del pecho. Un temblor general embargaba todos mis movimientos; una nube de sangre velaba mi vista; un ruido confuso y monótono me zumbaba en los oídos; mi lengua estaba paralizada, no podia articular ni un sonido.

Presentóse por fin. ¡Pobre Elisa! ¡Qué pálida y ojerosa está! ¡Dios te bendiga, ángel de mis sueños!

Tú la conociste, José, tú la conociste, pero no la has amado como yo; no sabes por tanto cuán hermosa era. ¡Pobre Elisa! Tu tez es blanca como el armiño; tus labios han sido de coral, pero hoy se ostenta en ellos la palidez marchita de las flores agostadas por el sol abrasador del estío; tu frente es espaciosa; tus ojos negros como tus cabellos han perdido su brillo. ¡Pobre Elisa! Al contemplarte, creo ver en tí la estatua de la resignacion. ¡Tan santa eres! ¡Pobre alma mía!

Presentóseme con la sonrisa en sus cándidos labios; pero ¡qué sonrisa, José! Una sonrisa que helaba el corazón; ¡la sonrisa de la muerte! ¡Pobre Elisa!

Pasóse una semana desde el día que tuvo lugar nuestra primera entrevista, al cabo de la cual fuimos *hermanos*. Ella me dió este dulce nombre; pero, ¡ay! que con él me laceraba el corazón! ¡Pobre Elisa! no sabía los afectos que él encerraba para ella. Vale mas que lo ignore: el saberlo aceleraría su muerte.

Infeliz hermana mía; hermana que el infortunio interpusiera en la senda de mi vida, echa una mirada desde el cielo, que es al presente tu morada, sobre el hermano que te llora.

V.

Han trascurrido dos años: estamos en el 4 de Octubre de 1861. Mi pobre hermana se muere; no me he separado de ella nunca; soy el confidente de sus amorosas y desgraciadas impresiones. ¡Cuánto me hacen sufrir sus confidencias! ¡Pobre Elisa! ¡Nunca lo sabrás! ¡Llorar delante de mi su perdido amor, amor que la arrastra al sepulcro; de-

lante de mí que daría con gusto mi vida por enjugar una sola de sus lágrimas! ¡Oh! no lo sabrás! ¡Padeceñas mucho, mi pobre Elisa, viendo sufrir á tu querido hermano! ¡Pobre vida mía!

¡Oh, maldito sea el hombre que causa tu desventura! ¡Maldito, el que ha derramado en tu vida el veneno de los desengaños! Pero no; perdóname, pobre Elisa. Tú le has perdonado y yo tambien le perdono el mal que te ha hecho.

El te amaba con sinceridad. *Mobellano* lo ha dicho—¿Qué culpa tienen las flores de que se agote su perfume, ni las fuentes de que se seque su cauce? ¡Ninguna! El soplo del tiempo; he aquí el único responsable de la vejeidad humana.

¡Pobre Elisa! Tú has sufrido las consecuencias de la verdad de estas palabras, pero confé, con resignacion, bendiciendo la mano que te heria de muerte. ¡Pobre mártir!

Está postrada en cama; se muere ¡Dios mío! se muere y no hay remedio para ella.

El médico ha venido esta mañana y me ha confiado sus esperimentos: la ciencia es impotente para ciertas enfermedades, y la que sufre Elisa es una de estas. Me dijo que volvería al otro día, pero que tenia la triste persuacion que su visita seria infructuosa, puesto que creia hallar un cadáver.

¡Y cuán cierta fué su prediccion! La ciencia ha luchado con tenacidad. ¿Qué culpa tiene la ciencia y quién la ejerce, de la esterilidad de sus resultados? ¡Ninguna! Ella no metodiza, mas aun, no conoce el modo de curar ciertas heridas; ¡las heridas del alma! ¡Pobre Elisa mía!

Acaba de suplicarme que le permita sentarse un momento en el jardín: quiere contemplar por la vez postrera las obras del Creador: presiente la infeliz, su próximo fin. . . .

Vístela la pobre anciana, compañera de sus primeros años, cuando aun hervian en su mente y se chocaban mil nacaradas ilusiones; como lo fué mas tarde de su desventura; como lo será hoy de su muerte. ¡Pobre Elisa! ¡Pobre barquilla impelida por el récio viento de los desengaños! ¡Aéreo, voluptuoso esquife estrellado contra las rocas que en su camino pusiera el olvido!

Salimos por fin.

La tarde está serena. El cielo muestra su azul puro, ni una nube, ni un celage lo empaña. Una ligera y pura brisa vespertina, riza las plumas de mil colores de las aves, que vienen á posarse en las ramas de los árboles, rizando al mismo tiempo las aguas susurrantes de la límpida *Laguna*; el céfiro juguetea salta de flor en flor, obligándolas á cerrar pudorosamente sus corolas. Todo es encanto y armonia; pero ¡ay! que cuando el corazón está de duelo todo lo vé bajo un aspecto sombrío, bajo un prisma lúgubre!

¡Pobre Elisa! Tu palidez es la palidez de la azucena. ¡Y siempre esa eterna sonrisa vagando por tus labios! ¡Pobre santa! Tu sonrisa es triste como triste es ver desde el fondo de un cementerio cómo el astro del día se sepulta en el Océano. Como tristes son las primeras sombras de la noche al tender su manto sobre la morada de los que fueron. ¡Cuánta resignacion! ¡Pobre vida de mi alma!

Una hora permanecemos en el jardín; pasóla orando con santo fervor, reclinada en mi seno, pues estaba tan débil que no podia tenerse; al cabo de ella nos retiramos adentro. La infeliz presentía que estaba cercano su último momento. Su mano estaba fria: el hielo de la muerte se iba apoderando de todo su cuerpo.

Se acostó y descansó diez minutos. Pasados estos me llamó, pero con una voz tan débil como el último ¡ay! de la agonía.

—Vén, me dijo, acércate, mi querido hermano. Voy á hacer un viaje muy largo. . . .

Quise interrumpirle. . . . los sollozos ahogaban mi voz.

—No llores, prosiguió: ¿porqué llorar? Pronto la muerte, esa hada cariñosa, me adormirá en su regazo. Cuando despierte me hallaré á los piés del Ser Supremo. Despidámonos pues, como dos amigos que han de volver á verse algun día. Antes de separarme de tí, quiero encargarte dos cosas: no moriría á gusto si no tuviese la firme persuacion que dejo en tí una persona que efectuará fielmente mi voluntad.

Calló, quedó un momento aletargada, y luego prosiguió con una voz que se iba debilitando cada vez mas:

—Júrame, hermano mio, que respetarás á Adolfo. . . . que lo protegerás lo mismo que á la compañera que el cielo le confió; que serás su egida, su providencia y que no le confiarás nunca la desgraciada causa de mi prematura muerte. ¡Oh! ¡no se lo digas! No le digas nada; ¡sería el remordimiento de su vida!

—Te lo juro por nuestro puro cariño, hermana mia; le contesté derramando un raudal de lágrimas.

—Muy bien, dijo; ahora acércate mas; la vida se vá estinguendo en mí. . . . En ese cofrecito existe un cuaderno: en él están consignadas todas mis impresiones; si alguno lo llegára á leer hallaría en él la causa de mi muerte. Yo no quiero que lo lea nadie: quémallo una hora despues que yo haya dejado de existir.

—¡Oh! basta, basta por Dios, querida hermana mia. . . ¡me haces mal! . . .

—No te desesperes, volvió á decirme con voz dulce y cariñosa, pero cada vez mas debilitada; yo tambien siento dejarte, pero consuélate, hermano querido; respeta los decretos del Altísimo.

Calló un instante, y luego prosiguió con las ansias de la muerte:

—Abrázame, hermano. . . . me muero. . . . sea este el abrazo de despedida. . . . ¡Ah! . . . ¡Adios! . . . ¡Adolfo! . . . ¡Oh! . . .

Estreché aquel querido cuerpo, tan hondamente trabajado por los padecimientos, entre mis brazos. Un frio glacial recorrió todo mi ser. . . . ¡Mi hermana era ya cadáver! ¡Pobre Elisa!

VI.

Al otro dia (5 de Octubre), un modesto acompañamiento conducía á su última morada los restos mortales de mi pobre cuanto desgraciada hermana.

Al desembocar el acompañamiento en la calle principal del pueblo, vimos una galera tirada rápidamente por seis caballos, la cual hacía la carrera del MORO: en ella iba Adolfo con su Señora á pasar la temporada de verano en su Estancia. La víctima saludó una vez mas, desde su ataúd, á su verdugo, ¡Dios mio! ¡tus designios son inexorables!

Hoy hace un año que bajo la fria loza del sepulcro duerme la desventurada Elisa el sueño de los justos. Encima de ella osténtase una modesta cruz, colocada allí por el cariño del hermano que le sobrevivió y que la llora aun.

¡Oh! ¡debajo de esa cruz se oculta una historia de lágrimas! ¡la historia de una santa! ¡la historia de una mártir!

¡Pobre Elisa!

Rojas, Octubre 5 de 1862.

¿NO HAY MUCHOS QUE SON ASI?

1.

¿Por qué hay para el que cree, desengaños?
¿Por qué hay para las flores, vendabales?

¿Por qué perdemos, miseros mortales,
En todo nuestra fé?

¿Por qué llevamos nuestra frente ajada
Al principiar de la existencia el dia?

¿Por qué abatida el alma desconfía
De cuanto en torno vé?

¿Por qué arrojamos nuestras creencias puras,
Cual túnica de máscara lujosa,

Cual un niño la muerta mariposa,
Que mutiló cruel?

¿Por qué rasgado el corazon de angustia
Hay que tomar un antifaz de risa,

Velando del cadáver la ceniza
Con flores y oropel?

2.

«Adios, muger, que un tiempo cariñosa
Me hicistes abrigar una ilusion;
Solo la muerte borrará, dichosa,
Tu recuerdo fatal del corazon.

«Sigue agotando del placer la esencia,
Olvida los recuerdos de mi amor;
¡Olvida que fué tuya mi existencia,
Olvida, sí, que yazgo en el dolor!

«No temas, no, que al espirar cuitado
Maldiga tu memoria con mi fé;
Te amé por vez primera confiado;
¡Tu memoria, muger, bendeciré!

«¿Por qué pasa la dicha cual las flores
Y cual la planta, queda el padecer?
¡Ay, infeliz, me prometiste amores,
Y me distes acibar á beber!

«¿A qué mi lábio se abrasó en tu aliento,
Y el aroma del tuyo osó gozar?
¿Por qué me arrebataste mi contento,
A qué, muger cruel me hiciste amar?

«Lleno de vida, de esperanza y glorias;
En el primer albor del corazon,
¿Por qué hiciste mis dichas ilusorias,
Por qué me has dado, dí, llanto, afliccion?

«Perdona si mi queja te entristece,
Si mi voz se subleva contra tí:
El alma es exigente si padece,
Y aun la razon por tu doblez perdí.

«Dáme una flor siquiera, una mirada,
Que sostenga mi yerto corazon;
¡No vale, dí, mi alma desgarrada
Un poco de piedad, de compasion!

«¡Un tiempo fué que un ángel te creyera
Bajado de los cielos para mí;
Hoy no te amo, ¡y aun la vida hiciera
Un raudal de placeres para tí!

«Prosigue en tu camino delicioso,
No vuelvas, no, tus ojos hácia atrás;
En el mundo es el llanto fastidioso,
Y, acaso, al recordarme llorarás.

«Sigue agotando del placer la esencia,
Olvida los recuerdos de mi amor;
¡Olvida que fué tuya mi existencia,
Olvida mi martirio, mi dolor!»

3.

A veces confusamente
De sus lábios se escapaba
Una voz que asemejaba
A la voz de otra creacion;
Y alguna lágrima ardiente
Por sus mejillas corría,
Cual espresion de agonía,
De inconsolable afliccion.

La mano apretaba el pecho,
Cual si el pecho se rasgára
Y prolongar anhélara
Su látido postrimer;
Cual ilusion que perdemos
Cuando el mundo contemplamos,
Y no perderla deseamos,
Sin poderla retener.

Aquella sombría mirada
Que desnudaba la herida
De alguna creencia perdida,
De algun desengaño cruel;
De esos que ofrece la vida,
Que nos humillan el alma,
O nos dán la árida calma
De un escepticismo cruel.

Cabizbaja la cabeza,
Miraba á veces al suelo,
Con temeroso recelo,
Como temiendo algun mal;
Como el corazon mas fuerte
Se comprime desmayado,
O tiembla sobresaltado
Cercana la hora fatal!

Alguna vez su mirada
La alzaba, insano, hácia el cielo
Para buscar con anhelo,
Algo que allí ver creyó!
Alguna creacion hermosa
Que modeló en su locura,
Acaso flor de hermosura
Porque entre zarzas nació.

Algun ser de esos celestes
Mas que los ángeles, bellos,
Que son de esa luz destellos
Que solo lanza el Señor.
Que al mirarnos abatidos
Nos sostienen tiernamente,
Y nos refrescan la frente
Con el rocío de su amor.

El pobre jóven miraba
En su amada la existencia;
Y al ver perdida su creencia
Sin ánimo, desmayó.
El fué feliz; su locura
Sus recuerdos apagaba
Y una realidad le creaba
Que mejor se le antojó.

El infeliz dió su alma
A quien destrozarla quiso;
¿Por qué esa flor se deshizo
Cuando apenas era flor?
¿Por qué nacemos un dia

Y al otro el mundo dejamos,
O al doblarnos, blasfemamos
De las leyes del Señor?

En ese rincón oscuro
Algo murmurar solía,
Que aunque apenas se entendía
El alma hacía sufrir.
No tuvo, no, para su alma
El ayer que dá consuelo.
Su memoria cubrió un velo
Mas denso que el del morir.

Apenas si entre su mente
Hubo un recuerdo ligero
Como nublado lucero
En noche de temporal.
¡Allí vivió! pobre jóven
Que se marchitó temprano;
Perdió la razon, é insano
Fué á morir al hospital.

¡Ay, del que pierde sus creencias
Del mundo en el torbellino
Y vé que es cruel su destino
Y recuerda lo que fué!
¡Ay del que miró sus penas
E investigó sus dolores,
Y dejó en sus sinsabores.
Sus esperanzas y fé!

4.

¿Qué es de la bella que ofreció en un dia
Amores, y dió al otro amarga hiel?
Mas ¡oh! ¿qué es del jóven fiel,
A quien hirió su falsía,
Con un tormento cruel?

Ella es aun jóven: llena de hermosura,
Con mil adoradores por doquiera,
Como una hada divinal,
Canta y baila plácentera
¿Y él? . . . ¡oh! . . . él, con su locura,
Creo, murió en un hospital.

Hay muchos, muchos engaños,
Que son verdades aquí:
Mundo, dí:
De entre tantos desengaños:
¿No hay muchos de ellos así?

JUSTO MAESO.

Buenos Aires, Abril de 1846.

LA MADRE CRIMINAL.

Nació la inocente Lola
De una muger desalmada,
Que arrancó á la desgraciada
De su seno maternal;
Y mas feroz que las fieras,
Que la impiedad mas impía,
La arrojó en la noche umbría
De una puerta en el umbral.

¡Pobre niña! á la intemperie
Sin calor y sin sustento,
Tristes ayes daba al viento
Con afan desgarrador;
Y nadie los escuchaba,
Y nadie la socorría,
Y la infeliz sucumbía
Bajo el peso del dolor.

Dios protege á la inocencia,
Dios alienta al oprimido,
Dios consuela al afligido;
Dios socorre á la horfandad;
La lumbre pura del dia
Brilló en el risueño Oriente,
Y se abrieron derrepente
Las puertas de la piedad.

Dos mugeres bienhechoras,
Dos seres privilegiados,
Dos corazones amados,
Dos almas de caridad;
A sus piés viéron á Lola
Y en sus brazos la estrecharon,
Y á la par le prodigaron
Sus tesoros de bondad.

Lola era pálida y débil,
Flor del aire delicada,
Combatida y marchitada
Al instante de nacer;
Tierna víctima del crimen,
Lirio entre abrojos nacido,
Angel del cielo caido
Con las formas de muger.

Porque esta hija del misterio
No era por cierto venida,
Para cruzar en la vida
El mar de la corrupcion;
La atmósfera la oprimía,
La luz del sol la quemaba,
El libre viento la helaba,
Era un ser de otra region.

Hasta que al fin, el dolor,
Separó el cuerpo y la esencia,
Que anudó sin consistencia
El acaso en seno vil;
Y el espíritu de Lola
Transformado en mariposa,
Con el aura vagarosa
Voló al célico pensil.

Lloró la niña al nacer
Pero ni un ay, ni un lamento,
Logró arrancarle el tormento
Al instante de morir;
Porque no hay en la inocencia
Remordimiento ninguno,
Que pueda herirla importuno
Del vano mundo al partir.

Un misterio fué su origen
Y un misterio su destino,
Tal vez de los cielos vino
Para ser iris de paz;
Y al ver de este pandemonium
Los vicios y las pasiones,
Alzó el vuelo á otras regiones
Para no volver jamás.

Tal vez le plugo al Eterno
Mandarle muerte temprana,
Por librarla de un mañana
De terrible agitacion;
O porque no viese un dia
A los padres inhumanos
Que con sacrilegas manos
Hirieron su corazon.

¡Sabe Dios cuántos pesares
La esperaban en el mundo,
Cuánto dolor tremebundo,
Cuánto enemigo feroz,
Cuántas lágrimas amargas,
Cuánto escollo insuperable,
Cuánta maldad execrable,
Cuánto desengaño atroz!

Ella fué—Si sus autores
Viven aun sobre la tierra,
El padre un crimen encierra
La madre un crimen mortal;
Porque antes que á un inocente
Arrojar de entre sus brazos,
Debió morir á pedazos
Luchando entre el bien y el mal.

¡Y yo que amo la virtud
Y en cantarla me envaneceo,
Y á sus héroes engrandeeo
Tributándoles honor;
En mis versos hoy maldigo
Con el Dios Omnipotente,
A la madre que inicamente
Mata el fruto de su amor!

LAURINDO LAPUENTE.

LITERATURA NACIONAL

EL DEMÓCRATA.

« Ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo, »
—es la condicion de esta misera humanidad.

« La sarten le dice á la olla:—quita de aquí, no me tires, »—y de aquí el entronizamiento de los fátuos.

« ¿Lo tuyo me dices, ladron de perdices? »—y surge una lucha mas ridicula cuanto mas encarnizada, entre literatos de una misma fuerza, que se disputan la gloria de las letras.

Hay uno que ha adoptado el singularísimo, brillante, valiente y espresivo seudónimo de *El Demócrata*, consagrán-

LOS AMORES DE MONTEVIDEO

POR

ANTONIO DIAZ (hijo).

XII.

Adonde iba Cristiana.

Seguiremos á la elegante jóven, que sin fijar la vista en ningun objeto recorre de prisa las calles—se detiene en una puerta, sube corriendo las escaleras para una galeria; abre la puerta de un gabinete; se planta de un salto en el interior, y se instala de golpe en un sillón con el corazon palpitante: la sonrisa en los labios, y exclamando:

—¡Nerea!
Nerea, apenas vuelta de su sorpresa, se arrojó al cuello de su amiga, y la llenó de besos.

—Cristiana, exclamó á su vez Nerea: tanto tiempo sin verte: ¿qué circunstancia te trae?

—Nada—he querido verte: por otra parte me he revelado contra la tia Angélica.

—Como así.

—Toma, me queria tener reducida al vestido de indiana y á la misa de las ocho, y qué sé yó á cuantas iniquidades que solo se le ocurren á una beata, y todo esto, hija, es obra de las sotanas.

—¡Cristiana!

—¡Pues es claro!—¿Y tu Madrastra?

—¡Calla, Cristiana!

—¿Qué... qué hay?

—Hay que los tiempos han cambiado.....

—Es decir que te ocupas en hacerla rabiar.

—¡Ay!—¡no!—

—Suspiros....

—¡Ay, sí!...

—¡Ay! nó—¡Ay!—sí—¿qué quiere decir todo eso?

—Que soy muy desgraciada, querida amiga.

—Y yo que venia tan contenta á abrazarte y á contarte mil noticias....

—¡Si supieras!

—¿Qué quieres que sepa?

—Muchas cosas....

—Sepamos las cosas.

—Primeramente, mi madrastra me odia.

—Toma: eso ya lo sabia.

—Y me persigue.

—¡Ah!... ¡con que te persigue!—eso es ya otra cosa.

—Anoche estuvo aquí—ahí... donde estas tú sentada.

—¿Zape! dijo Cristiana mudando de asiento.

—Y tuvimos una larga conferencia.

—¿Y acabó?

—Por amenazarme.

—No le hagas caso, Nerea; haz lo que yó con tia Angélica.

—Tú, amiga mia, tú—eso es diferente: tú eres la hija mimada... la única y querida hija: tu voluntad se sigue....

tus gustos se cumplen; mientras que yó, abandonada: sin una mirada de cariño... y mas adelante quien sabe; tendré frío, y nadie me dará abrigo: me moriré tal vez de necesidad... qué sé yó....

—Nerea, yo soy tu amiga.... delante de mi, no digas que nadie te ama—esa es una ofensa; lo entiendes!

—Si, si; gracias, amiga mia.

—Pero es una tontera sufrir así—Escucha: tu rostro va

dose á presentar los disparates ajenos de un modo enteramente nuevo y orijinal, por medio de disparates.

¿Ha leído el lector sus pesadas, insustanciales y duras elucubraciones?

Vamos á analizarle unos versos que nos espeta en *La República*, y que arrancan de una época enlutada y tristísima de su vida, de la época del *destierro*!!

Todas las tardes del sereno rio,
Mirando inquietas, serpentear las olas,
Las contemplo, Dario,
Perderse por los mares,
Y mis tiernos suspiros á millares
Les ruego lleven, que á mi patria envio.

¿Sabeis lo que son las tardes del sereno rio? ¿Sabiais que fuese dado á las tardes contemplar las olas?

Pero no seamos crueles y observemos el pensamiento, dejando á un lado la traicion de las palabras.

¿Cómo el rio, estando sereno, puede producir olas, que son el efecto de su agitacion?

¿Y es necesario explicar que las olas están inquietas?

¿Y se cree que el término *serpentear* es aplicable á las olas, que se elevan sobre la superficie de las aguas?

Las contemplo, Dario....

¡Voto á tal!—si ya nos ha dicho que las está mirando

Perderse por los mares....

¡Cáspita!—¿Posee *El Demócrata* la doble vista para ver desde las márgenes del sereno rio, perderse sus olas en las profundidades inmensas de los mares?

¿Qué quiere decir *suspiros á millares*

Les ruego lleven, que á mi patria envio?....

¡Vaya un modo singular de espresarse! ¿Tiene mas que decir—les ruego lleven á mi patria?—¡Pero, qué torpe soy!—no me fijo en que entonces se faltaria á la medida y al consonante.

¡Cuánta lágrima y sangre mal vertida!

¿Será bastante puro *El Demócrata* para explicarnos lo que quiere decir *mal vertida*?

Y al brazo mas pujante,
O al bote mas certero de una lanza,
Rendirse de Ituzaingo la altanera
Que del Imperio vencedora fuera....

¿A qué alude eso del brazo pujante, del bote certero de la lanza? ¿Y qué quiere decir la altanera de Ituzaingo,—y cuando esa altanera se ha rendido?

Su historia ensangrentando, amigo mio.

¿Qué bien puesto, ese amigo mio, tan estrechamente ligado con la horrible descripcion de los acontecimientos políticos!

... tu historia enlutecida....

¿Nos explica *El Demócrata* qué significado tiene eso de *enlutecida*?

Al terminar *El Demócrata* su peroracion, que comita á los partidos al orden y á la paz, pronuncia esta sentencia, de la cual lo único que comprendemos es que quiere una descarga mas:

«Suene por fin la salva postrimera
Lanzando en la paz la última era.»

ALCIMO.

perdiendo la frescura, y casi creo que tus ojos van perdiendo aquel brillo; pero es preciso tener resignacion, es preciso ser fuerte, y sobre todo, Nerea, en lugar de preocuparte de los tiros de tu madrastra, hazla tú rabiar, y veremos quien se cansa primero....

—¡Ay! tú no sabes....
—Lo que yo sé, es que tú eres una tonta... mira, prométeme que la harás rabiar y yo me comprometo á ayudarte...
—Imposible... no está con mi carácter, y despues yo amo tanto á mi padre, que jamas le daré un disgusto.
—Pues mira, tienes razon: no habia caido en eso; despues pensaremos en ello;—entre tanto vengo á consultarte una cosa.

—¡A mi, Cristiana, cuando tanto necesito del consejo de otros!

—Nerea, mira que el caso es serio... creo que estoy enamorada, y te venia á consultar si uno puede enamorarse.

—¡Ay!... segun y conforme.

—Nerea... ¡tú has suspirado!

—Yo.

—Si, tú—y eso quiere decir que tambien estás enamorada.

—Eso no es una prueba.

—Voy á demostrarte que sí.—La muger, Nerea, es el ser mas desgraciado que existe sobre la tierra; desde luego que se enamora, adiosito; ni hay padre, ni hermano, ni amiga, á quienes obedezca, quiera ó guarde consecuencia.

Una muger, no puede mirar con indiferencia que otra sea querida, sin serlo ella.—Si cuando yo te dije, estoy enamorada, tú me hubieras contestado: ¡Qué tontera! era prueba evidente que tú no eras amada; pero has suspirado agregando segun y conforme: eso quiere decir que tambien tienes amores—Unas son mas reservadas que otras: yo lo consulto, y hasta lo publico—tú te lo guardas—buen provecho; pero dame al ménos tu opinion.

—Dificilmente puedo hacerlo si no conozco la persona.

—Calla, y es verdad... ¡Ay! es interesante.

—Ya me lo figuro.

—¿Sabes el único defecto que creo que tiene?

—¡Como puedo saberlo!

—Me parece un poco botarate; pero mira, Nerea, hasta eso le sienta bien—Yo creo que, para que un hombre sea completamente bien, debe ser un poco botarate y atronado.

—No creo que sea de rigor.

—Oh sí, y hasta un poco pendenciero—Mira, no hay cosa que deteste mas, que esos Maricas, tan colorados, rollizos y flemáticos, que jamás mueven los labios sino para decir estupideces—Á mi me gustan los hombres independientes, y sobre todo, que cuando se les dé motivo, le digan á una cuatro frescas, y la dejen plantado.

—Pero sepamos de quien se trata.

—Tú no lo conoces; pero estoy cierta que en cuanto le veas simpatizarás con él—Frecuenta la casa de F.... se llama Justo....

—¡Justo!....

—Sí, ¿pero qué, le conoces?

—No; ¿qué figura tiene?

—Es elegante, delgado: viste con elegancia.

—Pero su figura, sus ojos, su cara....

—Su cara es morena.... Á mi no me gustan los hombres pálidos, son dasabridos en general; ojos negros, pero ¡qué ojos! Nerea.... Ante anoche nos encontramos en el baile de F.... me invitó para una cuadrilla, acepté, y.... ¿sabes lo único de provecho que me dijo en toda la cuadrilla?

—que yo bailaba con los codos vueltos hácia fuera, y las rodillas vueltas hácia dentro.

—Pero ese es un avance.

—¡Caballero!... como puede Vd. asegurar, le dije yo.

—J. J. Rousseau lo dice: la muger que al caminar vuelve los codos hácia afuera, es seguro de que las rodillas van hácia adentro, y Vd. saca los codos como Angel Pitou, señorita....

—¡Caballero!—En este instante acababa la cuadrilla.

Mi compañero se encojió de hombros, y se sentó sin decirme una palabra.

—Pero eso es horrible.

—No paró en eso—Un jóven que habia notado mi disgusto le preguntó el motivo.

—El motivo es que esa criatura baila con los talones y parece prendida con alfileres.

—Pero eso es insufrible!

—Al contrario—encantador—desde esa noche me he formado un concepto favorable de él, y creo que es el hombre que me conviene—Estoy tan cansada de oirme elevar al quinto cielo... tan hastiada de que me hablen á cada momento de mi fortuna, de mi lujo y de mi hermosura, que ahora comprendo que todo es mentira. Escucha, Nerea—aprecio yo mas esas palabras de Justo, que todas las ovaciones que se me prodigan en un baile, y en todos los parajes de la sociedad... Ese á lo ménos dice lo que piensa—Lo único que siento es haberle parecido ridícula.

—Pero es imposible—no, no lo creas—Escucha—mañana se baila aquí: es el aniversario de Elisa: yo nada puedo; pero veré de modo que se le invite—Si viene, yo tendré ocasion de ver y juzgar.

—¡Ay! qué dicha! es decir que le veré entonces.

—Yo lo creo al ménos.

—Corriente; pues entonces voy á preparar mis vestidos.

El de la otra noche, nó—no me lo pondré jamas—me haré vestir por la modista, afin de que no parezca prendida con alfileres: ya se vé—esa Herminda jamas hará nada de provecho.... Adios, Nerea.... adios; hasta mañana entonces: me voy á la misa mayor, allí debe estar.

—¡Adios, amiga mia!

Cristiana se lanzó á las escaleras y desapareció.

Nerea fijó un momento los ojos en la direccion que llevaba Cristiana, y dijo tristemente:

—¡Corre, corre, dichosa amiga mia!... tú no vas perdiendo el brillo de los ojos, porque no derramas lágrimas... tú no pierdes el color de las mejillas, porque no tienes pesares; y las noches para tí no son eternas, porque tienes una madre que viene á la cabecera de tu lecho, é imprime en tu frente el beso de paz y de cariño, que cobija tu sueño quieto y feliz.

Y Nerea volvió el rostro al mar, y apoyó su cabeza entre las manos.

En esta actitud la dejamos para dar cuenta á nuestros lectores de otros personajes que tenemos olvidados.

XIII.

El hombre de la linterna.

Eran las doce de la noche del mismo dia: el viento récio azotaba las altas paredes de una calle solitaria.

La noche era tan oscura que hubiera sido imposible distinguir una persona, á una vara de distancia.

La puerta de una casa se abrió, y apareció primero una cabeza humana; despues un brazo con una linterna, que alumbró á medias el frente de la puerta.

Entonces se oyó que dijeron á media voz:

—¡Señora!

La figura de una muger cubierta con un ropon avanzó rápidamente hasta la puerta.

Esta se abrió entonces un poco mas, y pudo distinguirse el cuerpo de un hombre alto, vestido con un saco largo, un gorro griego, y unas zapatillas negras.

El rostro era arrugado: la nariz corba y la barba blanca y larga.

La tapada guardaba precauciones, y entró sin detenerse. La puerta se cerró en seguida.

Estos dos personajes, subieron una escalera, auxiliados por la luz que llevaba el uno de ellos.

Entraron en un pasadizo estrecho y se detuvieron.

El hombre de la linterna, dió vuelta á una llave y se abrió una puerta.

Un gabinete estrecho se presentó á la vista.

El adorno era raro, sencillo y severo.

Un cortinado verde de damasco de seda, cubria un balcón que comunicaba con el Norte.

Otro igual, la puerta de entrada.

El fondo del tapiz de las paredes era oscuro.

Dos confidentes—una gran mesa de jacarandá en el centro con una lámpara, muchos libros, dos ó tres redomas de cristal, y algunos instrumentos de cirujía, era todo el adorno de este gabinete.

Los dos personajes entraron.

La tapada se sentó, siempre con el rostro cubierto.

El hombre colocó la linterna sobre la mesa, y se sentó al lado de la tapada.

La conversacion empezó: pero en secreto, y se prolongó por espacio de algunos minutos.

De pronto se puso de pié el anciano y dijo:

—¡Es imposible!

La tapada se alzó de hombros, y no contestó.

—No me resolveré, sin saber quien sois, y sobre todo, sin saber á qué atenerme.

La tapada sacó una mano gantée de bajo del ropon, y dijo enseñando una pieza de oro, valor de una onza:

—¿Qué os importa mi nombre?—aseguradme el éxito, y os contaré quinientas.... ¡lo ois!.... quinientas onzas de oro....

Los ojos del anciano brillaron siniestramente.

—¡Una fortuna! dijo entre dientes.

—Por un crimen—esa es la espresion, contestó la tapada.

Y bien ¿qué os importa?—La complicidad os asegura el silencio—El dinero os asegura el bienestar....

—Pero... mi conciencia, señora; ¿quién la garante... quien la acalla?

—Hablemos en razon; porque yo no he venido á gastar palabras—Todo el mundo sabe cómo debe apreciarse la conciencia de los que tienen la vida de sus semejantes en sus manos. La sociedad es un inmenso cadáver para vos: vuestra mano tiene eternamente suspendido el escarpelo sobre ella... y talvez los filtros. Teneis el derecho de matar hábilmente sin que se os tome cuenta—No la teneis ya de las victimas que han producido vuestros experimentos ó vuestros desaciertos; por consiguiente, no teneis conciencia, porque de otro modo dejariais vuestra profesion—es claro.

Además, Señor mio: la conciencia es una mercadería... es un sistema adaptable, y no ve nada de particular en que me deis una insignificante parte de ella, por una suma de oro—¿Os conviene?—Decidlo, porque no puedo perder tiempo.

Y la tapada se puso de pié.

—Un momento, señora.

—Hablad.

—Esa suma... ¿quién garante esa suma....?

—La tendréis mañana mismo—Estenderéis un documento obligado; por supuesto que con vuestra verdadera firma, cuyo orijinal conservaré, y en seguida, os contaré la suma.

—Corriente, venid mañana, y os daré el sistema que me pedis.

—Hasta mañana, pues.

El alquimista tomó la linterna, y acompañó á la tapada hasta la puerta.

Despues que aquella hubo salido, el alquimista dió vuelta á la llave, y subió murmurando entre dientes....

—La sociedad... ¡eh!—pierde cuidado que no te dejaré de mi mano.

XIV.

Una noche de baile.

Despues de la conferencia que tuvo lugar entre Josefina y Nerea, y de cuyos resultados hemos dado cuenta al lector, Josefina esperó á su esposo, y con la resignacion mas humilde le dió cuenta de todo.

—Ya lo habia previsto, dijo Luciano, y como ya lo esperaba, he tomado mis medidas para que hoy se coma en familia, y á la noche se baile—Si ella no quiere participar de nuestra alegria, que se retire á su pieza.

—Pero es imposible—Eso se explicaria de dos modos: ó bien que está enferma, y entonces es impropio divertirse—ó bien que está disgustada con nosotros, y entonces es doblemente impropio.

—Nada importa; estoy resuelta á todo.

—Entonces se hará como tú lo quieras.

Y en efecto, desde luego se tomaron todas las medidas, y la casa se puso en movimiento.

Nerea, no se sentia bien ese dia—Su cabeza un poco pesada, y la respiracion difícil, la tenian como aletargada.

Sentada frente á las ventanas de Clemente con un frasco de sales en la mano que de vez en cuando aspiraba, estaba observando detrás de las cortinas el cuarto vecino.

Clemente ya estaba restablecido.

Salía muy temprano á su trabajo; pero á las doce, generalmente hacia una escapada, y venia á atisbar por las ventanillas de su pieza, las ventanas de la galeria.

Su posicion habia cambiado—es decir, habia cambiado de profesion con igual sueldo.

Justo le habia proporcionado un acomodo mediano.

Era dependiente de barraca, y aunque no habia adelantado en recursos, estaba en mejor carrera, y tenia mas descanso.

En este concepto, aunque podia estar mejor alojado en el establecimiento, no quiso abandonar su reparo.

El mas suntuoso aposento, rodeado de todo el prestigio del lujo, no hubiera tenido para él, aquel encanto inesplicable, aquella adorable miseria de su bohardilla.

La figura de Nerea, destacada detrás del cortinado, ó cruzando al través de los cristales era para él, la vision: el espíritu purísimo de Olinda, abrazada en la cruz, y flotando en el eter de los cielos, sobre su cabeza;—por consiguiente su bohardilla debia parecerle el paraíso, y estaba en su derecho.

Nerea hacia esfuerzos supremos para romper el sopor espeso que oprimía su pecho y su cabeza.

—Me siento mal, decia; pero eso no será nada—Quisiera llamar un médico... pero nó, tengo miedo—Luego saldré á tomar el aire y esto pasará—debe de ser el efecto de mi encierro—no salgo nunca.

Esperaré á que Clemente salga, y despues me pasearé por la azotea. El aire puro me hará bien.

¡Clemente!—pobre joven.
El único ser, en quien reconozco cariño, y tan sumiso... tan respetuoso... aquella adorable humildad que tan bien le sienta...

Pero yo le prometí á Cristiana hacer invitar á Justo... ¿de qué medio me valdré?—

Tengo una idea.
Le he visto entrar algunas veces en la pieza de Clemente—¿Se lo avisaré?—No—escribiré desfigurando la letra cuatro líneas, y Clemente se las llevará corriendo.

Nerea escribió en un papel chico:
«Avisad á Justo L... que esta noche se baila en casa de Luciano N... —Le interesa.

«Un amigo.»

Nerea salió á la azotea, dió varias vueltas, y aprovechando el movimiento de su casa subió al cuarto de Clemente, dejó el papel doblado sobre la mesa, y ya salía cuando se detuvo asombrada:

—Mi retrato, dijo.
Efectivamente—á la cabecera del lecho de Clemente y entre dos palmas bendecidas, estaba colocado el retrato de Nerea, entre marco dorado, y con un tul rosa que lo cubría.

El retrato estaba sacado al lápiz; pero tan fino, y de tal semejanza, que hubiera rivalizado con la mejor litografía.

—Mi retrato, repitió Nerea.
Y apenas se atrevía á acercarse.
Dos lágrimas rodaron por las mejillas de la joven.
El agradecimiento, el cariño de toda su vida, estaba fijado desde ese momento.

Clemente volvió una hora despues, y se le vió salir en seguida bajando con presteza las escaleras, con un papel doblado que guardó cuidadosamente en el bolsillo.

A las diez de esa misma noche, una gran concurrencia poblaba el salon de la casa de Luciano.

El lujo ostentado en toda su magnificencia daban un aspecto casi réjio, á aquel salon ricamente adornado, y poblado de juventud resplandeciente de vida, de sedas y de diamantes.

Una gran orquesta colocada á la cabecera del salon, rompió el baile con una polka.

Cien parejas en movimiento... cien elegantes manos calzadas con ricos guantes, se levantaron conteniendo ramilletes de flores que oscilaban, se perdian y volvian á aparecer con el movimiento del baile á la manera de un jardin flotante ondulando sobre un mar agitado de rosa y blanco.

El espectáculo era magnífico, arrebatador.
Nerea, presa de la amargura mas horrible, luchaba con valor con los dolores de su alma, y con su fisico enfermo.

Cualquiera la hubiera creído feliz.
Eternamente en movimiento, iba de un lado á otro: hablaba con sus amigas, trataba de aturdirse, y se reia con la fiebre del delirio.

Justo y ella, se encontraron al paso.
—Os buscaba, señorita, dijo Justo.

—¿A mí, caballero? ¿pues qué ocurre?

—Poca cosa: tengo encargue de un amigo de invitaros para una cuadrilla.

—No pensaba bailar; pero una recomendacion merecía atenderse—estoy pronta.

—Pues entonces suplico á Vd. que tome el brazo, la cuadrilla es la pieza que sigue.

Las parejas tomaron el camino de las galerias para dar lugar á la pieza que debia tocarse—gozaban del intermedio en un momento de expansion.

Justo y Nerea siguieron el movimiento, confundidos entre la multitud.

Nerea vestia un traje de *moiré* blanco y ceñia sus sienes una corona de laurel artificial con botones dorados.

Adornaba su brazo únicamente una pulsera de pelo que contenia un retrato—El pelo y la imágen de Teresa.

La palidez que la dominaba imprimia en su rostro un tinte de melancolía, tan suave, tan dulce, que hubiera sido imposible no amar aquella adorable languidez de la belleza humana.

Justo, caminando á prisa, buscaba con la vista un paraje donde sentarse.

Nerea lo comprendió y le señaló un confidente.
—Eso es, corriente, dijo Justo sentándose.

Nerea se apoyó en el respaldo, y bajó la vista.
Justo la miraba con atencion, y se mordía la punta de los guantes.

De pronto salió Justo de su contrariedad, y dijo:
—Señorita, el tiempo se vá, y es una tontera perder el tiempo.

—Es cierto, dijo Nerea—El tiempo perdido, no vuelve.

—Pues bien, señorita, yo soy hombre que hablo siempre la verdad—¿Vd. no es feliz, señorita!

Nerea le miró un momento—despues sonrió tristemente y contestó:
—Tal vez.

—No hay tal vez que valga—tiene Vd. los rastros de un pesar horrible, secreto y matador, y esa es una tontera, señorita, porque yo la amo á Vd. porque es amada por un hombre á quien doy el nombre de hermano, y sobre todo me aflige verla á Vd. triste, señorita.

—¿Es posible que exista un ser que me ame? dijo Nerea, con dulzura.

—Toma, si existe: como que no hace otra cosa que pensar en Vd.

—Lo siento mucho, caballero.

—¿Cómo, así!

—Porque ese hombre (quien quiera que sea) se arrepentirá muy pronto de haberme amado.

—¿Toma!—tambien puede ser!

—Indudablemente.

—Pues me alegraria saber la verdad.

—No tengo inconveniente en decirla—Yo no amo á nadie, caballero—Un corazon rebozando de sentimiento, no puede amar nada que no sean las lágrimas y el aislamiento; porque la fuerza del sentimiento que lo absorve le quita todas las facultades, y lo reduce á la inercia.

El sufrimiento en mí es un culto—adoro mis lágrimas, con la misma fé, y hasta con el mismo placer que los dichosos de este mundo adoran la felicidad de la vida.

—Señorita, eso es una injusticia; pero haga Vd. lo que quiera—Yo me guardaré muy bien de mezclarme en sus asuntos; pero tambien me guardaré muy bien de permitir que un amigo mio esté engañado como un tonto—Yo se lo diré todo, señorita, y quedaremos del otro lado.

—¿Qué le dirá Vd., caballero?

—Que Vd. no lo ama, señorita; se lo diré, á fé de mi nombre.

—Hará Vd. muy mal, caballero, dijo una voz cerca de nuestra pareja.

—Hará Vd. muy mal, caballero, dijo una voz cerca de nuestra pareja.

—Hará Vd. muy mal, caballero, dijo una voz cerca de nuestra pareja.

Nerea se volvió, y reconociendo á su amiga le tendió la mano, y dijo:

—¿Cristiana!—he cumplido mi palabra.
—Señorita, dijo Justo inclinándose.

Despues pensó para sí:
—La que baila con las rodillas tuertas... ¡qué demonio de mujer!

Y le pasó la vista de arriba abajo.

—Caballero, dijo Nerea: perdonadme: me siento un poco molestada.

—¿Qué! ¿Qué tiene Vd. señorita?

—Nada—luego pasará—le recomiendo á Vd. mi amiga—Cristiana, te pido que bailes por mí esta cuadrilla con este caballero.

Y dirigiéndose á Justo le dijo:
—Nuestro compromiso queda pendiente—lo cumpliré. Dicho esto, desapareció.

Cristiana y Justo quedaron solos.

—Caballero, dijo Cristiana, mi amiga le ha dado á Vd. un mal rato.

—¿Por qué, señorita?

—Por que le obliga á Vd. á bailar conmigo, cuando tan mal sé hacerlo.

—No lo hace Vd. muy bien, que digamos, pero no se nota gran cosa.

—¿Vd. vé pues?

—Ya lo veo.

—Pues Vd. baila muy bien, caballero.

—No sé como bailo; pero le aseguro á Vd. que jamás me ha venido la idea de fijarme en ello.

La orquesta empezó la cuadrilla.
—Señorita, ya empiezan.

—No iré hasta que Vd. no me dé una explicacion.

—¡Explicaciones! ¡zap!

—Sí, señor, explicaciones de su conducta hácia mi persona; ¿qué le parece á Vd. este traje, caballero?

Justo se fijó en el traje de Cristiana.
Estaba hermosísima, y adornada con lujo y elegancia.

—Efectivamente, el traje es bonito.

—Gracias á Dios, caballero.

—Francamente la otra noche me hizo Vd. un efecto horrible, Señorita.

—¿Caballero!

—Se me erizaron los dientes, y se alteró todo mi sistema nervioso, tanto que por espacio de dos horas estuve espeluznado.

—Este hombre es abominable.

—¡Ay! que la cuadrilla se acaba, gritó Justo.

—Caballero, qué me importa.

—Pues es claro que eso es de poca importancia—Y bien mirado; ¿no le parece á Vd. que el baile es un disparate?

—Este hombre es intratable... Caballero, lo detesto á Vd. ... hablemos en razon.

—Vaya un modo raro de razonar; pues hablemos.

—¿Porqué me odia Vd.?

—¡Yo, Señorita! dijo Justo, espantado—Jamás he caído en eso.

—Vd. me trata cruelmente.

—Puede ser; pero le juro á Vd. que no he tenido intencion de hacerlo... es que yo soy un aturdido, perdóneme Vd. Señorita... ¡perdóneme Vd.!

—Pues bien, le perdono.

—Es decir que estamos en paz, y que Vd. ya no me odia.

—Corriente; pero con una condicion.

—Eso es lo difícil; ¿pero veamos cuál?

—Que no me volverá Vd. á decir que bailo con los codos hácia fuera.

—Y con las rodillas como Angel Pitou—¿quien lo duda?

—lo que es cierto debe decirse.

—¡Pero si no hay tal cosa!

—Eso le parece á Vd.—nadie conoce sus defectos.

—Pero es raro, nadie sinó Vd. los nota en mí.

—Es que no le dicen á Vd. la verdad, y por eso me odia Vd.—Si todos los hombres fueran como yo, le aseguro á Vd. que las cosas marcharian de otro modo; es decir, no habria coquetas—Yo llamo á todas las cosas por su nombre—de- testo la mentira—me gusta divertirme, y ningun poder humano me hará rendir culto á otra cosa, que al verdadero mérito; unos dejan la muger, por admirar el dinero; otros admiran la muger y el dinero á la vez; otros el dinero esclusivamente; otros enfin que mienten por el dinero, y yo no miento por nada, Señorita—Si Vd. no tuviese como tiene una fortuna de renta, talvez me pareciese mejor; pero le confieso á Vd. que en fuerza de oír que Vd. es hermosísima, y que tiene una fortuna considerable y que se llama Cristiana, y que todo es divino, espléndido y sobrenatural en Vd., tengo todo eso atravesado aquí en la nuez, y corro el peligro de ahogarme el mejor dia que me encuentre con Vd. de manos á boca—Con que serémos amigos, á condicion de que yo diré la verdad cuando llegue el caso, y Vd. dirá lo que quiera; ¿le conviene á Vd.?

—Me conviene! á lo ménos ya eso es algo.

—Y ya que no bailamos la cuadrilla, será la pieza que sigue.

—¿Y mis defectos?

—Ahora me van pareciendo ménos.

—¡Ah, Caballero!—eso me consuela; porque me prueba que solo me quiso Vd. dar un mal rato—Es Vd. perverso, Justo—Vamos pues.

Justo le presentó el brazo, y se confundieron entre las parejas del salon.

Nerea habia desaparecido—Estaba en su gabinete sobre el lecho, en traje de baile y con las cortinas corridas.

Una hora despues entró Cristiana.
Nerea recobró el valor, y le dijo:

—He creído morir de languidez.

—Y yo de rabia, agregó Cristiana—ese hombre es un aturdido.

—¿Qué te ha dicho?

—La verdad... ¡ay! pero no me ama.

Nerea guardó silencio.

—No me contestas, Nerea.

—Bien lo quisiera; pero no sé á qué atenerme.

—Pues, yo, sí, y te juro que ese hombre me amará. Mi resolucion está tomada—Ese hombre me conviene y debe amarme.

Cristiana imprimió un beso en la frente de Nerea, y le dijo:

—¡Adios!

Nerea contestó con dulzura:
—Adios, amiga mia: sé feliz.

Y se separaron.

Al dia siguiente Justo subia corriendo la escalera de Clemente, y se plantaba de un salto en la pieza, diciendo:

—Eres un imbécil.

Clemente le miró con sorpresa, interrogando:

—¿Porqué?

—Toma!—anoche he hablado con Nerea, ... la vecina de los ojos tristes...

—Y bien?

—Y bien?

—Y me ha dicho redondamente que no ama á nadie—papañatas!

—¿Y quien se opone á creerlo?

—Esa mujer está dada al diablo; qué sé yo lo que tiene: creo que es maniática, y se le ha figurado que se muere.

—Justo... tú tienes una costumbre terrible de interpretar las cosas.

—Te digo que no te hace caso; que no se le importa de ti un bledo...

—Tampoco lo dudo, y hasta lo encuentro muy natural ¿qué ilusiones puedo yo llevar al corazón de esa mujer?

—Ah! ¿con que lo conoces? eh!

—Demasiado lo conozco, dijo Clemente suspirando.

—¡Ira de Dios!... ¿y todavía suspiras?—Es decir que la amas.

—¡Oh siempre!... tal vez toda mi vida.

—Francamente, nunca creí que fueras tan tonto—Enamorarte de una mujer que te desprecia—¡Jesus, qué imbécil!

—Las pruebas, Justo.

—¿Pues no te las he dado yá?

—No, solamente me has dicho que no ama á nadie—Eso es muy vago.

—Hombre; pues también tienes razón; pero, y tú; ¿tienes alguna prueba?

—¡Ay!—¡Sí!

—Al diablo con tus suspiros—habla claro, Clemente.

—No puedo; pero te juro que tú que eres mi único amigo, serás también el único que sepa lo positivo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro!

—Basta. Ahora te diré una cosa: anoche tuve una refriega con una muchacha de esas de copete, ¿lo entiendes? ¡de copete!

Y Justo se contorneó.

—¿Qué malo es eso? dijo Clemente—La consideración se adquiere en la sociedad, con el buen porte.

—No digo: ¿tú también eres de esos que tributan Apoteosis á la posición social?

—¡Justo!... ¿es posible?

—Voto al diablo! siempre te ando causando disgustos—Yo bien sé, que nunca debo mezclarte en las comparaciones; porque efectivamente un buen amigo debe respetarse—para que se ha de decir mas que la verdad.

Y Justo estrechó en sus brazos á Clemente.

—Justo—eres el mejor corazón que conozco, y si tú pudieras desprenderte de ciertas cosas...!

—Nada... nada de eso.

—Mi carácter siempre igual, y á fé que no me salen tan mal las cosas—Se puso delante de mí toda llena de orgullo y de lujo, creyendo anonadarme—La salud—Me miró—La miré—Le dije una porción de barbaridades (verdades) y acabó por decirme que me detestaba (mentira).—Las mujeres (muchas de ellas) dicen las cosas al revés, para que se las entiendan al derecho. La prueba es que por conclusión, vinimos á parar en que seríamos amigos condicionalmente, ¿y eso qué prueba?

—¡Dios lo sabe!

—Pues yo lo sé.

—¡Véamos!

—Que la muger es como la chicharra, cuya misión es chillar eternamente hasta que se muere.

—¡Justo, por Dios!—No hables disparates.

—Voto al diablo! es verdad; pues haz de cuenta que nada he dicho—¡Adios!—te espero á comer y hablaremos.

—Corriente, luego soy tuyo.

Justo salió diciendo:

—Pues aunque Clemente lo niegue, no deja de ser muy cierto lo que digo... es verdad que á veces suelo ser algo bárbaro... pero en fin, me voy á casa de Adela que anoche me invitó en el baile á que fuese esta noche á tomar el té á su casa—Es una casadita interesante, y casada con un vejete—además es amiga de Cristiana—Ella debe estar allí y me entretendré en hacerla rabiar.

XV.

Clemencia.

Clemencia, tipo ideal de lo que nos ha quedado de Murillo y de Rafael, era una delicada criatura, dotada de un conjunto de bellezas incomparables.

Destinada á extinguirse en la tierra, á la manera de una lámpara que se abandona en las bóvedas de un subterráneo, no dejó para la ingratitud del mundo, mas que el rastro adorable del recuerdo de aquel ser perdido entre las tinieblas de la sociedad que algunos llaman *la indigencia*.

Era hermana gemela de Clemente; ya queda dicho.

Criatura esquisitamente delicada por temperamento, agostó su vida en la flor de la juventud, y aquella mano que solo hubiera debido manejar el lapiz ú otra ocupación de adornos, fué destinada por la providencia, al trabajo material y pesado de adquirirse la subsistencia.

De una estatura proporcionada: cuerpo delicado y flexible—una cabeza romana adornada de un rostro angélico: de dos ojos negros dormidos, de una nariz recta: y una boca pequeña y sonrosada, rematando el conjunto una larga cabellera fina, negra y rizada—De ese todo, se destacaba aquella criatura digna de un trono... olvidada del mundo, lanzada á las vicisitudes de la vida precaria... que se entretendría recién al mundo, y que se llamaba Clemencia.

Clemencia, sentada junto á su mesa de costura, trabajaba sin levantar la cabeza.

Su tia era una señora de cincuenta años, seca de rostro: bastante agoviada, y tosía con frecuencia—Se llamaba Eugenia.

—Hija mia, dijo la anciana—Mañana vendrán por el trabajo—no está concluido todavía—Es preciso trabajar mucho—trasnocharemos...

—No tema Vd., madre mia, acabaremos temprano—Yo trabajaré toda la noche y Vd. dormirá un poco.

—No, no, hija—Yo soy fuerte—no necesito descansar—Solo lo siento por tí, que eres delicada... ¡qué desgracia, Dios mio! ¡qué desgracia! murmuró Eugenia con tristeza.

—No se aflija Vd, madre mia; porque me desgarran el alma—Tengamos valor, esto no ha de durar siempre—Trabajaremos, mientras tengamos fuerza, y despues... (Aquí la coincidencia de las dos lágrimas. Madre é hija, se sorprenden una lágrima en las mejillas).

Clemencia se detuvo espantada.

El *mas allá* era todavía mas horrible que el presente.

Despues pensó para sí:

—Dios tendrá piedad de nosotros.

—Si al menos los recursos para vivir no fueran tan cortos: si pudiéramos con menos trabajo sostenernos... Pero tú, pobre hija mia; tú, hija de padres pudientes... reducida al trabajo de tus manos, cuando habia para tí un porvenir lleno de felicidad...

—¡Y bien! eso qué importa; no viven tantos desgraciados como nosotros—Dios nos mirará... Dios nos ayudará.

Por mi parte, madre mia, le aseguro á Vd. que nada me importa las grandezas de la tierra—No he tenido ocasión de

conocerlas, y es por eso que no tengo tampoco el dolor de echarlas de menos.

Toda mi felicidad se limita hoy á ver á Clemente en carra: y á proporcionarle á Vd. el sustento... Tal vez algun dia seremos felices.

—Cuando pienso, agregó Eugenia, que ese hombre ha sido capaz de quitarte el pan de la boca... él... que no lo necesitaba, y que lo único que hizo fué aumentar considerablemente su fortuna con tu patrimonio; pero eso no ha de quedar así—Clemente será hombre algun dia, y entonces veremos, cómo se despoja á dos huérfanos desvalidos... ¡Oh! yo tengo esperanzas en Clemente.

—¡Madre mia!—cada vez que le oigo á Vd. hablar así, temo por él... ¡Quién sabe, esas personas poderosas son muy influyentes, y pueden hacerle mal!—¡A veces suceden cosas tan raras!....

—La justicia, hija mia—El sabrá buscarse justicia.

Cuando tu padre murió, quedó tu madre sola en el mundo con dos huérfanos—No tenia un hombre que mirase por ella—El dinero de un tutor malvado corrompió todo, y ahogó la verdad.

Pero no digas nada de esto á tu hermano—es muy joven aun, y no sacaría ningun provecho de la revelación—Es un secreto que guardo, para comunicárselo en tiempo oportuno—Segun me ha dicho, adelanta en sus estudios, y tiene esperanza de graduarse muy pronto—Cuando esto suceda, yo le revelaré el secreto, y le daré algunos papeles que pueden servirle de algo—Lo único que siento es que me alcance la muerte antes de eso, porque conozco que viviré poco...

He sufrido tanto... y á mi edad, querida hija mia, los órganos de la vida resisten poco.

—¡Oh! no hable Vd. así, madre mia, dijo Clemencia dejando el trabajo, y abrazando á Eugenia, á quien besó en la frente.

Despues colgándose de su cuello, la miró tristemente y le dijo:

—He tenido un sueño, madre mia.

Eugenia dejó los espejuelos sobre la mesa, y sonriendo con dulzura, contestó:

—Veamos ese sueño.

—¡Ay, madre mia: si fuera cierto!

—Es triste... muy triste.

—Sí, pero yo me conformaría con que se realizase.

—Pues veamos el sueño.

—Me promete Vd. no entristecerse.

—Sí, te lo prometo.

—Pues bien, empezó Clemencia—Ya habia pasado mucho tiempo.

Nosotras siempre trabajábamos en costuras.

Clemente desapareció de pronto, y no volvimos á verle.

—No es posible, hija mia.

—Escúcheme Vd.—Clemente desapareció.

Nosotras lloramos mucho.

Seguimos trabajando doblemente, porque no estando él, nos faltaba el aumento que él nos dá.

Yo me sentaba al trabajo todas las tardes, con la vista fija en la dirección que él solía traer cuando venia á vernos; pero en vano, Clemente no volvía y nosotras estábamos ya reducidas á la miseria...

Dos lágrimas rodaron por las agostadas mejillas de Eugenia.

—Madre mia—Vd. se aflije, dijo Clemencia—yo no hablo mas.

—Al contrario; es necesario contar el sueño á fin de que no se realice lo que tenga de triste.

—¿De veras, madre mia?

—Indudablemente.

—Entonces, me alegro, porque yo no pensaba contar todo.

—Pues, dílo.

—Decia que estábamos reducidas á la miseria... pues bien... los recursos nos faltaron, nuestros esfuerzos fueron excesivos... sobrehumanos, y Vd., pobre madre mia, cayó enferma...

—¿Y despues, hija mia...?

—¡Ay!—es imposible...

—Dílo, dílo... hija mia, ¿no ves que no estoy triste? dijo Eugenia con el corazón desgarrado...

—Despues no teníamos cómo pagar el Médico ni los remedios...

—¿Y?... dijo Eugenia, cuyos ojos saltaban de sus orbitas.

—Y la llevaron á Vd. de casa...

—¿Adonde... adonde...?

—Al Hospital...

Eugenia sufrió un sacudimiento horrible y se abrazó de su hija...

—Pero, y tú, hija querida, ¿y tú?

—Yo, quedé sola trabajando mucho, hasta que también me dobló el trabajo; me faltaron las fuerzas, y también caí postrada—Esa misma tarde, una joven desconocida se encargó de mí.

Al quinto dia de mi enfermedad, me dijo ella:

Amiga mia: tu hermano viene luego á verte, es feliz... está rico... te trae la felicidad:

Mi cabeza se desvaneció y perdí el sentido—Desde entonces no volví á tener razón sino un momento.

En ese instante volví los ojos á la cabecera de la cama, y vi el rostro angelical de la joven compasiva bañada en lágrimas, y á Clemente de rodillas, que me tendía los brazos...

—¿Y tú? pero... ¿y tú?

—Yo... estaba muerta... pero recuerdo que en medio de mi agonía me sonreía de contenta viendo á mi hermano feliz.

—¡Ay! exclamó Eugenia, y cayó sin sentido.

—¡Dios mio! dijo Clemencia... era un sueño, madre mia... ¡socorro!...

XVI.

Adela.

Esta era una joven de 19 años.

Descendiente de una familia pobre, supo cautivar con sus gracias á un hombre acomodado, y entró en el matrimonio, consultando su conveniencia, antes que su corazón; es decir entregando una vida llena de juventud, al sacrificio de un porvenir lleno de achaques y cataplasmas—Pero ella habia echado sus cuentas.

Las mugeres son las mas hábiles financistas en asunto de matrimonios por conveniencia, asi como son las mas pobres calculistas en materia de matrimonios por amor.

Pero Adela no se hallaba en el último caso, y especuló.

—Supuesto que yo no puedo casarme con un joven elegante y con fortuna, porque soy pobre, dijo, y mucho menos con un joven interesante y pobre, porque no soy tan tonta—me casaré con un viejo con dinero, y estoy cierta que seré muy feliz á mi modo.—D. Eustaquio Bengochea es un excelente sujeto. Es verdad que tiene sus cincuenta cumplidos, y además de estar pintando en canas, es un poco tonto y desproporcionado de vientre; pero tiene dinero, y

nolo pasarémos mal, además que el ser tonto, es ya una condicion para marido—á él, pues.

Y desde entonces le puso los puntos al Sr. Bengochea, que acabó de caer en el lazo, con gran contento suyo.

Adela se casó pues, y como nunca había tenido la idea de soterrarse, hizo su aparicion en el mundo, dando movimiento á la plata del Sr. Bengochea, que se conceptuaba loco de felicidad.

Y efectivamenie lo era. Porque el Sr. Bengochea tenia el temperamento aparente para serlo.

Adela gustaba del lujo, y lo gustaba: gustaba del teatro, y tenia paleo por temporada: gustaba de los bailes, y concurría á todos ellos: gustaba de la comodidad, y tenia coche: y finalmente gustaba de reunion en su casa, y tenia cortejos.

Justo vino pues á aumentar el número de la rueda.

Como hemos dicho antes, Justo había sido invitado á tomar el té en casa de Adela, y á las ocho de la noche, se calzó los guantes; se caló el sombrero; tomó el baston, y salió como acostumbraba, como un relámpago, llevándose todo por delante, y se metió en abreviatura en el salon de la Señora de Bengochea, que tenia una regular reunion de jóvenes y señoritas, y entre ellas Cristiana, que era la sombra de Justo. Fácil es ahora comprender por qué razon venía Justo á formar parte de aquella sociedad, y sobre todo porque había sido invitado á tomar el té por Adela.

—Bien, Caballero, dijo esta viéndole entrar—eso se llama tener palabra.

—Eso se llama hablar en razon—A los piés de Vd., Señora, y Justo saludó despues en general.

—Bien venido á mi pobre casa, caballero.

Justo se sentó al lado de Adela, y dijo metiéndose la mano en el pelo, con guante y todo:

—¿A qué llamará Vd., señora, su pobre casa?

Y pasó la vista con curiosidad por los artesonados y los damascos del salon.

—¿Cree Vd. que he dicho mal?

—No me atrevo á sostenerlo, señora; pero yo no veo aquí nada que indique una pobreza muy estrecha.

—No deben mirarse las cosas por el lado material, amigo mio—Lo que embellece esta sala, no es su vestidura: son las personas que le hacen el honor de visitarla.

—¡Ah! si Vd. mira las cosas por ese lado. . .

—Y Adela tiene mucha razon; agregó Cristiana acercándose.

—Señorita, por Dios, dijo Justo. . . ¿que no ha de haber un parage donde no me la eche á Vd. á la cara?

—Está visto que soy la sombra involuntaria de Vd., dijo Cristiana, riendo.

—La sombra de Banco, Señorita—esto es horrible, agregó Justo con intencion.

—Caballero, eso no es lo tratado.

—¿Cómo que nó!—yo creo haber estipulado con Vd. el derecho de decir lo que siento.

—Sí; pero Vd. no siente lo que dice.

—Soy capaz de jurarlo; ¿pero quién es aquel vejete barbigon y pernicioso que habla con Leopoldo L. . . ?

—Es mi esposo, caballero, dijo Adela sonriendo.

—Por vida de. . . Vd. perdone, señora; pero es una figura tan extraña que. . . pero en fin eso no priva de que sea un excelente marido, señora. . . ; una pierna y un vientre que parecen peleados el uno con el otro, no hacen ningun peso en la balanza matrimonial.

—Ciertísimo dijo Adela.

—Cuando yo lo decia—ademas parece un excelente sugeto,

debe ser un poco inclinado á la mesa, porque está tan robusto. . . Dios se lo conserve á Vd., señora, siempre tan saludable.

—Caballero, gracias: pero creo que no ha venido Vd. á hablar de mi marido únicamente.

—Dios me libre. . . son meras observaciones de paso. . . pero hágame Vd. el gusto de presentarme á su esposo, señora.

Adela hizo una seña á este, que se acercó al momento.

Justo se puso de pié, y á esto se siguieron las presentaciones, y cumplimientos de estilo.

—Mucho gusto de conocer á Vd. caballero—Todos los amigos de mi mujer, son siempre bien venidos á mi casa, dijo á Justo el señor Bengochea.

—Eso me prueba que Vd. comprende y pone en práctica los deberes de la hospitalidad, contestó Justo inclinándose.

—¡Oh!—en cuanto á eso, Adela es la encargada de hacerlo. . . es tan amable. . . Yo nunca me mezclo en los asuntos de la casa—Ni averiguo nada—El eje de todo aquí, es Adela.

Cristiana estaba desesperada de la situacion, y se averiguó de modo que se bailára—El piano arrancó las notas de una Mazurka, y se pusieron las parejas en movimiento.

Adela se ocupó en hablar con Leopoldo, sobre varias cosas.

Justo se había reunido con Cristiana, y se ocupaba en hacerla rabiar.

El Sr. Bengochea, y otros amigos que mas adelante conocerá el lector, y que tienen su puesto en este enredo, se ocupaban en jugar el mus en una sala inmediata, sin cuidarse mucho de su vecindad, y asi queda todo, mientras llevamos al lector á darle á conocer lo que pasaba entre dos personas conocidas.

(Continuará.)

DEL ORIGEN DEL LENGUAGE

POR EL

Sr. ERNESTO RENAN.

Con este titulo, uno de los filólogos y filósofos mas instruido de la época, traductor de varios libros de la Biblia, ha publicado en Paris una obra tan interesante bajo el punto de vista histórico y critico, como bajo el concepto científico y filosófico, y de sus investigaciones resulta en realidad que el estudio profundizado del lenguaje es el medio mas eficaz de conocer el origen del espíritu humano entre las varias razas que pueblan la tierra.

Al dar cuenta de este libro, solo nos proponemos llamar la atencion de nuestros lectores sobre las apreciaciones y opiniones que revela, por un camino absolutamente nuevo y digno de las meditaciones de todo aficionado á los estudios puramente históricos y científicos. Puede decirse que la obra del Sr. Renan es una verdadera historia filosófica del espíritu humano, y vamos á tratar de dar á conocer los preceptos fundamentales en que se apoya.

Rechazando la opinion que hace del lenguaje humano una revelacion divina, y con justa razon, pues si se admitiese ese origen la diversidad de las lenguas no tendria explicacion, el Sr. Renan dice que los que interpretaron en aquel sentido los Par. 19 y 20 del Cap. 11 del *Genesis* se equivocaron, porque el verdadero nomenclator que en esa circunstancia aparece es el hombre [Adan], el mismo hombre procediendo con

sus propias facultades, bajo la presidencia de Dios, y no el mismo Dios; agregando que la creacion del lenguaje debe atribuirse á las facultades humanas procediendo con espontaneidad y todas juntas; que el pueblo es el verdadero artesano de los idiomas, y que el lenguaje se ha producido á un mismo tiempo entre las varias fracciones distintas de la humanidad. Solo á este fenómeno se debe, pues, las diferencias características que se notan entre las diversas lenguas del mundo.

Al analizar el hebreo, por ejemplo, el Sr. Renan, que reconoce que en la designacion de las ideas metafísicas y morales la humanidad primitiva se dejó guiar por las analogías del mundo fisico, nota que la *desesperacion*, el *desaliento* son expresados en hebreo por la *liquefaccion* interior ó por la *disolucion* del corazon; el *orgullo* por la *elevacion* de la cabeza, el cuerpo enderesado y firme; el *deseo* por la *sed* ó la *palidez*; que la expresion de la *verdad* se saca de la *solidez* ó de la *estabilidad*; la del *bien* de la *rectitud* ó del buen olor; la del *mal* de la desviacion, de la línea que forma arco ó de algun peso, etc.; quedando entendido que aquí se trata, no de la traduccion literal de las palabras, sino del sentido de los radicales de aquellas mismas palabras.

Por otro lado hace observar que la lengua hebraica, muy pobre en realidad, contiene sin embargo una gran cantidad de voces para espresar los objetos naturales como la lluvia, el viento, el trueno, etc., y que esa riqueza de sinónimos se ha conservado en la lengua Arabe, que es de la misma familia que el hebreo, anotando que la serpiente tiene en Arabe 200 nombres diferentes, el leon 500, la espada mas de mil y que el Sr. De Hammer, en una memoria especial, enumeró una por una las voces relativas al camello ¡hasta el número de 5,744!

Sin embargo queda demostrado que la onomatopeya, es decir esa relacion indicada entre las ideas metafísicas y las analogías del mundo fisico, no se encuentra al mismo grado en todas las lenguas; esto es pues lo que hace una distincion profunda entre los pueblos de raza diferente. Por ejemplo, ese éco de la naturaleza en la conciencia humana, que es casi dominante entre las razas sensitivas, como los Semitas (descendientes de Sem, y particularmente los Arabes, Hebreos, Syrios, Fenicios, Caldeos), es mucho menos aparente en las lenguas Indo-Europeas, como el Sanscrito, el Zend, el Armenio, etc. Asi es que el Sanscrito tiene voces que no parecen haber tenido jamás un sentido conceptual; la lengua de la India es un verdadero vocabulario filosófico ó mas bien religioso; los Vedás de los antiguos Persas, que representan un reflejo tan puro del génio de la Aera primitiva, ofrecen una mezcla de espíritu metafísico y de imaginacion que deja traslucir los instintos á la vez filosóficos y poéticos de nuestra raza con bastante originalidad.

Del estudio comparado de las lenguas queda demostrado que es del análisis del griego y del latino, sometidos á un laborioso trabajo de descomposicion durante los siglos bárbaros, que salen el griego moderno como las lenguas neolatinas, el español, el francés, el italiano, el portugués, el valaco, etc. Estos idiomas son para las lenguas de las cuales derivan lo que el páli, el prakrit, el kavi, el bengali y otros dialectos modernos del Indostan son para el sanscrito.

Herder dice que los Hebreos son como los niños que quieren decir todo de una vez; que una palabra les basta adonde necesitamos cinco ó seis para decir la misma cosa, y el Sr. Renan observa que hácia la época del cautiverio se nota en la lengua hebraica cierta propension á sustituir las perífrasis á los mecanismos gramaticales de la lengua antigua, propension que se hace sentir con mas fuerza todavía en el hebreo moderno ó rabinico. Mas tarde la misma lengua

hebraica desapareció dejando dominar á los idiomas caldaico, samaritano y syrio, dialectos mas analíticos, mas largos y alguna vez mas claros, y poco á poco esos dialectos se vieron absorvidos en el Arabe que llevó el análisis de las relaciones gramaticales mucho mas lejos que las antiguas lenguas semíticas.

Todas esas vicisitudes y alteraciones prueban la influencia que las razas de lengua Ariana é Indo-Europea ejercerán sobre las de lengua Semítica.

Después de sentar esta proposicion que es preciso buscar las causas mas eficaces de la diversidad de idiomas en la diversidad de las razas, el Sr. Renan entra en algunas consideraciones á ese respecto que nos parecen absolutamente sin replica, y dice:—«En vano buscaríamos entre los pueblos semíticos alguna tentativa indígena de análisis racional, y mientras tanto sus literaturas abundan en expresiones senceras de sentimientos morales y de aforismos prácticos.

«Los semitas son por excelencia la raza de las religiones destinada á crearlas como á propagarlas; y en efecto las tres religiones que hasta hoy aparecieron en el escalon mas elevado de la historia de la civilizacion, religiones marcadas con carácter especial de permanencia, de fecundidad, de proselitismo, y ligadas entre sí por relaciones tan estrechas que las hacen parecerse á tres ramos distintos salidos de un mismo tronco, tres traducciones mas ó menos bellas y puras de una misma idea, tuvieron principio entre los pueblos Semíticos. Organos de una raza monoteista que tuvo la intuicion de la unidad de Dios y fué llamada á simplificar el espíritu humano, como á establecer en el mundo, por la triple predicacion Judia, Cristiana y Mahometana, una religion mas razonable y sintética, las lenguas semíticas son por lo mismo sin perspectiva, sin agudeza ó impetu, sin viso ni variedad.

«Al contrario las investigaciones meditadas, independientes, severas y filosoficas de la verdad parecen provenir de esta raza Indo-Europea (á la que pertenecemos), la cual, desde el fondo de la India hasta las extremidades del Occidente y del Norte de Europa y desde los siglos mas remotos hasta hoy, trató de explicar científicamente Dios, el hombre y el mundo, dejando muy atrás y como eslabonados en las diversas épocas de su historia unos sistemas sometidos siempre á las leyes de un raciocinio mas ó menos desarrollado y complicado. Las lenguas de esta familia parecen pues creadas para la abstraccion y la metafísica, y son propiamente las lenguas del idealismo; no podian formarse sino en el seno de una raza filósofa, y esta raza filosófica no podía desarrollarse sin ellas.»

De esas apreciaciones científicas del autor que extractamos, podemos deducir la causa verdadera del antagonismo dogmático y de principios, que, desde los primeros siglos del Cristianismo, notamos entre el espíritu Semítico, representado por el catolicismo romano, y el espíritu Ariano de las lenguas Indo-Europeas, representado por los teólogos cismáticos ó los filósofos racionales: antagonismo que se ha perpetuado hasta hoy, y que el desarrollo como la perfeccion de los idiomas modernos favoreció de un modo extraordinario con menoscabo del antiguo espíritu semítico, que hoy dia no tiene ya organoen Europa, pues el Hebreo es una lengua muerta, y el árabe no tiene campos abiertos sino en Asia y África.

La influencia de los idiomas sobre las ideas y el espíritu de las masas es un hecho que nada puede destruir; y lo prueba la persistencia con que todos los sacerdotes del mundo conservan el uso de una lengua antigua y muerta como agrada para fijar el espíritu de los dogmas religiosos que practican—el hebreo y el latino entre los católicos, el sans-

erito y el páli, el prákrit y el kavi entre los pueblos del Indostán, el árabe literal y antiguo entre los mismos Arabes que solo entienden otro idioma vulgar diferente de aquel, etc.;—lo prueban también los esfuerzos extraordinarios que hacen todos los conquistadores para imponer su propio idioma en cambio del idioma nacional á los pueblos vencidos, como hacen los Rusos con los Polacos. En fin se puede decir que lo que hizo en realidad la famosa Reforma de Lutero y Calvino es la traslación de los textos sagrados y rituales en idioma vulgar, como no hay estabilidad para los grandes imperios sin la unidad ó uniformidad de idioma.

Ese antagonismo, religioso ó filosófico, como quieran llamarlo, es pues muy natural, porque es todavía un antagonismo de raza que no desaparecerá sino cuando los diversos elementos que le dieron vida se habrán mezclado é identificado bajo otra forma propia al nuevo espíritu que guía á las grandes agregaciones humanas; y este resultado ha de producirse tarde ó temprano, pues es fuera de duda que el elemento semítico va debilitándose cada día mas, y tiene que desaparecer del todo, cuando el espíritu de la nueva época en que estamos habrá dicho su última palabra ó formulado su credo religioso, político y social.

En resumen, el Sr. Renan concluye diciendo que el lenguaje se formó sobre varios tipos diferentes unos de otros; que el número de las lenguas madres puede haber sido considerable; y que el lenguaje no representa, como algunos podrían creerlo, el primer momento de la existencia material del hombre, sino el primer momento de su existencia social.

No podemos seguir al Sr. Renan en las averiguaciones tan científicas como interesantes que hace sobre el país que puede considerarse como la verdadera cuna de la humanidad, porque los límites de este artículo no lo permiten; pero creemos no deber omitir algunas de las reflexiones y apreciaciones con que él termina el último capítulo de su obra:

«Los primeros actos de la humanidad, dice, no fueron sino el desarrollo de un conjunto de leyes acordadas una vez para siempre, sin necesidad por parte del Agente Supremo que conformó su propia acción á estas leyes, de interponer su voluntad especial y excepcional en el mecanismo de las cosas. La creación como la conservación emplean medios idénticos, aunque procediendo en circunstancias diversas, y la misma fuerza que procura el ser, es la que hace vivir, pues en cierto sentido puede decirse que el desarrollo de la creación es idéntico á la misma creación.

«Todo lo que se ha visto de nuevo en el mundo, no tuvo lugar por el acto incesantemente renovado de un Ser creador, sino por la fuerza íntima depositada una vez para siempre en el seno de las cosas. Resulta pues, científicamente hablando, que la vida apareció en la superficie de nuestro planeta únicamente por el desarrollo de las leyes del orden natural.

«El hombre, al dejar de ser puramente instintivo, vino á ser lo que hoy llamamos racional... y el progreso de la misma razón producirá otra edad, la cual volverá á ser creadora también, por su propio desarrollo, pero libremente y con entera conciencia.»

Conocemos cuán delicadas parecerán esas opiniones á muchos de nuestros lectores, pero encontrándolas conformes con las de las ciencias físicas, químicas y geológicas, sobre las cuales la filosofía moderna cree con razón deber apoyarse, no hemos titubeado en reproducirlas, porque siempre es bueno estar al corriente de las ideas del siglo.

En otro número trataremos de dar cuenta de otra obra

del mismo autor titulada: *Historia y sistema comparados de las lenguas semíticas*. Por hoy creemos haber hecho bastante para hacer conocer un escritor que tiene fama de ser uno de los mejores eruditos que tenga la Europa, y uno de los que conocen mejor todos los antiguos idiomas asiáticos.

ADOLFO VAILLANT.

À MI MADRE.

Me pides, madre, que te diga en verso las cosas de mi amor para tu vida: es tan grande ese amor, es tan inmenso que no cabe en la tierra su medida!

Niña—soñé contigo el paraíso; te comparé á las flores del verano. Joven—te comprendí bajo el hechizo del poder del dolor, loco y tirano.

Niña—cruzaba de la eterna vida el áureo espacio en dulce movimiento, y soñaba llevarte enternecida entre mis brazos con osado aliento.

Joven—te ví con toca dolorosa ocultar del destino las señales, y caer la corona relumbrosa que yo soñé, corona de verdades.

Desde que yo pensé, te amé, Señora, con tanta voluntad y tanto estremo, que de la creación cuanto atesora, nada á tu lado para mí era bueno.

Tú eras mas grande que la misma vida; tú eras el sueño de mi sien ardiente; tú, el bien perfecto de mi mente altiva; tú, mi orgullo en el mundo, ante su gente!

Tu nombre, madre, siempre conmovida escuché en cualquier sitio dó me hallaba: nota del cielo en lágrimas perdida con el óleo del alma bautizada!

Perla que ya en las joyas de mi vida colocaba en primera calidad; hoja de Rosa mística, elejida entre mil otras flores del rosál.

Así te ví yo siempre en mis amores: sufrajío que ofrecía en mi piedad á ese Dios que nos manda los dolores porque quiere al humano acrisolar.

Hoy, mas triste tal vez que en otro tiempo, mi pecho siente el huracan sombrío del porvenir, que puede en un momento romper el dique al pensamiento mio;

Y entonces, loco y ciego, en el error lanzarse en el espacio ya vacío, sin medida en la santa prescripción, sin recuerdos que tengan tu albedrío!

Y lo crearás, ¡oh madre!—el corazón es tan tuyo, y tan grande de esta fé, que se levanta y pide á la razón contra ese porvenir, su acción de Juez.

Y es así, que yo dejo de temer al tiempo que vendrá;—por tu ternura, por esa cifra que escribió en mi ser la sangre tu ser y tu hermosura.

Triste y luchando con el mar del alma; sintiendo la piedad y la arrogancia; á veces ser feliz creo en la calma: á veces, en el ruido y la inconstancia.

Pero yo te protesto que tu fé me trasmuda, me manda, me sostiene: si esto no es en la vida el gran querer, digan qué es sentimiento, y qué le mueve.

¿Qué mas puedo decirte, madre mia, del cariño profundo de mi alma...? Solo una cosa:—que en mi tumba un día yo pido á Dios, que ruegues por mi calma!

Montevideo.

MARCELINA ALMEIDA.

LA FÉ.

El alma humana es una especie de mesa revuelta en donde se combaten confundidos los mas contrarios elementos.

El corazón y la cabeza, la sensibilidad y la inteligencia, el sentimiento y el pensamiento, la pasión y el raciocinio, la fé y la razón, hé ahí los misteriosos motores de todos nuestros actos.

Eso quiere decir que nuestro espíritu siempre fluctúa entre las impresiones del niño y las convicciones del hombre—entre la espontaneidad y la libertad.

Puede ser que esta aseveración parezca á primera vista extraña.

Espliquémonos. La libertad y la espontaneidad son atributos del alma, que debieran reinar en épocas distintas de la vida—Indudablemente la primera se nos presenta como una facultad del hombre, mientras que la segunda se manifiesta como una propiedad del niño.

Pero el alma humana, acaso por una consecuencia lógica de su unidad innegable, no puede jamás desprenderse de las preocupaciones de la infancia, ni de la influencia de la pasión, carácter distintivo de esa edad.

En otros términos: el alma del hombre se resiente siempre de haber sido el alma del niño.

La humanidad, yo compuesto de muchos *yo*s (1), ha seguido la misma marcha desde que existe.

(1) Perdona el filósofo lector esa multiplicidad atrevida é inusitada, á que me obliga la naturaleza de la comparación.

La reunión de individuos ha conservado todas las cualidades que cada ser aislado contenía.

La humanidad en su infancia, ha sido una reunión de niños, y el constante progreso que la historia nos presenta, no se diferencia en nada del misterioso desarrollo intelectual y material que experimenta cada uno de los seres que la componen al pasar de una á otra edad.

Por eso es que el reinado de la pasión caracteriza los pasos que daba la humanidad en los tiempos primitivos.

Por eso es que la fé, cerniendo con sus alas vigorosas el espíritu de los pueblos que nacían, los elevó inconsideradamente á alturas desde donde debían caer y despedazarse irremediabilmente.

Pero como la lucha es eterna, la cabeza no pudo permitir que el corazón reinara omnipotente.

La fé habia nacido, y la humanidad perdida en el inmenso caos de sus creencias espontáneas, creencias de cuya causa tal vez no se daba cuenta, se hubiera sumergido sin duda en las tinieblas de la ignorancia, si la razón y la inteligencia no hubieran venido á cobrar el papel cuya representación les estaba encomendada en el gran drama de la vida humana, por la mano de la providencia.

Y el imperio del corazón cedió ante la luz brillante de la cabeza.

Y nació la filosofía, grandioso edificio fundado sobre las ruinas del incendiado palacio de la ignorancia.

Y el hombre buscó no ya en las impresiones de su sensibilidad, sino en el cuadro magestuoso del universo, y en el mundo desconocido que en su interior se agitaba, la explicación de los misterios cuya causa no habia acertado hasta entonces á encontrar.

¿Qué importa que la cicuta y la cruz fuesen el premio de los que se dedicaban á la investigación de la verdad?

El espíritu humano sediento de saber, no podía abatirse ante la vista del martirio, y sobre todo aunque la lucha de la ciencia y la ignorancia era desigual por las preocupaciones de la muchedumbre, la vida nada importaba cuando el triunfo era seguro por medio de la palabra.

¿Qué importaba que el filósofo muriera, si la idea se elevaba poderosa y levantaba en alto su trono soberano, desde donde se desprendían las luminosas irradiaciones que venían á regenerar á la multitud?

Pero la vida de unas cuantas generaciones no podia bastar al predominio de la luz sobre la oscuridad.

La lucha emprendida por las escuelas filosóficas de los tiempos antiguos, y continuada por los primeros propagadores del cristianismo contra las preocupaciones y los errores del mundo pagano, no pudo dar los magníficos resultados que debían suceder á su propaganda civilizadora porque del mismo centro de los apóstoles del pensamiento se levantó el fanatismo religioso de la Edad-media, expresión genuina de la fé mas exagerada, que mas tarde habia de manifestarse por medio de las hogueras de la inquisición.

¡Oh fanatismo! ¡tú has convertido las mas sublimes teorías en los errores mas absurdos y groseros!

Jesucristo, como Sócrates, habia venido á predicar la verdad, pero así como la mayor parte de los discípulos de este, separándose de las doctrinas y de las tendencias de su maestro, prostituyeron indignamente á la filosofía, así tambien los discípulos de aquel separándose en el correr de los tiempos de las excelsas verdades que él habia proclamado, vistieron con la máscara de la fé á encender para propagar sus creencias, los mismos hachones de que se habian valido Nerón y Diocleciano para impedir con su luz fátua el paso de las espléndidas luces de la verdad.

Y eso es porque el fanatismo, la fé ciega, necesita ahogar

por medio del tormento, en la garganta de los que las proclaman, las verdades que los hombres pensadores pretenden enseñar á la muchedumbre sedienta de ellas.

Así es como la ignorancia nació de la sabiduría, y así es como la fé filosófica vino á ser sustituida por la empírica fé de los que dicen: *creo ó muero.*

Acabo de hablar de la fé filosófica y voy á proponerme explicarla.

Hay en el hombre una tendencia instintiva á creer, como hay una instintiva tendencia á razonar.

El hombre filósofo naturalmente cree, cuando comprende que sus facultades no alcanzan á esclarecerle una duda, cuando su razon no le muestra como absurda su creencia, cuando ella está no solo en los límites de lo posible, sino en los de lo verosímil.

De ahí la diferencia que hay entre la fé filosófica y la fé del religioso fanático.

Mas claro, pongamos un ejemplo de cada una de esas clases de fé.

Dice la fé religiosa: Cree que Dios descansó al 7.º dia de la creación—y la razon contesta: No lo puedo creer, porque Dios no puede cansarse, porque Dios es incansable, porque tal cosa es absurda.

Dice la fé filosófica: Cree que Dios no tiene su causa en otro ente; y la razon, que concibe á Dios como el ente causa de todos los entes posibles, contesta: *Creo, porque de otro modo jamás me explicaria la causa de la existencia del universo*

La luz volvió á brillar con la reforma religiosa, y la filosofía y la razon á recobrar su perdido terreno con la venida de Bacon y Descartes.

Pero la lucha es difícil para el filósofo, porque la ignorancia, mina inagotable del fanatismo se halla explotada hábilmente por los que especulan con la conciencia de sus hermanos.

Preguntad á los fanáticos por qué creen en la infalibilidad del papa, y os contestarán que porque es un artículo de fé para ellos.

Preguntad á un católico si se dá cuenta de la justicia del pecado original y os contestará que es un artículo de fé.

De manera que la fé, viene á ser el manto con que se cubre la creencia de la injusticia de Dios; porque creer á Dios capaz de hacer á todas las generaciones solidarias del delito de un hombre, es declararlo mas injusto que el mismo hombre, que no imputa en sus leyes el delito mas que al que lo cometió.—Pero es un artículo de fé, y basta.

¡Ay del que se atreve á levantar su voz para atacar ese error, porque las llamas del infierno le devorarán en la otra vida!

¿Qué sería del hombre sin la fé?

He ahí una pregunta un tanto embarazosa para el que ignore el sentido en que debe tomar esa palabra.

Si la fé consiste en creer todo aquello que la razon no rechaza como absurdo, si la fé consiste en creer lo bueno, lo que es posible, lo que es verosímil, lo que en una palabra muestra inteligencia se halla impelida á acatar como verdadero, entónces, el hombre sin la fé sería un ente desgraciado, juguete y víctima eterno de la interminable lucha de la duda.

Pero si la fé consiste simplemente en *creer lo que no vemos* (1) sea ello lo que fuere, entónces el hombre sin la fé se convertirá en un ser libre, capaz de juzgar de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto, sin temor de ese tirano que encadena su pensamiento y que le ordena abdicar del uso de las facultades que como inalienable dis-

intivo de todo lo que en torno le rodea puso en su espíritu inmortal el Hacedor Supremo del Universo.

Yo respeto la fé del filósofo, así como maldigo la fé ciega del fanático.

La primera se me figura un atributo de la sabiduría, mientras que la segunda se me presenta como la degradante divisa de la ignorancia.

La civilizacion avanza, la filosofia progresa, la razon se levanta poderosa y la humanidad rendirá los honores del triunfo á la verdad, cuyas irradiaciones iluminarán su frente por tanto tiempo inclinada bajo el peso del fanatismo y tiranizada por la fé que establece la injusticia del autor de todo lo creado.

JOSE MANUEL.

AL MARTIR DE ASPROMONTE (1)

[COMPOSICION DEDICADA Á D. JOSÉ A. TAVOLARA]

Aquel que una corona se ha ceñido
Colocada en sus sienes por tu mano,
Ahora, como infame y vil tirano,
Traidor una eclada te tendió.
Las balas que tus carnes horadaron,
La sangre de tu cuerpo desprendida,
Son el santo preludio de la caída
De aquel que tal empresa acometió.

¡Victor Manuel! Tu nombre antes bendito,
Circuido de aureola refulgente,
Oscurecióse repentinamente
Con esa negra degradante accion.
Hoy, en lugar del Templo de la gloria
Que todo el mundo para tí erigiera,
Hay defuror, de odio y rabia fiera
Un templo alzado en cada corazon.

¡Maldito seas! ¡Déspota vendido
Al déspota insolente de la Francia!
¡Ostenta, si, tu misera arrogancia
Mientras yace entre hierros el Leon!
¡Osténtala! mas antes, tén presente
Que aun cuando el héroe de MARSALA muera,
Hay para tí de odio y rabia fiera
Un templo alzado en cada corazon.

¡Victor Manuel! Tu trono deshonrado
Se bamboléa, mueve y desmorona;
Ya tiembla en tu cabeza tu corona,
Y en los ámbitos suena: ¡maldición!
Todo el mundo te execra, te maldice,
Y los libres repiten: ¡muera! ¡muera!
Ya hay para tí de odio y rabia fiera
Un templo alzado en cada corazon.

¡Gran Garibaldi! ¡Héroe entre los bravos!
¡Epopéya grandiosa de la guerra!

(1) Escrita el dia que se recibió la infausta noticia de los sucesos de ASPROMONTE. Nota del Autor.

(1) Véase el catecismo del Reverendísimo Padre Astete.

En calabozo innuendo hoy se te encierra:
¡De los déspotas ese es el galardón!
¡Mas no temas! que el trono de los viles
Déspotas, que los pueblos oprimiera,
Hoy tiene de furor y rabia fiera
Un templo alzado en cada corazon.

¡Héroe invicto! ¡levanta tu cabeza!
¡Pueblo de Italia! ¡sus! ¡á la pelea!
¡Que esa sangre valiente y noble sea
El signo para tí de redencion!
¡Sus! ¡á lidiar! ¡Arriba, Italia, arriba!
Muestra al vil tu nobleza, tu bravura,
Que hay ya para rogar por tu ventura
Un templo alzado en cada corazon.

A. MARIÑO.

Rojas, Octubre 19 de 1862.

JULIO ARBOLEDA.

Un hecho escandaloso y bárbaro tuvo lugar en Nueva Granada, el 13 de Noviembre de 1862.

JULIO ARBOLEDA, el primer poeta, el primer orador y el primer guerrero neo-granadino, fué atrocemente asesinado en el mismo sitio en que lo fué Sucre.

Lo han hecho desaparecer de la escena politica, porque miraba con indignacion y con desprecio á los miserables ambiciosos del poder!

En estos momentos críticos para la América, cuando el imperio la amenaza, y cuando Napoleón el perjuro invade á Méjico, deben moderarse los partidos y obrar con mucho tacto.

Todos nuestros pueblos, necesitan hoy el concurso de sus hombres eminentes, y la desaparicion de un astro del cielo americano, es un triste presagio para la causa común—la República.

Julio Arboleda ha muerto á los 44 años de edad, dejando en Paris una viuda y nueve hijos en la miseria; porque aun cuando era sumamente rico, los dictatoriales le han confiscado todos sus bienes.

Cada crimen de un partido, es una derrota para su bandera; y cada gota de sangre que hoy derrame, le costará mañana un torrente.

La República es la justicia, es la libertad, es el amor.
¡Maldito sea el hijo que la degrade!

Laurindo Lapuente.

DELIRIO AMOROSO.

Mi corazon por el amor suspira,
Fuego en mis venas penetrar sentí:
Amor mi aliento, solo amor respira:
¡Tormento impío! . . . ¡loco frenesí!

En mi primera edad tranquilamente
Gozaba yo de perenal dulzura,
Y el aura respiraba fresca y pura,
Y el ambiente aromático
Que aspira ansiosamente
El inocente parvulo
Sin penas ni amargura.

Y entretanto los tiempos pasaban,
Y el del gusto y placer acabó;
Y otros tiempos tras estos llegaban,
Y con ellos mi angustia llegó.

¡Ay! si la dulce calma conservara
En que mi seno palpité algun dia!
Ni lúgubres endechas cantaria,
Ni con ardientes lágrimas
Mi scrablante abrasara,
Ni con quejas inútiles
Al mundo causaria!

¿No hay quién temple tan fuerte delirio?
¿Quién aplaque tan fiero rigor?
Al vivir en perpétuo martirio
Dan los hombres el nombre de amor!

Mi corazon por el amor suspira,
Fuego en mis venas penetrar sentí:
Amor mi aliento, solo amor respira:
¡Tormento impío! . . . ¡loco frenesí!

Reclinado entre yerbas y flores
Los placeres del campo canté:
No canté del amor los rigores
Que hasta entónces jamás suspiré.

Y allí me dormí:
Y ensueños fatales mi calma agitaron,
Que en un mar de angustias mi pecho abismaron.
¡Ay, triste de mí!

Y en cruda agonía
Con mi fantasia
Yo mismo luché,
De entónces amé,
De entónces sentí:
¡Ay, triste de mí!

Y abriéronse á la luz por fin mis ojos,
Y se fijaron en las lindas flores;
Y sus bellos caprichos y primores
Y el matiz y la púrpura
De los claveles rojos,
Y de natura pròvida
Los brillantes colores.

Ya no ví sino luto y negrura
Que llenaban el alma de horror;
Y un anuncio de eterna amargura,
Tristemente miré en cada flor.

Mi corazon por el amor suspira,
Fuego en mis venas penetrar sentí:
Amor mi aliento, solo amor respira:
¡Tormento impío! . . . ¡loco frenesí! . . .

Rosario, 1863.

UN CRIMEN

(HISTÓRICO)

I.

Hace pocos años, que á la caída de una de esas bellas tardes de verano, que caracterizan las poblaciones liberales á nuestro gran Paraná, y en una de esas ciudades, á inme-

diciaciones del paso de un rio, era encontrado el cadáver, ti-
bio aun, de un hombre joven, de estatura atlética, bellas y
acabadas facciones. Su cuerpo estaba cubierto de moretones
y heridas; su cabeza, casi dividida del tronco, demostrando
todos sus miembros haber sucumbido despues de la lucha
mas pertinaz y desesperada, en ese momento aciago que
finaliza nuestra existencia.

Irrecusables señales, demostraban con evidencia, que el
occiso habia sido asesinado despues de arrastrado su cuerpo
un largo trecho.

Era tambien evidente que ese desgraciado en la horrible
desesperacion de su muerte, habia pretendido alcanzar
unas casas que se veian á las inmediaciones, pues la tierra
surcada por un continuado reguero de sangre, presentaba
de distancia en distancia abundantes charcos donde en su
aprehelante delirio debió detenerse cinco veces. . . .

II.

¿Quién era ese hombre? ¿Cuál su asesino?

Empezaron las suposiciones, y en este terreno, intermi-
nabile seria decir, todas las opiniones que se virtieron.

Y mientras que unos suponian, otros buscábamos un punto
de qué partir, para la realizacion de las averiguaciones que á
todo trance era necesario obtener.

III.

Un chiquillo encargado del paso del rio, con los pasajeros
y bestias que allí ocurrían, se presentó entretanto á dar una
declaracion, que vino á confirmar nuestras primeras sospe-
chas. Estas eran, las de que el asesino ó asesinos, debían de
hallarse en el inmenso monte que nos circundaba.

« Hará como media hora, dijo el muchacho, que un hom-
bre joven, así como de veinte á veinte y dos años, llegó al
paso conduciendo cinco caballos de diestro, de los cuales,
uno era ensillado, y los cuatro restantes en pelos. Me pidió
que le pasase, y como me encontraba solo, y el mozo no era
vaqueano para pasar los caballos, le dije que me esperase,
mientras llamaba á mi padre, para que me ayudase. Me fui
dejándolo sentado en la canoa, y cuando volvimos, no habia
nadie. Tan solo hallámos dentro de ella, estelazo, que parece
haber servido para ahorcar á algun cristiano. »

IV.

El lazo en efecto, presentaba todos los indicios mas con-
vincentes, de que aquel habia sido uno de los instrumentos
con que se habia ejecutado ese homicidio. Cerca de la argo-
lla, estaba lleno de sangre, conteniendo largas hebras de ru-
bio y fino cabello que, comparado con el del occiso, resultó
ser del mismo.

Pocos momentos despues, mientras unos conducian el ca-
dáver á la ciudad, nosotros nos internámos al bosque, pro-
viztos de buenos perros, á dar caza al malhechor.

V.

Serian como las seis de la tarde, cuando los prolongados
ladridos de algunos de los perros que nos acompañaban, nos
hicieron conocer que nuestros compañeros, que rodeaban
el monte, por la parte Sud, habian dado con algun tigre, ó
quizá, el mismo salteador. Poco despues oímos una detona-
cion, y esto nos convenció de lo último, pues los habitantes
de la campaña donde pasa el hecho que relato, no acostum-
bran agugerear las pieles de las bestias que matan, pues
su desprecio es grande con esas averias, valiendo mucho mas
cuando no contienen ninguna.

Pero cómo de algun modo se les ha de matar; lo hacen con

cuchillo, hiriéndoles bajo del codillo, que conduce la acera da
directa al corazon de la fiera.

Corrimos inmediatamente adonde nos guiaba el eco de
los ladridos de los perros, y las imprecaciones de los hombres.

VI.

El espectáculo era imponente.

Es imposible calcular el aspecto que presenta un hombre
cuya vida va á perder, y que teniendo una arma, se defien-
de con la desesperacion de la muerte.

Acurrucado bajo de un corpulento espinó, habia un hom-
bre joven, bello si decir se puede, pero que sus facciones des-
compuestas y convulsivas contorsiones, le daban el aspecto
mas imponente, á la par que inspiraban una profunda com-
miseracion.

Allí, casi en cuatro piés, con un revolver en cada mano y
un puñal asido entre los dientes, rodeado de una infernal
jauria de perros que le acosaban furiosos, como si un instinto
secreto se los señalase como un homicida, circundado por mas
de veinte hombres, ese desgraciado lanzaba ruidos aterrado-
res, arrancados de su pecho quizás por el temor de la muerte,
tal vez por los remordimientos.

Cinco eran los perros que ya habia ultimado, y cada vez
que alguno se le acercaba incauto, iba á acompañar á los de-
más compañeros.

Y entre tanto, los hombres asuzaban los perros, y á poco
andar, estos habian desaparecido todos.

Duraban ya largo estas escaramuzas. Empezaba á ano-
checer, y el desgraciado homicida, de agredido que era,
se convirtió en el mas desesperado agresor.

En la aptitud en que hemos dicho lo ponian sus medios
de defensa, se lanzó hácia nosotros como poseido de un
vertiginoso delirio. . . .

Sin embargo, al llegar á la fila de hombres se detuvo,
quedando inmóvil. Dió un fuerte y desgarrador ¡ay!, y
rodó por el suelo, herido de un lanzaso, que le diera un sol-
dado de policia que nos acompañaba.

Desde ese momento su angustia fué indescriptible: se puso
como loco. Deliraba continuamente, y mientras le con-
ducíamos á la ciudad, nos hizo las mas fantásticas y ridicu-
las versiones sobre su crimen.

VII.

Hecha la primera cura, se procedió á tomarle declara-
cion.

Hé aquí un extracto de ella, que hemos conservado por
original:

VIII.

Juez—¿Cómo se llama Vd.?

Reo—Antonio Luque.

J.—¿Qué edad tiene?

R.—No sé.

J.—¿De dónde es oriundo?

R.—De Chilcico en San Juan.

J.—¿Tiene familia?

R.—Sí; muger y cuatro hijos.

J.—¿Quién era el hombre á quien Vd. acompañaba y ha-
dado muerte?

R.—No le conozco.

J.—¿Desde dónde le acompañaba Vd.?

R.—Desde San Luis.

J.—¿En calidad de qué?

R.—De guia, pues viajábamos por la posta.

J.—¿Y Vd. no sabe cómo se llama este señor? (señalando
el cuerpo del difunto).

R.—No, señor.

J.—¿Es este el hombre que Vd. ha muerto?

R.—(Levantándole la barba para cerciorarse si está de-
gollado) Sí, señor.

J.—¿Porqué le degolló Vd.?

R.—Para que no *penase*.

J.—¿Como se llama Vd.?

R.—Lucas Moron.

J.—¿Pero eso no fué el mismo nombre que Vd. me dió
hoy?

R.—Me equivocaria.

J.—¿Cómo le mató Vd.?

R.—Le enlacé de atrás, y corrí al galope con su cuerpo
por entre los matorrales; cuando consideré que estaria muy
maltratado, me apeé, y le dí de puñaladas. Despues lo de-
gollé; y estando ya muerto, le quité las armas que tenia;
pero yo no le he robado, como se verá registrándole los
bolsillos.

[Se registraron, y en efecto, contenian catorce onzas en
oro, y como seis mil pesos moneda de Buenos Aires.]

J.—¿Porqué esperó Vd. al lugar donde le mató, y no en
ninguna otra parte?

R.—Porque durante todo el camino, no quiso que yo vi-
niese atrás sino adelante: no habiendo tenido oportunidad
para hacerlo hasta ese momento, en que él se adelantó á
traer el paso.

J.—¿Luego entonces ese asesinato habia sido premedi-
tado?

R.—Sí, señor. Pero si algo podia valer para probar mi re-
pugnancia para cometerlo, es que, durante todo el viaje,
siendo yo el guia, pude haberlo estraviado por terrenos le-
janos, no habiéndolo hecho hasta aquí, por no sé qué cosa
que me afligia el corazon.

J.—¿Quién le pagó para cometer este crimen?

R.—Señor. . . yo diria. . . Nadie.

Aquí nos miramos todos los circunstantes.

¿Qué misterio se vislumbraba en este hecho feroz?

El Juez decidió suspender la declaracion, disponiendo que
todas las demás fuesen privadas.

Todas las que se sucedieron estuvieron disconformes en
cuanto á los nombres que se dió y el móvil que tuvo, no
en cuanto á los crueles detalles que narraba, y que todos eran
con la misma exactitud.

La causa siguió su curso, el reo fué sentenciado á muerte
siendo ejecutado en una mañana del mes de Enero de 1859.

IX.

La relacion que antecede, no es mas que el proemio de
lo que tengo que narrar á los lectores de la bella «Aurora».

Ya conocen el crimen, no el objeto de él. En el número si-
guiente, se impondrán de los acontecimientos que dieron por
resultado ese espantoso homicidio, oscuro todavia para la
justicia que sentenció y juzgó al convicto asesino.

(Concluirá.)

B.*** M.***

LOS MISERABLES.

Hauteville-House, Octubre 17 de 1862.

Teneis razon, caballero, cuando me decis que el libro de
Los Miserables ha sido escrito para todos los pueblos.

No sé si todos lo leerán; pero, de seguro, yo lo escribí
para todos.

El es dirigido á la Inglaterra como á la España, á la Italia

como á la Francia, á la Alemania lo mismo que á la Holanda,
á las Repúblicas que tienen esclavos como á los imperios que
tienen siervos.

Los problemas sociales salvan las fronteras.
Las llagas del género humano, vas: as llagas que cubren
el mundo, no se paran ante las lineas azules ó coloradas,
trazadas sobre el mapa.

Do quiera que el hombre esignorante y desesperado, do
quiera que la muger se vende por el pan, do quiera que el
niño padece por falta de un libro que lo instruya, y de un
hogar que le cobije, el libro de Los Miserables golpea á la
puerta diciendo:

«—Abridme, aqui me teneis. »

En el periodo aun tan oscuro de civilizacion en que nos
hallamos, el miserable, se llama HOMBRE; padece bajo to-
dos climas, gime en todas las lenguas.

Vuestra Italia no está mas libre del mal que nuestra Fran-
cia.

Vuestra maravillosa Italia lleva sobre su suelo todas las
miserias.

¿Acaso el brigandaje, furiosa variedad del pauperismo,
no vive sobre vuestras montañas?

Pocas naciones hay tan corroidas como la Italia por el
cáncer de los monasterios, que yo traté de sondear.

Aunque teneis á Roma, Milan, Nápoles, Palermo, Turín,
Florenca, Vicenza, Pisa, Mantua, Bolonia, Ferrara, Gé-
nova, Venecia: aunque poseeis una historia heroica, escom-
bros sublimes, monumentos magnificos, ciudades sober-
bias, vosotros sois pobres á la par de nosotros.

Estáis repletos de cosas estupendas y de inmundicias.
El sol de Italia es por cierto espléndido, pero el azul de
los cielos no quita ¡ay de mí! los harapos al hombre!

A la par de nosotros, teneis opiniones añejas, supersti-
ciones, tiranias.

El fanatismo y las leyes ciegas alientan las costumbres
pervertidas.

No gustais algo del presente y del porvenir, sino mezclán-
dole con un sabor del pasado.

Y teneis entre vosotros un bárbaro que es el monje, y un
salvaje que es el *lazarone*.

La cuestion social es la misma para vosotros que para no-
sotros.

Los vuestros mueren un poco menos de hambre y un
poco mas de fiebre.

Vuestra higiene no es mucho mejor que la nuestra.

Las tinieblas, que son protestantes en Inglaterra, son
católicas en Italia; pero bajo nombres diversos el obispo es
idéntico al *bishop*; y siempre es noche, y casi siempre noche.

Explicar mal la Biblia equivale á comprender mal el Evan-
gelio.

¿Dónde está vuestro ejército de maestros de escuela, el
único que la civilizacion reconoce?

¿Dónde están vuestras escuelas gratuitas y obligatorias?
¿Acaso todos saben leer en la patria de Dante y de Mi-
guel Anjel?

¿Cambiateis acaso los cuarteles en liceos?

¿No teneis acaso vosotros, á la par de nosotros, un enorme
presupuesto para la guerra y un miserable presupuesto para
la instruccion?

¿No teneis vosotros la *obediencia pasiva* que se hace tan
fácilmente soldadesca?

¿No teneis un militarismo que obedece á la disciplina,
hasta hacer fuego contra Garibaldi, esto es, contra el honor
viviente de la Italia?

Sometamos á exámen vuestra orden social, tomémosle

donde está, en su delito flagrante: mostradme la muger y el niño.

El grado de civilizacion se mide con la forma de proteccion concedida á aquellas dos débiles criaturas.

¿Acaso la prostitucion es ménos perversa en Nápoles que en Paris?

¿Cuánta es la verdad que deriva de vuestras leyes, cuánta la justicia que emana de vuestros tribunales?

¿Tendréis acaso la dicha de ignorar el sentido de estas tetricas palabras: venganza pública, infamia legal, presidio, cadalso, verdugo, pena de muerte?

¡Italianos! entre vosotros, como entre nosotros, murió Beccaria y el Farinaccio vive.

Y después observemos vuestra razon de Estado.

¿Teneis acaso un gobierno que comprenda la identidad de la moral y de la politica?

¿Os hallais al punto de amnistiar á los héroes! En Francia tambien se hizo algo de parecido.

Démonos cuenta de nuestras miserias, cada cual traiga aqui su farrago.

Mirad: sois tan ricos como nosotros.

¿No teneis tambien como nosotros, dos condenaciones: la religiosa, pronunciada por el sacerdote, y la social, decretada por el juez?

¡Oh gran pueblo de Italia, te asemejas al gran pueblo de Francia!

¡Ay de mi! hermanos, vosotros sois, como nosotros: Miserables.

Desde el fondo de la sombra en la que nos hallamos todos, no veis mucho mas distintamente que nosotros, las espléndidas y lejanas puertas del Eden.

Se engañan los sacerdotes creyendo que aquellas puertas sagradas estén detrás de nosotros, mientras por el contrario, están delante.

Me resumé.

Este libro de Los Miserables es un espejo de vuestro estado, lo mismo que del nuestro.

Hay hombres y clases que lo desdeñan y sé el porque: los espejos dicen la verdad, y por eso son aborrecidos; no dejan por lo mismo de ser útiles.

Por lo que á mí respecta, he escrito para todos; con un amor profundo á mi país; pero sin pensar mas en la Francia, que en otro pueblo.

Cuanto mas adelante en la vida, me simplifico y me hago siempre más patriota de la humanidad.

Esta pues es la tendencia de nuestra época.

Es la ley del desarrollo de la revolucion francesa.

Y para corresponder al continuo dilatarse de la civilizacion, los libros han de cesar de ser esclusivamente franceses, italianos, alemanes, españoles, ingleses, para hacerse europeos, y mas aun, humanos.

De ahí una nueva lógica del arte, y ciertas necesidades de composicion, que lo modifican todo, aun las condiciones, tan estrechas en lo pasado, de gusto y de idioma, las que deben ensancharse como todo lo demas.

Algunos críticos franceses me reprocharon á mi grande satisfaccion, de hallarme fuera de lo que ellos llaman el gusto francés; yo quisiera que el elogio fuera merecido.

En fin, hago lo que puedo, padezco del dolor universal y trato de aliviárló.

No poseyendo mas que las mezquinas fuerzas de un hombre, gritó á todos:

«—¡Ayudadme!»

Hé aquí, señor, lo que vuestra carta me ha sujerido, y lo que os digo á vos y á vuestro país.

Si he insistido tan largamente, ha sido por causa de una frase de vuestro escrito:

«Hay algunos italianos que dicen: este libro de Los Miserables es francés, y no tiene que ver con nosotros.»

«Los franceses lo leen como una historia; nosotros, al contrario lo leemos como una novela.»

¡Ay de mi! lo repito, italianos ó franceses, la miseria nos tocá á todos.

Desde que la historia escribe, y la filosofia medita, la miseria es el hábito de la especie humana.

Ha llegado por fin el momento de despedazar aquel trapo y de poner sobre el cuerpo del hombre-pueblo el gran manto purpúreo de la aurora, arrojando los despojos del pasado.

Si esta carta, señor, os parece útil para iluminar algun pensamiento y disipar alguna preocupacion, podeis publicarla.

Recibid, os lo ruego, esta nueva seguridad de mis distinguidos sentimientos.

VICTOR HUGO.

Al Sr. Duelli, librero en Milan y editor de la traduccion italiana de Los Miserables.

ELENA

por

F. de O.

I.

—Siempre te amaré... mi amor será eterno—estó me decia la bella Elena, estándó asentada dulcemente á mi lado, bajo un frondoso árbol que con sus anchas hojas impedia la penetracion de la claridad que produce la luna cuando densa nube no la cubre.

—¿Será cierto? esclamaba yo con acento dudoso, queriendo éxcitar la curiosidad de mi querida.

Elena, como siempre tierna y afectuosa dirigiéndome una mirada compasiva, repetia con indecible ternura:

—Siempre te amaré... mi amor será eterno.

Al concluir estas palabras tan vivificas para mi corazón, y confortantes para mi alma, ella, no pudiendo permanecer mas tiempo apoyada en el duro tronco del árbol, alargaba sus manos cubiertas de encajes y perfumes, para que yo las estrechára en las mias... en seguirla con gusto inefable se apoyaba sobre mi hombro, pronunciando palabras amorosas con estremada ternura, con las cuales me demostraba una vez mas el intenso amor que constantemente me profesaba.

—¡Cuán bueno eres! me decia ella.

—Y vos tambien—respondia yo acrecándome á su rostro para observar y traslucir por él el efecto que producian mis espresiones en su magnánimo corazón.

¡Qué momentos deliciosos pasábamos así!

¡Cuán feliz era mi Elena!

¡Cuán feliz era yo!

Todo era contento interrumpible, pero derrepente mi querida se alarmó algun tanto, sin duda al hacer una reminiscencia de algunos recuerdos funestos, y articuló estas palabras con sumo trabajo:

—F... yo tiemblo...

—¡Tiembblas!

—Si; temo que de un instante á otro aparezca por este lado

mi padre... que nos sorprenda á los dos, y entonces... ¡pobre de mí!

—No te aflijas, virgen mia; tu papá, como anciano y laborioso trabajador descansa tranquilamente en su lecho en los momentos en que su hija se recrea con su querido amante, en este recreo delicioso, á donde concurren generalmente en las noches apacibles del verano las principales hijas de Montevideo.

—F... yo tiemblo...

—¡Elena! estando junto á mí... ¿estando en compaña de su amante, tiembla la bella Elena?... ¡oh! desecha, desecha pronto esos temores, que hieren profundamente el corazón.

—¡Ah! me parece que se acerca... creo ver á mi padre colérico, que viene por esa vereda profiriendo palabras injuriosas, recriminaciones contra su hija desobediente que, á instancias de su amante, abandona la casa paterna, burlándose de su sueño, por seguirle taciturna, siempre dócil como la oveja...

—Elena, no prosigas...

—¡Ah! desgraciada será tu Elena, si la suerte la precipita á los brazos de su riguroso padre cuando él sea sabedor de los malos pasos que ha dado su cuitada hija...

—Mas... no continúes.

—Entonces ya no habrá compasion para mí... yo no podré conmover con mis lágrimas y suspiros su empedernido corazón... él se mostrará siempre insensible á mis ruegos, súplicas y protestas... desoirá con funesto despecho y con terrible acritud todo lo que yo ruegue, como si fuera la que su perdon mendiga una hija desnaturalizada é indigna de ser compadecida... Finalmente, en uno de sus violentos arrebatos, ciego de ira, y con una ferocidad terrible castigará á su pobre é inocente hija...

—No prosigas...

De los ojos de Elena se desprendian lentamente un raudal de lágrimas que enternecian mi corazón...

—Dios tiene decretada mi desgracia, por esto me será imposible eximirme de ella... Pero... ¡qué digo!... ¡mi desgracia decretada!... ¡Perdon, F... perdon!

Y diciendo esto, se entregó á la meditacion derramando copiosas lágrimas.

Ella lloraba con la cabeza ligeramente inclinada y apoyada sobre sus manos.

Yo me compadecia de verla así, y... con disimulo yo mismo tambien descendia á la condicion de un niño...

Su corazón soportaba con resignacion los mas acerbos dolores que nos proporciona alternativamente el infortunio—solo al recordarse de su padre.

Yo tambien apuraba la ponzoña, y con fuerte resistencia sufría sus operaciones.

Mi corazón se horadaba, y mi alma se despedazaba viendo llorar á una niña endeble y pusilánime por naturaleza, en quien cifraba mi única felicidad.

Sin embargo, estaba encantadora.

Mayores encantos apropiaba ella:

Cuando estaba en una posicion voluptuosa;

Cuando tenia sus sedosas melenas en completo desorden, y repartidas en caprichosos bucles;

Cuando tenia sus vestidos negligentemente en voluptuoso desarreglo;

Cuando yo entreveía merced á su hechicero abandono, su blanco y puro seno...

Me agradaba verla así, en tan excitante estado—me fascinaban los encantos de aquella niña cuando en ellos fijaba los ojos con indecible avidez y curiosidad.

Aquello todo para mí era sumamente delicioso—encantador.

Aquel conjunto divino entorpecía mis sentidos, ofuscaba mi razon, porque instantáneamente me hacia olvidar el paraje en que nos hallábamos.

Aquello todo me cegaba.

¡Ah! ¡qué virgen!... virgen divina que absorbía toda mi atencion.

Después de un breve instante interrumpí el silencio, pronunciando estas palabras:

—Ven, Elena, quiero enjugar esas lágrimas...

—Amado mio, no tomes ese trabajo.

—¿Por qué?

—Porque de mis ojos dimanan lágrimas como de una fuente inagotable el agua.

—¿Será posible?...

—Sí... pero las derramo por vos. Gozo en ello... Pero, un presentimiento agita mi imaginacion.

—¿Cuál?

—Preveo que mi padre se opondrá tenazmente á nuestro futuro enlace...

—¡Siempre las mismas palabras!... ¿Quién podrá vencer su obstinada terquedad?

—Nadie...

—Luego tu conoces la causa...

—Mi padre es irascible y hé aquí por que te digo y aseguro que él se opondrá con su sistemática mania á nuestra felicidad, porque mira desde un principio con absoluta aversion nuestro futuro enlace.

—¡Elena! me matas...

Elena temblaba convulsivamente.

—¡Dios mio!... ¿porqué tiembles así, Elena mia?...

—Rubor me causa el decirlo. Cuando estas ramas se agitan; cuando escucho el eco monótono que reproduce misteriosamente las conversaciones que tienen lugar en esta plaza tan concurrida, me parece oír indistintamente una voz retumbante, áspera, que sobresale á las demás, la cual hiere fatalmente mis oidos. Me parece oírle decir: ¡Hija! desviate de los brazos de ese hombre que infunde terror con su horrosa catadura... esquivate... ¡huye, huye!

—Siempre abrigas los mismos temores... Ahuyenta de tu cansada imaginacion esas ideas terrorificas que taladran nuestros corazones, y que nos pone en un estado desesperante...

—Amado mio... si quieres que ausente los temores que á menudo absorben mis sentidos, es preciso que lenices antes los dolores que soporto en este triste abatimiento.

—Como yo pueda...

—Puedes.

—Habla... habla, Elena mia.

—Escucha: tengo el alma profundamente abatida—mis ojos henchidos de lágrimas—todo, todo porque temo que mi padre llegue á sorprendernos en este sitio, y ¡qué horas!... así es que si quieres darme el contento que tanta falta me hace, recítame unos versos agradables que lleguen á indulzar los dolores de mi corazón...

—Voy á complacerte en lo que pueda, pero es preciso que antes...

—¿F... dé una prueba de cariño?

Diciendo esto, y olvidándose del sitio en que nos hallábamos, se arrojó á mis brazos, ébria de amor, dirigiéndome miradas tiernas y afectuosas, como así tambien palabras llenas de ternura, que me refocilaban de una manera inexplicable.

Yo correspondia á sus caricias, porque mi amor me impulsaba á imitar acto continuo sus acciones.

Estos extremos la distrajeron mucho.

Ya no lloraba; sus ojos empezaron de nuevo á lucir con un vivo resplandor, lo que cesó el curso de las lágrimas.

Ella notó el desarreglo de sus adornos, como tambien de sus melenas: entónces se ruborizó un poco, y tomando las disposiciones de una coqueta empezó á ataviarse.

Lo que terminó este pequeño trabajo, se colocó súbitamente en actitud encantadora y con marcada impaciencia exclamó:

—Empieza, amadísimo.

—Voy, contesté, y en seguida empecé de este modo:

¿Vos no sabes, Elena, dí:
Que la flor se marchita
Cuando el aquilon la agita
Y la arroja lejos de sí?

¿Vos no sabes, dulce amada,
Que esa flor antes refulgente
Aparece mustia derrepente
Y despues . . . no vale nada?

Vos estás propensa cuál la flor
A apurar en ciertas horas,
Las ponzoñas aterradoras
Que produce el mal amor . . .

Estás espuesta á recibir,
Si cierto amor tomares
Los mas funestos pesares
Y despues pobre morir!

Por eso, Elena, sí,
Nada creas y tén cuidado
Del jóven enamorado
Que llorajunto á ti . . .

Dile siempre, sin cesar,
Con acento levantado:
«Anda jóven de milado
No me vengas á engañar.»

Si á todos ellos le decís
Esto todo muy esquivosa,
Siempre serás dichosa
Y siempre serás feliz.

Y nunca llegarás
A caer derrepente
Aunque seas inocente
En los brazos de Barrabás.

Ya traslucen, serafín,
Por estos versos poco anexos,
Que son buenos los consejos
Que siempre te dá Fermin.

Antes de haber terminado la última redondilla volví á notar con asombro en el nitido semblante de mi adorada una turbacion repentina, producida sin duda por alguna aparicion que le infundia pavor.

Se conmovió—abandonó bruscamente la posicion que ocupaba, y como si le hubiera aparecido alguna vision horripida, volvió á ponerse en completo desaliño, forcejeando por esquivarse de mis brazos, para precipitarse despavorida al grupo de personas que á nuestro alrededor habian.

Yo la detuve.

Agil fui para consumir esa accion.

Yo no sé qué clase de influencia fué suficiente poderosa para colocarme en accepta estupefaccion.

Ignoraba el motivo que tendria mi querida para querer esquivarse de los brazos de su amante.

No sé porqué se puso tan despavorida . . . porqué se demudó completamente su bello rostro.

Enfin: no sabia qué incidente le habia irrogado aquel susto que la ponía en total inmutacion.

Aceché y reflexioné.

Despues de un momento de silencio me apercibi de todo. Esto fué cuando columbré el objeto misterioso sobre quien dirigia ella incesantemente sus miradas.

—¡Dios mio! . . . exclamó ella con acento doloroso, en el momento que iba á interrogarla.

—¡Elena! ¿qué tienes? . . .

—¡Es mi padre! sus miradas me aterrorizan . . .

—¡Cielos!

—Nos ha sorprendido . . . ¡ah! yo seré castigada . . .

—No . . . yo sabré preservarte de cuántos castigos pretendas darte tu tétrico padre.

Me dirigí una lánguida mirada, vertiendo de sus purpúreos ojos aquellas lágrimas funestas que me enternecian, para darme á entender sin duda que creía con firme conviccion todo aquello que yo prometia; despues, jadeando con sumo trabajo, exhaló un suspiro prolongado, y articulando mi nombre, para ella tan dulce, cayó desmayada en mis brazos, tantas veces nido amoroso de aquella paloma que me embriagaba completamente con el aroma que despedian sus elegantes adornos, y mas con su propia respiracion . . .

—¡Dejad á esa criatura!—exclamó de súbito un hombre de una edad avanzada que habia aparecido como por encanto en aquel lugar.

Quedé aterrorizado al notar en mi presencia tan fatidico personaje.

Era, en efecto, el padre de Elena.

Antes que yo contestára, el anciano enfadado hasta el último extremo, se adelantó hácia mí, y con una rapidez indecible, arrebató de mis brazos aquella carga divina, á mi pobre Elena, en el momento que reposaba en ellos . . .

Para consumir esa operacion se valió de la violencia.

Fué brusco, temerario.

Yo fui imprecavido y al mismo tiempo medroso.

Intenté seguir á aquel hombre que tanto mal me ocasionaba, mas no pude . . .

Llamé al anciano . . . exhorté á que dejara la preciosa carga que llevaba como si fuera un objeto de almacen, pero él, siempre fogoso é iracundo, desoia todo, como si yo le hubiese causado alguna vez agravio ó cualquiera otra cosa, para recibir tanta desatencion y desprecio . . .

Mis palabras desfallecidas no produjeron éco alguno, se perdieron en la inmensidad . . .

¡Oh suerte, qué fragelo me envías!

¡Fatal momento para mí!

Un sentimiento exacerbaba las angustias que á la sazón sufría mi corazón . . . todo era porque me consideraba en aquel acerbo momento impotente para auxiliar á mi querida en aquel duro trance que era objeto del mas bárbaro tratamiento por parte de su severo padre.

Dirijí tristemente la vista hácia el camino que habia tomado aquel hombre que llevaba mi embeleso, mas . . . ¡oh fatalidad! habia desaparecido ya.

¡Qué angustias! ¡qué dolores! ¡qué sufrimientos sufría mi corazón, cuando me convencí de que Elena habia desaparecido!

Mire á mi alrededor con mucha flema, creyendo hallar cerca de mí algun objeto inanimado para apoyarme en él, á fin de descansar algun tanto—nada encontré.

Me puse en observacion queriendo percibir á algunos transeúntes, y á amantes parejas que una hora ántes cruzaban á mi torno, pero ya no existía allí la afluencia de gente.

Dirijí los ojos al firmamento, creyendo percibir la luna . . . tambien la luna se habia ocultado para entonces.

Dirijí la vista sobre los faroles que se encuentran diseminados en regla en la plaza, en unos la luz declinaba, y en otros estaba estinguida.

Las puertas, los balcones de los edificios que existen en la plaza, estaban cerrados.

Derrepente oí el tañido de la campana del reloj de la Matriz.

Las doce . . .

Todo era soledad.

Quedar aun en aquella soledad tan apetecida por el miántropo, no me convenia; por eso pensé eclipsarme de allí. En efecto, empecé á caminar.

A medida que continuaba caminando, yo no sé si era ilusion mia, pero es lo cierto, oía estas palabras pronunciadas con ternura entre sollozos de dolor:

—«Siempre te amaré . . . mi amor será eterno.»

(Concluirá.)

FANTASIA LITERARIA.

IV.

Un periodo que forma época notable por la lucha gigantesca que la civilizacion tuvo que sostener cuerpo á cuerpo y brazo á brazo contra la barbarie, que casi la sofocó en su pujante esfuerzo, falta á nuestra *fantasia*, extrañada que fué por el génio de las revoluciones, que forzó á nuestra pluma á escribir el nombre vertiginoso de NAPOLEON.

Vamos á describirlo, abrazando á vista de águila la historia del mundo entero, desde la caída del Imperio Romano hasta la época del Renacimiento, en que la civilizacion, cautelosa, pero persistente, empezó á invadir el espíritu humano para llevarle al conocimiento de sus derechos.

Desde que la civilizacion tomó asiento en el Capitolio, hasta que fué expulsada de él, por altas miras de la providencia universal, verdaderos semi-dioses de las ciencias y de las artes se encargaron de transmitir á la posteridad asombrada los prodigios de potencia humana que ese periodo encierra.

Todas las formas de la elocuencia,—todos los metales preciosos,—todas las piedras dóciles al buril,—todos los brillantes colores de la pintura, usados por pinceles, salidos del taller de los *inmortales*, fueron puestos á contribucion para llevar la gloria de los dominadores del mundo al través de los siglos . . .

Las águilas que guiaban el combate á las leones romanas, habian tomado su vuelo, y se cernian en las rejiones superiores, esperando que un hijo de la Córcega se sentase en el trono de los Césares, para descender á reposarse sobre su dosel . . . El imperio romano pertenecía á la historia.

¿Qué fué de la humanidad al derrumbe estrepitoso del coloso?

¿Cuáles eran los grandes intereses que se agitaban por sobreponerse á la desorganizacion social?

¡Oh potencia de la fantasia inventiva, inspíranos! ¡Suple

á la ignorancia que pone un velo impenetrable á nuestra vista intelectual!

Figúrasenos que ese semillero de hombres, que obedeciendo á las leyes de la fisica, oprimian la tierra en aquel entonces, sin poderse desprender de ella, debia parecerse bastante á un *hormiguero*, cuya organizacion material—obra del instinto, que es á la degradacion animal entre los insectos, lo que la razon humana á su perfeccion—ha sido destruida.

Observad la confusion de los obreros, ved como se agitan sin concierto y sin rendirse cuenta de la causa del caclismo que arruinó el laborioso aduar que la naturaleza les enseñó á construir . . . Pero . . . observemos,—parece ser que la agitacion y el desconcierto disminuyen;—ved como se abocan y se comunican el soplo misterioso que debe funcionar en su organismo para regularizar un sistema de reconstruccion,—¡Oh portento!—un momento despues, todos los insectos están á la obra—la confianza renace, la calma se establece,—y mientras que un enjambre termina los trabajos de reconstruccion, otro se organiza en columnas, que parten á buscar los recursos de subsistencia, para abastecer sus depósitos.

Tal, ó idéntico, se nos presenta á la imaginacion, que debia ser el procedimiento de la humanidad—salvo las matanzas—en el periodo que nuestra mente vá recorriendo.

¿Verdad que no hay poesia en la comparacion . . . que á la descripcion del hormiguero en conflicto, debiamos haber sustituido la descripcion de la colmena, por la perfeccion de sus materiales, y el mecanismo ingenioso de su construccion . . . que debiamos haber dado la preferencia á la abeja sobre la hormiga, porque no teniendo el espíritu de destruccion de esta, de sus labores resultan goces y beneficios para el hombre?

Si á la mente del lector se presentan esas reflexiones, nos anticipamos á confesar que estamos de perfecto acuerdo con ellas, y solo podemos decir en descargo, que no tuvimos ocasion de hacer observaciones sobre la abeja, como la tuvimos frecuentemente de hacerlas sobre la hormiga, procurando reparar el mal que el acaso ó la intension le hubiesen inferido.

Esto dicho, proseguimos.

Guiados por el instinto de perfeccionamiento social, cuya influencia fué insensiblemente amortiguando las pasiones en combustion, comunicando á los individuos el sentimiento de la dignidad—las masas se estrechaban, se prosternaban ante la sublime Divinidad, evocada por la sublime palabra del hombre Dios, y le pedian inspiraciones, para llevar á la perfeccion las instituciones sociales, y le pedian la revelacion de las convenciones arregladas á la equidad y la justicia, que debian reunir las masas para constituir las naciones!

Cuando los hombres se dirijen á la Divinidad, pidiéndole inspiraciones para el bien, es que tienen la simiente en el corazón, simiente que fecundizada por la fé, germina, nace, crece, se desarrolla y enlaza al universo entre los mil filamentos, que la palabra *IDEA* envuelve en sí!

Tales son los prodigios que el cristianismo ha producido, malgrado las insidiosas maniobras con que el fanatismo le invocaba, para mantener á los hombres en tinieblas, sojuzgándolos por una eternidad á castas privilegiadas,—poniendo en juego para su objeto, los milagros, y mil y mil arterias, enjendrando en los espíritus el odio y el desprecio, hasta colmar la medida del sufrimiento de los pueblos, que un día lanzaron el anatema de su indignacion, cayendo á torrentes la sangre de los culpables, mezclada con la de victimas inocentes, que el vertigo no permitia distinguir.

Porque el cristianismo es el simbolo de la IDEA; la idea es el pensamiento, y al pensamiento no se le puede comprimir, porque estalla, rompe y pulveriza los elementos de la compresion.

Los pueblos han visto sus efectos, anunciados por la palabra de los grandes hombres que hoy la fantasia se cumple en repetir. . . Sigamos sus giros caprichosos.

Una vez lanzados los pueblos en la via del progreso, que las revoluciones habian ensanchado considerablemente, la civilizacion activó sus trabajos;—hasta entonces circunscrita á círculos estrechos, empezó á dilatarse por medio de sus misioneros, cuyo número, limitado en un principio, fué engrosando con los adeptos, hasta sentir su accion moral robustecida é influyente—Entonces, penetró en los palacios de los déspotas y les hizo oír los acéntos de la verdad, y descendió á las humildes habitaciones del pueblo, é ilustrándole sobre sus derechos, le arrancó á la asfixia moral que entorpecía sus sentidos.

La revolucion de las ideas fué la consecuencia. La revolucion de las ideas en poco mas de medio siglo, llevó la civilizacion á una altura desconocida en los fastos de la historia, y hoy las concepciones de la inteligencia humana pueblan de inmensa luz los ámbitos del mundo!

AGUSTIN DE VEDIA.

BIBLIOGRAFÍA

LA AMÉRICA EN PELIGRO

POR

D. Francisco Bilbao.

Bonaparte el chico, como lo llama Victor Hugo, ó el nuevo Faraon, como lo llama Pancho el Araucano, habia desembarcado sus tropas en Méjico.

El sofisma y la traicion, era lo que simbolizaba la bandera tricolor; la conquista y el robo, era el objeto de la expedicion; la muerte de la República y el establecimiento del Imperio en América, era el sueño dorado del bonapartismo.

El coloso del Norte habia quitado la vista del universo para reconcentrarse en sí mismo, y estallar en una guerra tremenda, que debe dar por resultado la extincion de la esclavitud—antitesis de la libertad y sarcasmo de la civilizacion.

Napolcon el perjuro, el que dijo:—*El Imperio es la Paz*—aprovecha este momento favorable para conquistar á Méjico, protegiendo á los traidores, y para minar á los Estados Unidos, favoreciendo á los esclavócratas, intentando estrechar en las garras del Imperio el presente y el porvenir del Nuevo Mundo.

En presencia de este atentado contra la libertad y el derecho, é irritada por la audacia del pirata imperial, la justa causa del Norte se une á la de Méjico; y la América, con el eco de sus torrentes y el furor de sus volcanes, dá el grito de alarma!

La indignacion de la República amenazada por el Imperio, la protesta de los pueblos contra sus verdugos, el grito exhalado del corazon del Nuevo Mundo, es—*LA AMÉRICA EN PELIGRO*.

La América en peligro por Francisco Bilbao, el Lamennis Americano, es una columna de fuego que, como la del

Masaya, se levanta á los ciclos para fortalecerse en Dios y alumbrar la verdad en la tierra.

Es la voz del profeta de la democracia, ardiente como la libertad y severa como la justicia; que habla á la América, interroga á la Europa, exhorta á los pueblos y confunde á los déspotas.

El trueno que revienta, y conmueve el Papado y el Imperio; el rayo que ilumina y destruye las preocupaciones y los errores políticos y religiosos; la luz que disipa los fantasmas, erguidos en las tinieblas de la ignorancia.

El autor divide su obra en tres partes:—la invasion—las causas del peligro—el remedio.

En la primera parte espone lo que pelagra en América al amago del Imperio francés.

Hablando de la invasion, dice:

«Escucho los pasos de legiones extranjeras hollando el suelo de la patria.

«Ellas despliegan la insignia de la decapitacion de las naciones, que es la conquista. . . .»

Tratando del peligro de las naciones que se creen escogidas, dice:

«Ved á los judios: el error, el sofisma, el orgullo de creerse el pueblo escogido, lo ha reducido á ser el pueblo escarnecido.

«La Francia, á modo de los judios, tambien se ha creido pueblo escogido: DIEU PROTÈGE LA FRANCE—es su leyenda, y como los judios sacrificó á su verbo, que era la República.»

Hablando de la República en América, dice:

«Y esa IDEA que, á pesar de ser la antitesis de la sociabilidad establecida, se encarna, vive, crece, se levanta y se afirma como tesis de la humanidad; hé ahí el milagro, Americanos, que ninguno de vuestros sábios os señala; hé ahí el elemento maravilloso de la apoeya del nuevo continente. . . .»

«¿Y hemos de perder esa herencia, abdicarémos ese derecho, renunciaremos á ese destino?

«¡Nó!—Déspotas de Europa—¡primero veréis á los Andes sumergirse, como tumba colosal de un mundo, que vosotros dominar en sus cimas indignadas!»

En la segunda parte, trata de las causas físicas, intelectuales y morales que producen la debilidad de la América y facilitan la invasion.

Presenta como causas físicas, la extension de la América, su poblacion reducida, el aislamiento de sus Repúblicas, y lo favorable de sus puertos para los salteadores con escuadras.

Halla las causas intelectuales en la ignorancia y el error, rechaza el catolicismo para religion de la República, combate sus abusos y prueba que es incompatible con la libertad.

Propone como dogma—EL ETERNO JUSTO—y como principio—LA LIBERTAD PARA SER JUSTO—y dice:

«Hé ahí el alfa y el omega, la causa y el efecto, el principio y el fin, los dos polos del universo moral, la fuerza y la forma ó la voluntad y la ley;—los dos términos que sostienen la relacion de la verdad.

«Vengo de la justicia, para vivir en la justicia, para ir á la justicia.

«Hé ahí la ley del destino, la ley de la historia, la religion de la ley.»

Presenta como causas morales, la influencia del catolicismo en la politica, el dogma de la obediencia ciega y sus efectos, la tendencia á la infalibilidad como medio jesuítico

de despotizar, la dictadura y la desaparicion del sentimiento de lo justo;—habla el autor:

«¿Qué hacer?—Guerra á la dictadura. ¿Cómo?—Atacando su dogma, quebrando su principio, desenmascarando su falsia;—arrancando del alma de las Constituciones y de las costumbres, el virus de la obediencia ciega inyectado por el catolicismo, y encarnando la soberania de la razon emancipada.»

Tratando del problema que hay que resolver, dice:

«Nuestro objeto es dar á la moral y á la politica de la libertad, que es el derecho, á la politica de la igualdad que es la ley de ese derecho, y á la politica de la fraternidad que es el vinculo moral de las individualidades libres é iguales, el eterno fundamento del AXIOMA DE LA JUSTICIA.»

Resuelve ese problema por la accion individual, por la accion colectiva y por la accion politica y social; define y analiza estas acciones, las funda en la verdad é insiste en el racionalismo.

Trata en seguida de la necesidad y el objeto de un Congreso Americano, é indica los medios que á su juicio deben emplearse, para fortificar la América y rechazar la invasion

Sobre lo primero, reproduce algunos fragmentos de un folleto que publicó en Paris.

Sobre lo segundo, propone lo siguiente:

«Interdicion comercial con la Francia; enviar un Ministro plenipotenciario á Europa, otro á Méjico y otro á Estados Unidos; levantar un empréstito en todas las Repúblicas para ponerlo á disposicion del Gobierno Mejicano; enganche de voluntarios para la guerra santa, de la República contra la Monarquia, de la independencia contra la conquista, de Méjico contra la Francia.»

Hé aquí como concluye:

«Espíritus sedientos de verdad y de justicia, ved ese itinerario de sacrificios que comienza, dirigid el impulso para la realizacion de la justicia—Defendemos en la tierra la ciudad, para recibir la encarnacion de la ciudad profetizada: paz á los hombres de buena voluntad—pero guerra al usurpador!»

La América en peligro es una obra de oportunidad momentánea y de objeto permanente.

Tiene estilo elevado y enérgico, fuerza de argumentacion y de lógica, esposicion clara y metódica de las ideas y de los hechos.

Su idea dominante es la unificacion de la religion y de la politica.

La voz de Francisco Bilbao, es la que se ha levantado mas alto en América, para combatir el error, señalar el peligro, y mostrar el abismo que separa á la Iglesia del Estado.

LARIUNDO LAPUENTE.

LIBERTAD.

¡Libertad! nombre sagrado
Que al tirano causa pasmo,
Y despierta el entusiasmo
En el pecho varonil!
A su acento electrizante
Hierva la sangre en las venas,
Y rotas caen las cadenas
Que hacen al hombre servil.

¡Libertad! ideal sublime
Que á las almas purifica,
Engrandece y dignifica
Con su májica atraccion:
Luz espléndida y radiante
Que el empero mismo vierte,
Y que arrastra en pos la muerte
De la bárbara opresion!

¡Libertad! sagrada insignia
Que del Dios-hombre la mano
Sobre el Gólgota inhumano,
Espirante tremoló,
Que grandiosa, simboliza
Los derechos inmortales,
Que ese Dios á los mortales
Con su sangre concedió!

¡Libertad! virgen que tiende
Sus ténues alas de rosa
Sobre la frente angustiosa,
Que anubla el vil opresor.
Revelacion sacrosanta
De incontestable derecho,
Que enjendra en el noble pecho
El fuego del patrio amor!

Caen cetros y coronas
A su influencia prepotente,
Que graba en la humana frente
El simbolo de igualdad.
Y el hombre lanza al espacio
La luz de su pensamiento,
Que garante el fundamento
De la hermosa libertad!

Fuerza invencible y sublime,
Las fortalezas derrumba,
Abriendo anchurosa tumba
A la ilegal escepcion.
El autócrata sin leyes
Solo tiembla ante su emblema,
Porque arrastra el anatema
Del despótico mandon!

Triunfo augusto del derecho
Del principio soberano,
Que enseña al género humano
Que es ley de Dios la igualdad.
¿Quién no te adora y venera,
Sagrada enseña triunfante,
Luz, que del mundo anhelante
Combates la oscuridad?

Feliz, mi patria se ostenta,
Triunfante de la anarquía,
En toda la lozanía
Que dá la felicidad. . . .
¡Oh! ni momento insensible,
Niegues tu amor y tu encanto
Al suelo donde te canto,
Adorada libertad!

Bajo los Tilos

por

ALFONSO KARR

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA LA AURORA.

XXXI.

EN QUE EL AUTOR TOMA LA PALABRA.

DE LOS PARIENTES EN GENERAL Y DE LOS PRIMOS EN PARTICULAR.

Dios no nos ha dado padres sino para mostrarnos como no es preciso que nos comj ortemos con nuestros hijos.

Hace algun tiempo, ante michimenea, á alguien se le ocurrió preguntar para qué puede servir un primo.

Al oír esto inmediatamente todos se pusieron á reír; pero la persona que habia sentado la cuestion la repitió seriamente y pidió una contestacion.

—Tengo un primo, dijo uno de sus amigos, un primo muy rico; hace algunos años, le rogué me prestara cincuenta mil francos para comprar un cargo de escribano público; eso no lo habria de ninguna manera empobrecido; pero descubrió que mi tatarabuena paterna habia mantenido una virtud talmente sospechosa, que era mas que probable que algun renuevo se hubiera ingertado en el tronco, y que en consecuencia nada probaba que fuéramos parientes.

Y hubo entre nosotros un silencio bastante largo, ninguno de nosotros sin poder adivinar para qué puede servir un primo.

Sin embargo uno de los asistentes, pintor de su oficio, nos dijo:

—Las invenciones nuevas no son sino cosas que ya se han tenido tiempo de olvidar. Por ejemplo, no se piensa hoy sino en hacer ferro-carriles, dentro de cien años la Europa estará cubierta de caminos de fierro; y en trescientos años llegará un hombre que inventará los caminos empedrados con sus adornos de olmos.

Además, nada escapa á la industria y al amor de la ganancia. Hace algun tiempo, varios capitalistas han tenido la idea de ir á buscar y desenterrar en las llanuras de Leipsick los huesos de los soldados muertos y tomarlos para hacer negro humo y en seguida betun.

Lo interrumpí.

Pues es de notar que, aun sin que él lo sepa, el dueño de casa ejerce una especie de dominio sobre sus huéspedes; desafío al dueño de casa que diga una palabra, que eche una exclamacion, se sune las narices, mueva su silla, sin que yo no lo conozca entre todos, pues hay en su voz, en sus gestos, en su mirada, en su complacencia misma, tantas cosas que parecen decir:—Ese fuego al cual os calentais los piés, es mio; esa silla sobre la cual os habeis sentado, es mia; el aire que respirais en mi cuarto, es mio.

Lo interrumpí pues *sans façon*, por no dejar perder una idea que se me ocurría; las ideas no son bastante comunes para que se las descuide.

—Figúrome, dije, á un hombre nacido con un carácter independiente, un hombre lleno de sávia que, sintiéndose bastante fuerte para no recibir nada de la sociedad, quisiera tambien no darle nada; hé aquí su vida: nace, lo aprisionan en pañales; á los seis años lo entregan á los pedago-

gos, que le enseñan palabras y le repiten que el crimen mas grande posible es el de *raciocinar*. Entre las manos de dichos pedagogos, hay dos probabilidades de porvenir: ó entra en esas ideas cortadas sobre el espíritu estrecho y mezquino de ellos, se somete á ellos y á la educacion que le dan, y deja usar sus facultades por el herrumbre y se torna bruto; ó bien lucha contra ellos: su espíritu se agría, y no hace sino demorar y tornar mas penoso el momento en que les será preciso renunciar á su individualidad, renunciar á ser completo para hacerse fraccion y jugar su papel en el estado social. Llega la edad del servicio militar; es menester someterse á órdenes no motivadas de un grosero y de un ignorante; es menester admitir que lo que hay de mas noble y grande es renunciar á tener una voluntad para volverse instrumento pasivo de la voluntad de otro—acuchillar y hacerse acuchillar, sufrir el hambre, la sed, la lluvia, el frio, hacerse mutilar sin jamás saber por qué, sin otra compensacion que un vaso de aguardiente al día de la batalla; la promesa de una cosa impalpable y ficticia, que dá ó niega con su pluma un periodista en su cuarto bien caliente, la gloria y la inmortalidad despues de la muerte.

Sobreviene un tiro de fusil, el hombre independiente cae herido; sus camaradas acaban casi de matarlo pasando por encima de él; lo entierran semi-vivo y entonces queda libre de gozar de la inmortalidad; sus compañeros, sus parientes, lo olvidan: aquel por quien ha dado su felicidad, sus sufrimientos, su vida, jamás lo ha conocido.

Y por último, algunos años despues, vienen á buscar sus huesos emblanquecidos, se hace con ellos negro humo y betun inglés para lustrar las botas de su general.

Cuando hube acabado, cuando todos mis huéspedes hubieron sobreídese complacientemente, á excepcion de aquel á quien yo habia interrumpido y que se habia tomado la molestia de escucharme por no perder el hilo de su idea, él continuó:

—Segun la extension de la industria, dijo, y algunos ensayos en el género del que acabo de hablaros, llegará un momento en que el especulador se indignará que el hombre cese de ser explotable despues de muerto, y se buscará los medios de utilizar su carne y sus huesos, y necesariamente volveremos á la antropofagia.

Y se diria en la fonda:

¡Mozo, costillas de tío!

¡Mozo, cesos de catedrático fritas!

¡Mozo, una cabeza de primo á la tortuga!

Hé ahí para qué podrá servir un primo.

Riéronse de esta locura, é insensiblemente cada cuál contó, unos alegremente, otros tristemente, lo que habian tenido que sufrir de sus parientes.

En efecto, los parientes, tienen eso de admirable, y hablo de los mejores, que jamás podréis, ni por queja, ni por razon, hacerles comprender que viene un momento en que el pájaro prueba sus alas y deja su nido; que no tienen otra mision que hacer y criar sus chiquitos hasta la edad en que dejan el nido; lo que, por lo demás, los chicos hacen siempre demasiado tarde, lo que es causa de que por largo tiempo tienen el vuelo pesado y torpe, y no saben hallar su comida, por estar demasiado acostumbrados á recibir el cebo.

Los padres jamás admitirán tampoco que no es á ellos, pero á nuestros hijos que debemos devolver la afecion y los cuidados que ellos han tenido para con nosotros; quisieran que durante toda nuestra vida quedáramos sometidos á sus voluntades, no permitiéndonos jamás que rompamos el cordon umbilical, y exigiendo que, jóvenes y ardientes, viviéramos de esa vida apagada que ellos llaman cordura, circunspeccion; que en el momento en que un hijo de sá-

via y de fuerza hace brotar el amor por todos nuestros poros y divide nuestra vida en tantas afeciones é intereses distintos, concentráramos todo nuestro amor y toda nuestra vida en ellos, como ellos concentran en nosotros su vida y su amor, que en conjunto no hacen una suma mas fuerte que la fraccion que les damos; no pensando que han agotado los placeres que quieren impedirnos que gustemos.

XXXII.

Habia en lo del padre de Stephen una gran tertulia; el pobre jóven bien hubiera querido safarse de asistir; pero pensó que por un interés tan débil, no valia casi la pena enfadarse con su familia.

Estuvo tímido, desmañado, atado en sus vestidos, torpe, sobre todo con la conciencia de su torpeza, no atreviéndose ni á caminar ni á quedarse quieto. Ese aire tan raro, tan cargado de vapores, respirando cinco ó seis veces antes de entrar en su pecho, no era bastante puro para sus pulmones. Un momento comprendió que cada cual en la sala se ocupaba en alguna cosa; unos bailaban, otros jugaban ó conversaban sonriendo con *las damas*. Stephen se encontró entonces muy embarazado con su inutilidad, y sea por darse un continente, sea por parecer hacer algo, imaginó despavilar una bugia; el temor de apagarla hizo que la apagase; todas las miradas volviéronse hácia él, se puso rojo como una guinda.

Un jóven de elegante uniforme, que se hallaba cerca de él, le dijo friamente:—¿Vd. habita el campo?

El pobre Stephen creyó un momento que la casualidad ó una buena alma le traía un salvador; que ese buen jóven que parecia querer entablar con él conversacion, le procuraria naturalmente un continente tanto mas que cargaba el uniforme de su hermano.

Pero ese jóven agregó:

—Es que si Vd. hubiese entrado alguna vez en una sala, sabria que no se despavilan las bugias.

Stephen empalideció de cólera; pero el jóven habia hecho una pirueta y se habia confundido entre los que bailaban. No obstante, Stephen lo conoció: era el primo de Magdalena, aquel Schmidt de cabellos rubios, que le habia hecho pasar una noche tan mala.

Cuando hubo retirádose todo el mundo, el padre de Stephen detuvo á algunos parientes. y, delante de ellos, dijo á su hijo:

—He gastado mucho dinero por Vd., y Vd. en nada lo ha aprovechado; no supongo que Vd. llegue jamás á ser un brillante sujeto, y yo haria quizás bien en abandonarle á su tonta presuncion.

—¡Tonta presuncion! dijo un tío, es la palabra.

—Pero, dijo el padre, como á los ojos del mundo yo soy responsable de su conducta, no debo sufrir que siga un camino que le conduciria á algo de que su familia tendria quizás que sonrojarse algun día.

—Es justo, dijo el tío.

—Esto es el porqué, continuó el padre, reclamo la obediencia que Vd. me debe, y exijo que dentro de quince dias, Vd. sea el esposo de la mujer que le destino; es un casamiento honroso y ventajoso.

—Y nosotros sabemos mejor que Vd. lo que le conviene, agregó el tío,

—Y la jóven es hermosa, dijo una tia.

—Sinó, dijo el padre, Vd. partirá desde mañana para Goettingue, y no me fastidiará ya ni me romperá el timpano con sus necesidades ni sus pedidos de dinero; ya no quiero oír hablar de Vd., demasiado tiempo hace que cedo á sus caprichos.

—Diga Vd. á sus locuras, replicó la tia.

—¡A sus tonterías! dijo el tío, y por otra parte, cuando uno tiene dos buenos brazos, es vergonzoso estar á cargo de sus padres.

Stephen ya no era el jóven tímido y cortado que, media hora antes, se turbaba de una mirada.

Su timidez lo habia indignado; habia pensado que el hombre amado de Magdalena, el hombre que sentia su corazon lleno de pensamientos nobles y generosos, no debia bajar la cabeza ante nadie.

Despues, las palabras secas y duras de su padre le habian hecho mal; mas de una vez una gruesa lágrima habia corrido de sus ojos; pero los corolarios que su tío y su tia creian deber agregar á la reprension paterna, lo llenaban de indignacion, y no sentia poder echar sobre ellos el resentimiento que le inspiraba la injusticia de su padre.

—Mi padre, dijo con voz calma pero profunda y acentuada por la emocion, mi infancia la pasé lejos de Vd.; confiado á manos estrangeras, no he podido tomar para con Vd. esa tierna y confiada afecion, que sus bondades y su ternura habrian sin duda hecho nacer en mí; pero no comprendo ternura sinó en cambio de ternura; y ¿me la atestiguó Vd.? Vd. ha dado dinero para mi alimento; pero ¿podia hacer de otro modo? ¿y el respeto humano le dejaba libre á este respecto? ¿Me ha dado Vd. jamás otra cosa que dinero? ¿Hé recibido jamás de Vd. caricias ni amistad? ¿No me ha tratado Vd. siempre como un fardo incómodo? Sin embargo habia en mi corazon amor para Vd., y con frecuencia he rogado á Dios que le haga conocer el corazon de su hijo. A menudo he pasado la noche llorando al verme desheredado de su ternura, de su cariño; y es á estas tristes impresiones que debo esta naturaleza salvaje y poco comunicativa que, Vd. me lo ha dicho mas de una vez, lo aleja de mí. Lo respeto á Vd, mi padre, y le agradezco lo que ha hecho por mí; pero permítame que no siga una linea que trazan para mi vida unos hombres que me conocen tan poco y no saben comprenderme. Esta ternura que Vd. ha desechado, la he llevado completamente á algo noble y santo, á la libertad. La vida y el universo están abiertos ante mí, y quiero andar libre como el viento. No reclamo de Vd. ninguna herencia ni de dinero, ni de reputacion; pero en cambio, no quiero pagarle el diezmo de mi vida y darle hipoteca sobre ella: mi vida es mia, haré de ella lo que yo quiera.

—¡Está loco! dijo el tío.

—No, señor, dijo Stephen alzando la cabeza con altivez, y le dispense el medir mis acciones ó mis palabras en su estrecho juicio; no quiero tener los cargos de una asociacion cuyos beneficios no he tenido. ¿Qué ha hecho Vd. por mí, á no ser abofetearme cuando yo era niño é insultarme hoy? Porque es Vd. hermano de mi padre, ¿quiere esto decir que tenga derechos sobre mí y sobre mi vida? ¿Con qué cariños, con qué cuidados los ha comprado? Una vez por todas, se lo declaro bien alto, no quiero sino á los que me quieren, y miro con desprecio las afeciones por la ley ó por el uso; me haré sin Vd. mi porvenir, y no le dejaré sobre él ni mas ni ménos derechos que los que pretendo sobre el de Vd.

—¡Caballero, dijo el padre, salga Vd.!

Stephen salió con paso rápido. Al dar vuelta la calle sin saber á lo cierto á donde iba, fué parado por uno de sus parientes, viejo soltero en muy malas relaciones con toda la familia, que habia salido detrás de él sin que él lo notara.

—Jóven, le dijo, Vd. tiene alguna razon relativamente á su tío; pero todo el mundo le dará á Vd. toda la culpa, y mas aun, con respecto á sus procederés hácia su padre: mas tardará Vd. que es preciso someterse á las leyes y á las precau-

paciones del mundo, á no ser que Vd. tome un arco y una maza, y vaya á nutrirse de caza y de bellotas en las selvas; y aun las bellotas son amargas y poco nutritivas, y no se le dejará cazar libremente. No quiero imponerle mis ideas, Vd. vendrá á ellas de sí mismo; no hay ejemplo que la experiencia de los demás haya servido á alguien; la experiencia no viene ni por herencia ni á título gratuito, y Vd. ardiente como parece serlo, la pagará mas caro que cualquier otro. . . . Adios! deseo que su energia la emplee bien.

Y se despidió, dejándole en las manos un puñado de oro; y Stephen lo perdió de vista antes de haber vuelto de su sorpresa.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Paris, Diciembre 10 de 1862.

No se habla aquí de otra cosa que del brillante éxito que alcanzó la comedia política de M. E. Augier, *Le Fils de Giboyer*.

Todas las notabilidades de la capital asistieron á la primera representacion de esta obra, que puede llamarse con propiedad un folleto dramático.

En primer lugar vimos al principe Napoleon, que aplaudia á rabiar los pasajes mas duros contra los legitimistas y los clericales.

Tambien estaban en el teatro el conde de Walewski, Mr. Baroche y muchos diplomáticos, senadores y diputados.

La obra de Mr. Augier es mas bien sátira que una produccion dramática.

La idea moral que domina en esta comedia, verdaderamente deslumbradora por la gracia, el buen sentido y la sal ática, es la siguiente:

Giboyer, el periodista de los *Effrontés*, tiene un hijo, y quiere que sea hombre honrado, que tenga convicciones rectas y sinceras y que defienda los verdaderos principios de la sociedad moderna; en una palabra, quiere que no sea un alma vendida á todos los partidos, como su padre; en torno de esta idea capital, el autor agrupa una serie de hipócritas políticos, de gentes sin principios ni convicciones.

Nos presenta una baronesa, patrona de la sociedad de San Vicente Paul; un anciano, mariscal de Francia, especie de José Prudhomme, que despues de haber sido un acuchillador (*sabreur*) se convierte en el último periodo de su vida al partido legitimista y á la devocion.

Estos campeones del partido clerical están á punto de fundar un periódico en Paris (¿será *La France?*), y Giboyer, padre, escribe los articulos del mariscal.

En vano trataria de reseñar rápidamente todos los grandes rasgos y las situaciones notables que hay en la comedia de Mr. E. Augier, la cual exige un exámen detenido, que acaso haga en una de mis próximas cartas.

Por hoy no he podido hacer mas que dar cuenta del éxito de la obra y de su carácter de folleto político contra los legitimistas y los ultramontanos, ó por lo menos, contra los hipócritas que cuentan en sus filas.

Dicese que se prepara contra esta comedia una conjuración que estallará en las próximas representaciones.

Hace ya quince dias que os anuncié algo de esto; veremos lo que sucede.

Entretanto, las localidades están vendidas para ocho ó diez representaciones, lo que equivale á un producto de cincuenta mil francos próximamente.

La Patti, célebre ya como ninguna cantante, es hoy la reina de las primas donnas; ha cantado *Il Barbieri*, y como recuerdo de Madrid, donde ha nacido, introdujo la canción de *La Calesera*, en el momento en que Almaviva, transformado en maestro de música, se sienta al piano.

La Patti dijo *La Calesera* con buen acento, siendo muy aplaudida.

¡Lástima es en verdad que la Patti haya escogido la citada canción, tan pobre y tan descolorida!

En el repertorio popular español la hubiera sido fácil encontrar música mas española y mas inspirada.

Diciembre, 24,

La emocion producida por la nueva comedia de Mr. Augier continúa: el partido clerical-legitimista grita, como si el escándalo fuera inaudito: pedir lógica á los absolutistas, es absurdo.

El año 1849 escribieron y representaron en Paris *La Foire aux Idées*, y como aquel gobierno era libre, la permitió y nada dijo.

Hay mas aun: en la pieza de Augier, *Giboyer*, que parece simbolizar el partido democrático, se alude como al bando clerical directamente, y el partido democrático, se alude como al bando clerical directamente, y el partido democrático no grita, porque es liberal y tolerante.

¡Lástima es, sin embargo, que un autor como Mr. Augier se permita hacer retratos!

Las figuras de Mr. Guizot y de Veuillot están reproducidas al vivo.

Le Fils de Giboyer, repito, es una sátira, no es una comedia.

La venta de las joyas de Mlle. Schneider, actriz del *Palais-Royal*, ha producido 300,000 francos.

Los lectores juzgarán del número de triunfos obtenidos por la citada actriz, cuando consideren que todas las joyas habian sido regaladas.

Desde que Mr. de Girardin, ha vuelto al periodismo, la *Presse* sostiene polémicas con tres ó cuatro periódicos á la vez.

El célebre publicista, enamorado como siempre de la paradoja y de la antinomia, que forma su estilo, tiene la imaginacion tan fresca como hace 30 años; pero nó la popularidad, que ha perdido al emitir diferentes opiniones que las que le conquistaron el nombre y el favor del público.

El *Album de dibujos* de Victor Hugo se publicará en Bruselas.

El producto integro de la venta lo destina el gran poeta á una obra de caridad y amor.

Hace ya algunos años que Victor Hugo reúne en su casa una vez por semana, de 18 á 20 niños de los mas pobres de su barrio: los sienta á la mesa y les dá una comida sazónada de cariño y de ternura.

Victor Hugo, su esposa, sus hijos, su cuñada, sirven los platos.

Los niños se retiran, acabada la comida, felices y con-

tentos á sus casas, dejando al poeta la inapreciable recompensa de sus inocentes sonrisas y de sus puras y agradecidas caricias.

Victor Hugo quiere hacer algo mas, los alimenta y quiere vestirlos: el producto del *Album* se destina á tan pio y santo objeto.

La gloria del *Album* será superior á la del mas inspirado libro: cierto es que la idea de Victor Hugo vale mas que la mejor oda.

Señor Director:

Habiendo sido ofrecidas á la juventud estudiosa las columnas de su popular periódico, considero que no cometo una imprudencia con dirigirle á Vd. un pequeño romance, que, si por dicha mia mereciese su aprobacion, desearia se publicase en la *Aurora*.

Si se publica el principio, remitiré oportunamente la conclusion, que no es extensa; tendrá Vd. la bondad de hacerme saber por la prensa, con estos ó semejantes terminos: *no se puede publicar en la «Aurora» un pequeño trabajo literario que hemos hallado en el buzón; ponemos esto en conocimiento de su autor.*

S. S.

Casa de Vd., Febrero 10 de 1863.

F. de O.

Rojas, Febrero 19 de 1863.

Señor de mi aprecio:

Su muy estimada de fecha 24 del pasado es en mi poder, hace ya algunos dias, no habiéndola contestado antes por esperar á mandarle algo con ella. Viendo sin embargo que la *Pobre Elisa* saldrá á luz en el sexto número, perteneciente al mes de Marzo, me limito por ahora á enviarle la composición adjunta, escrita el mismo dia que se recibió aquí la fatal nueva de los sucesos de *Aspromonte*.

Es por cierto extraño el retardo con que recibió Vd. mi primera de 25 de Octubre; pero sin tratar de investigar las causas que hayan motivado aquella demora, me concretaré á dar á Vd. rendidísimas gracias por su juicio respecto al pequeño trabajo que me tomé la libertad de anexar á ella, así como por los benévolos conceptos que á mi respecto se denuncian en todo el curso de la suya.

Agradezco intimamente la invitacion que Vd. se sirve hacerme, esto es, que siga mandándole algunos originales, cosa que solo puede achacarse á su bondad; y reconociendo yo mi insuficiencia para corresponder dignamente á ella, tengo que agradecerle doblemente la atencion. En su virtud me he apresurado á corregir el primer canto de un poema titulado *DEL BIEN AL MAL*, el que mandaré á Vd. el próximo venidero mes, para que si merece por algun concepto ver la luz y hay espacio, salga en el séptimo número de su bella *Aurora*.

He visto con satisfaccion que su periódico mejora visiblemente, lo que me hace creer que él llenará cumplidamente el objeto á que está destinado: *reunir en un precioso vaso todas las fragantes flores emanadas de los ingenios Americanos*; exhalaciones puras y suaves que embriagarán algun dia, no lo dude Vd., á la vieja Europa con su perfume. La tarea es árdua, pero no hay que desmayar, mi querido Tavolara; si no existiese el dolor no habria placer, y habiéndolo, no se saborearia con tanto gusto, puesto que faltaria el antitesis que demostrase su bondad. Así

ya Vd. sabe que yo estoy por la armonía resultante de los contrastes. No sé si esta armonía es verdadera, porque si me preguntasen tal cosa, contestaría categóricamente: —no lo sé. Puede ser que en las partes de su composicion haya algo de mentira; puede tambien no ser así; pero como segun San Agustin, en esta contestacion—*Verum est id quod est*—afirma que *la verdad es lo que es*, y que no puede haber mentira donde esta existe, dejaré las cosas como están sin meterme en mas honduras.

Estoy sumamente enfermo: por eso no me extiendo mas. Otro dia mas reposado y con mejor salud, seré mas extenso, pues por pobre que sea esto en acontecimientos, siempre hay, por lo mismo, algo raro que contar.

Retribuyo á Vd. los conceptos halagüenos que me prodiga en el último párrafo de la suya; aceptando con júbilo la amistad que se sirve ofrecerme.

Por lo demás, ya sabe Vd. que puede ordenar á su afectísimo servidor y amigo

Q. B. S. M.

A. MARINO.

EL AZOTE LITERARIO.

Con este titulo un jóven Oriental que firma sus escritos con el seudónimo—*El Demócrata*, ha clasificado injustamente un folleto, en que critica *Las Arenas del Uruguay*, y del cual acusamos recibo.

Y decimos que le ha dado una clasificacion injusta, porque el tal folleto de todo tiene menos de azote; de todo puede servir menos de pesadilla para el criticado; y á todo puede aspirar menos á la categoria de una censura ilustrada, capaz de corregir los defectos de un escritor.

Llamar *azote* al tal folleto, es como clasificar de bandido á Minutti; es imponerle intenciones que no tiene, ni es capaz de abrigar.

La publicacion que nos ocupa, en vez de administrar una azotaina, dá algunos *chunchetazos*, aplicados con mano insegura y temblona.

El folleto citado, es uno de esos chicotes de orillo, con que los niños se castigan unos á otros, y que sus padres les dejan, sin temor de que se maltraten con ellos.

Si los autores que merecen caer bajo la tijera de la censura, no tuvieran jueces mas competentes que *El Demócrata*, tendrian el derecho de envalentonarse y continuar adelante en el intento *non sancto* de fastidiar al público con sus producciones.

Cuando un escritor pretende aspirar al titulo de critico, es necesario que esté dotado de una inteligencia superior y de un juicio irreprochable, ó que haya sentido quemarse sus pestañas en los libros; y principalmente, que su espíritu esté levantado sobre todas las pasiones.

Si pretendier que al *Demócrata* le gane otro interés que el de mejorar las condiciones literarias de las composiciones de sus compatriotas, teniéndos que decirle, que, antes de que sea capaz de asumir la verdadera posicion de un escritor critico, tiene que pasar muchos años dedicado al estudio, y que ensayar mucho el papel en que hoy dá un tropezon por línea.

Criticar diciendo: esto es malo, tan solo porque á mi se me antoja, es decir una necedad y nada mas.

Cuando un escritor somete al escarpelo de la burla una produccion literaria, llevado únicamente del prurito de reír á costa de los demas, es necesario estar dotado de la chis-

pa de Villergas, para que si se echa de menos la profundidad, la filosofía, la conciencia de la crítica de Larra ó de Lafuente, se olvide la injusticia ó la sinrazon del ataque, en obsequio del gracejo.

Copiar párrafos y párrafos, y agregarles bajo entre admiraciones: ¡¡¡qué bonito!!! ó comparar al autor con D. Pepe el de la Cazuela, es perder el tiempo y papel, y gastar tinta sin necesidad.

¿Qué bienes reportará de esto la sociedad?

Ninguno;—mientras que de la verdadera crítica—que es el exámen y juicio de una cosa con sujecion á las reglas del arte y del buen gusto,—se puede conseguir la reforma de un escritor extraviado por la falta del consejo, y la formacion del gusto literario de sus lectores.

De lo contrario el que salga á tontas y á locas, ó por espíritu de enemistad, á criticar sin conmiseracion todo lo que publique este ó aquel, se espone á que nadie lo lea, y á que sus escritos vayan á dormir el sueño de la vida, á los almacenes y pulperías, cuyos dueños los comprarán al peso, para envolver yerba.

No pretenda *El Demócrata* hacer papel de crítico, porque lo que hace es papel de estraza de mala calidad.

La sal que precisan los escritos burlescos no es la de Cabo Verde, ó mas bien dicho, de cocina, con que él polvorca los suyos.

La crítica debe estar armada de espada toledana, y no debe empuñar el mellado laton de los alcaldes ó el pincharatas amohosado.

R. G.

Buenos Aires, Febrero de 1863.

LA DUDA.

Como no hay sin llamas fuego
Ni ventura sin recelos,
Así no hay amor sin celos
En el mundo sin sosiego.

Es la duda una erupcion
Del Vesubio de la vida,
Que alterna con la medida
De la terrena fruicion.

Solemne necesidad
Para fluctuar de continuo,
Entre el placer del destino
Y la ruda adversidad!

Pues solo entonces se puede
Valorar esa ventura
Que desde infinita altura
El Eterno nos concede.

Perdona pues, alma mia,
Si á los celos entregado,
Tus pupilas he empañado
Y turbado tu alegría.

Y ambos, postrados de hinojos
Ante invisible grandeza,
Dobleguemos la cabeza,
Humedecidos los ojos.

Porque él, padre cariñoso,
Aunque invisible al humano,
De su alcázar soberano
Vela por nuestro reposol

CARLOS.

CARTA DE UN REO CONDENADO Á MUERTE

El criminal que se arrepiente, tiene derecho á compasion. Reclamamos ese noble sentimiento de todos y especialmente de quienes, por las relaciones de los diarios, tengan conocimiento de los hechos que vamos á referir.

Hace algunos meses que el bergantín inglés *Winthorp*, en viage de Pernambuco á esta ciudad, fué teatro de crímenes espantosos.

El austriaco Fernando Petrina, carpintero de dicho buque, apasionóse ciegamente y trató de atentar contra el honor de una jóven Oriental, esposa del capitán Lipari, la cual rechazó con indignacion esa criminal pretension. Como era natural, Lipari así que tuvo conocimiento de lo sucedido, reprendió severamente á Petrina, y parece que llegó á amenazarle con usar de sus derechos de capitán y de marido. El delincuente guardó silencio, meditando una venganza bárbara que desgraciadamente pudo llevar á cabo en un momento favorable á sus intenciones.

Una noche, cuando todos dormian, penetró resueltamente en la cámara y mató á hachazos á los infelices esposos; al ruido de esa escena sangrienta, acudió el piloto, y también fué víctima.

Desde entonces nuestro protagonista se hizo dueño del buque; el terror se apoderó de la tripulacion, la cual dominada por la actitud de aquel hombre audaz, ejecutó las maniobras segun sus órdenes, cuyo objeto era variar de rumbo, á pesar de que nadie habia á bordo capaz de dirigir el buque con seguridad.

Petrina, temeroso de la justa indignacion de sus compañeros, no dejó ni un instante de estar prevenido para defenderse; pero al fin lo rindió el cansancio, y un arrojado y robusto marinero, aprovechando un descuido, logró sujetarlo entre sus brazos despues de una lucha desesperada, hasta que llegaron los demas y aseguraron á su sangriento tirano.

En seguida pusieron bandera de auxilio y fueron socorridos por una barca brasilera, cuyo contramaestre condujo al *Winthorp* hasta el puerto de Río Grande.

Las autoridades de ese punto, en vista de que el crimen habia sido perpetrado bajo la bandera inglesa, entregaron el reo al Cónsul de Inglaterra, quien lo remitió á disposicion de su Gobierno en el vapor *Brasil*, que en Río de Janeiro debia trasbordarlo al paquete. Petrina consiguió romper las esposas y los grillos con una lima colocada entre los dientes, y á la cual untaba cera, de rato en rato, á fin de apagar el ruido. Al verse libre de sus prisiones, procuró fugarse, causando una alarma con la voz de que el buque tenia un rumbo y se iba á pique; pero este plan le salió mal, pues los marineros que bajaron á la bodega para cerciorarse del peligro, comprendieron al momento que era una hábil mentira, y en el acto aseguraron al preso de manera que no pudiese hacer ningun movimiento.

Al fin, Petrina llegó á Inglaterra.

Hasta aquí vemos al criminal salpicado de sangre; oímos los golpes del hacha y el estertor de la agonía de las víc-

timas; experimentamos horror, y nuestro corazon se oprime amargamente ante el triple crimen, que adquiere mas odiosidad, si aun es posible, al recordar que el cadáver de la jóven, palpitante todavía, fué objeto de una profanacion, que no nos es licito relatar...

Ahora, veamos la espiacion; veamos al hombre arrepentido, que ante la muerte se estremece y pide una lágrima á sus semejantes con el lenguaje indefinible y conmovedor que inspira ese trance fatal.

Oigamos á Petrina, cuya voz, que quizá ha sido ya sofocada por la mano del verdugo, atraviesa el océano en vuelta en una carta y llega á Montevideo, hasta el pueblo donde pasó algun tiempo, y donde nació la infeliz muger de Lipari:

«Sr. D....

»Manchester, 22 de Diciembre de 1862.

»Ignoro si os acordais todavía de un tal Fernando Petrina, que residió en Montevideo durante mas de un año, »trabajando de carpintero.

»Y bien: sabréis ya lo sucedido á bordo del buque en »que yo estaba, y tambien que dentro de pocos dias por »ese suceso tendré que sufrir la pena de muerte.

»El principal objeto de esta mi última carta, es rogaros »que en mi nombre pidais perdon á todos los que he ofen- »dido ú ocasionado algun daño por mi desgracia. Supli- »cades encarecidamente que me concedan la paz, como »yo de todo corazon y vertiendo lágrimas perdono á todos »los que pudieran haberme ofendido de cualquier modo.

»Serviros decir á la familia de la finada esposa del fin- »do Capitan, que aquella, antes de exhalar el último sus- »piro, me pidió que le participase sus deseos de que en fa- »vor de su alma hiciera celebrar treinta misas.

»Os ruego que remitais las adjuntas cartas á sus titu- »los.... No dudo que fielmente cumpliréis mi última vo- »luntad.

»Orad por mi alma, á fin de que Dios, en su misericordia »infinita, me dé la gloria del paraíso, la cual espero con- »seguir por haber hecho una confesion general á un fraile »capuchino.

»Espero volver á veros en el Cielo.

»Adios....

»Fernando Petrina.»

Esta carta de puño y letra del protagonista de este drama sangriento, nos la ha facilitado la persona á quien ha sido dirigida, y la hemos traducido literalmente del italiano.

Despues de su lectura, creemos que todo el que posea un corazon sensible se olvidará del asesino para compadecer al hombre desgraciado, que reconoce y confiesa sus crímenes, pidiendo humildemente el perdon de la sociedad y una lágrima que se mezcle á las suyas, arrancadas por el arrepentimiento.

¡La misma mano que empuñó el hacha ha trazado en el papel las postreras palabras de su víctima!....

Escrito lo que antecede, la casualidad pone en nuestras manos *O Commercial* de Río Grande, del 15 de Febrero, el cual dá cuenta en estos términos de los últimos momentos de Petrina:

«El 30 de Diciembre fué ejecutado en Winchester el marino austriaco Petrina.

»El 29, el padre Pacificos, que constantemente lo acompañaba, lo visitó á la hora de costumbre y á petición del criminal pasó la noche en la prision entregado con él á fervorosas oraciones.

»Poco antes de las 8 de la mañana el 2.º carcelero con los oficiales de la prision, visitaron al criminal en su celda, donde el verdugo procedió á las faenas de su profesion. El reo manifestó deseos de ser ahorcado desnudo; el gobernador, sin embargo, apenas consintió en que le quitasen el paletó y la corbata.

»El padre Pacificos continuó repitiéndole con fervor el formulario de las preces de la iglesia católica romana, que Petrina pronunciaba de tal modo que fué oido por la gente reunida en el lado opuesto de la calle; desde antes que la comitiva apareciese en el sitio de la horca.

»Al aproximarse allí, el confesor presentaba al reo un crucifijo exhortándolo á arrepentirse, y él temblando violentamente unia sus oraciones á las del sacerdote. De repente hundióse la plataforma, el cuerpo quedó suspendido y el sacerdote oró con tal devocion, que provocó algunas risas entre el pueblo.

»El criminal antes de dejar la prision agradeció el buen tratamiento que habia recibido, agregando que quizá en su patria no habria sido atendido de aquella manera.»

DERMIDIO DE-MARIA.

MODAS.

Las noticias que vemos en los periódicos de modas designan las telas mezcla de lana y seda, y las popelinas de Irlanda como las mas aceptadas para trajes de *négligé*, así como tambien el gró, el moaré y el terciopelo como las mas elegantes para vestir con esmero. Dominan en general los medios colores, tales como gris, marron, habana, flor de malva, azul china y verde; los dibujos mas elegantes son los grandes cuadros y las florecitas sueltas.

Los vestidos continúan haciéndose con mucho vuelo por la parte inferior, y mas estrechos por la superior, de manera que los paños se cortan en disminucion, y los pedazos que sobran se aprovechan generalmente para los adornos.

Respecto á hechuras, las elegantes van abandonando los cuerpos de talle redondo y aceptando los de aldetas. Se ven tambien muchos vestidos sin cuerpo, en cuyo caso se llevan con una chaquetilla *Figaro*, *Spahis* ó *Postillon*, y con un chalequito debajo. Los cuerpos de peto han quedado casi esclusivamente destinados para los vestidos de baile.

Cada dia es mayor la profusion y el lujo que se observa en los adornos de los vestidos, pudiendo decirse que cuestan mas los adornos que la tela. Todo lo que el gusto ó el capricho pueden inventar, está igualmente aceptado. Además de los volantes, de los encañonados, de los botones, de las tiras de terciopelo, de la pasamanería y de otros mil y mil adornos que fuera ocioso enumerar, hay otro adorno que goza de gran aceptacion en Paris; para que nuestras lectoras puedan formar una idea mas exacta describirémos el vestido completo tomando los datos de *La Elegancia*.

Es de tafetan color de pensamiento y la falda está adornada con tiras de raso blanco, colocadas á lo largo de las costuras de la falda. Encima de cada una de estas tiras lleva otras cinco de terciopelo estrechito del mismo color que el del vestido. Cuerpo alto con aldetas encima de las

caderas, que se prolongan tanto por detrás como por delante, formando una especie de peto con dos puntas. Estas adeltas llevan alrededor una tira de raso blanco y tiras de terciopelo, pero mucho más estrechas que las de la falda. Las mangas son enteramente ajustadas y están adornadas con un jockey y una tira colocada encima de la costura.

Para traje de calle es un modelo de elegancia un vestido de tafetan color habana, cuya falda está adornada en el borde del bajo con una tira de terciopelo negro perfectamente encajonada: a distancia de unos cuatro dedos de este encajonado lleva una hilera formada por tres tiras estrechitas de terciopelo negro, puestas al vies, siendo la más larga la de en medio.

Cuerpo alto y con peto, abierto por delante y adornado con un encajonado semejante al del bajo de la falda. Mangas semi-anchas, adornadas encima de la costura del codo con un encajonado de terciopelo y a los lados de ella tiras estrechitas puestas al vies. Cinturón de terciopelo negro con grandes caídas, terminadas por un fleco de seda. Sirve de complemento a este lindo traje un sombrero de terciopelo azul, cuya ala está adornada casi en el borde con un lazo de terciopelo blanco; al lado izquierdo lleva un ramo de flores de terciopelo; interiormente carretillas de tul de ilusión y ramo de flores de terciopelo colocadas sobre la frente.

Hé aquí ahora la descripción de algunos figurines de niños:

—Niño de seis años. Chaquetilla de terciopelo negro, adornada todo alrededor; en los hombros y en el bajo de las mangas con una tira de tafetan color flor de malva, bordada de trencilla negra. Pantalón también de terciopelo negro, abierto por el lado y adornado con una tira de tafetan color flor de malva bordada con trencilla negra.

—Para niña de diez años. Traje de vivandera suiza. Vestido de tafetan azul adornado con tiras de terciopelo ó de tafetan negro con galoncillo amarillo en los bordes. Corpiño de tafetan color de grosella con mangas anchas y flotantes, adornado con brandembourgs de terciopelo. Cinturón de cuero. Delantal de nansouk bordado con trencillas. Gorrito de terciopelo negro adornado con una tira de tafetan grosella que cae sobre los hombros.

—Niña de doce años. Traje de aldeana italiana. Vestido de tafetan blanco con falda corta y lisa. La parte superior del cuerpo es de tafetan amarillo, bordado con sedas de muchos colores. Delantal marrón con franjas encarnadas y azules. Adorno de cabeza de terciopelo punzó con galones de oro.

—Niño de seis años. Traje de tiempo de Luis XV. Calzon de raso azul. Chaquetilla de tafetan blanco con grandes adeltas, adornada con cordones encarnados; mangas ajustadas con anchas vueltas encarnadas y sardinetas del mismo color. Sombrero de tres candiles con galon de terciopelo encarnado en el borde.

—Niño de ocho años. Pantalón, chaquetilla y chaleco marrón oscuro adornados con tiras de terciopelo del mismo color y botones de seda. La chaquetilla es redonda y entalla perfectamente; las mangas son semi-ajustadas y de codo.

—Niña de ocho años. Vestido de tafetan color de pensamiento: adornado en el bajo de la falda con dos volantes encajonados; otros volantes más pequeños y formando ondas están colocados encima de la costura de los paños de la falda. Cuerpo escotado, con peto por delante y por detrás, adornado como la falda. Mangas de codo con igua-

les adornos. Sombrero de terciopelo negro, adornado con un cordón y una pluma violeta.

—El Correo de la Moda describe un lindísimo traje, compuesto de vestido de gros color de botón de oro, cubierto de otro de tul blanco. El cuerpo es escotado, el talle redondo. La falda de tul va cortada en ondas y baja a cubrir la de ros hasta 15 centímetros de su bajo. Estas ondas van guarnecidas de un rizado del mismo gros del vestido, y en cada uno de los ángulos que forman se coloca una roseta, debajo de lo cual sube el rizado formando dos grandes anillos enlazados, puestos al vies sobre la falda.

Una berta compuesta de anillos correspondientes, más pequeños, adorna el escote: otro se coloca sobre la manga, que es corta, como se deja suponer y del bullón. Un cinturón Médicis de raso del color del vestido sujeta el talle, formando nudo atrás con largos cabos flotantes. En el peinado, el pelo va dispuesto de modo que forma a un lado un Apolo, que reemplaza al bandó, cayendo después en rizados sobre el cuello: al lado opuesto el bandó es retorcido. Sobre la frente se coloca una rosa amarilla con algún ramaje y pimpollos, que corta el peinado hasta llegar a un rico broche de diamantes, del que sale una pluma amarilla que realza la armonía del conjunto.

LABERINTO.

Lamartine y Victor Hugo.

Lamartine es el cisne
Que sobre blanca espuma se columpia,
Y Victor Hugo el cóndor
Que se pierde velado por las nubes.

Más, puede Lamartine
Volar hasta las nubes como el cóndor,
Y es dado a Victor Hugo
Como el cisne en la espuma, balancearse.

Lamartine es la brisa
Que, amorosa, las flores acaricia,
Y Victor Hugo el noto
Que en su furor los árboles abate.

Más, puede Lamartine
El ruido imitar del fiero noto,
Y es dado a Victor Hugo
Remedar el susurro de la brisa.

La fuente es Lamartine
En su serena y plácida sonrisa,
Igual es Victor Hugo
Al mar desenfrenado y borrascoso.

Más, puede Lamartine
Rujir como el océano desatado,
Y sonreír Victor Hugo
Como sonreía la serena fuente.

Lamartine es la perla,
Victor Hugo el diamante que deslumbra,
La atracción Lamartine
Y la casta pureza Victor Hugo.

A MI MADRE.

EN SU DIA.

Oponiendo la ausencia su barrera,
Me aparta de tu lado, madre mía,
Y al ver pasar con lentitud tu día
Triste impresión mi corazón lacera.

Más en pos de la idea que me altera,
En pos de esa letal melancolía,
Un reflejo de luz con alegría,
Miro asomar en la celeste esfera.

Un consuelo indecible me estremece,
Bálsamo celestial en la amargura,
Al ver ese fulgor que resplandece
Como oriente de plácida ventura.

Que aquella dulce claridad que avanza,
Es la luz divina de una esperanza!

Salto.

AMISTAD.

A CAROLINA.

Ángel que roza con sus blancas alas
Las sienas que abatió la desventura,
Infundiendo la vida y la frescura
Doreinaba tristeza y languidez,

Lozana flor de regalado aroma
En suelo inculto por el Dios creada,
Que dá consuelos a la vida aislada,
La inunda de dulcísima embriaguez,

Luz que alumbra benéfica y que guía,
Esparciendo impresiones de consuelo,
En el estéril y fecundo suelo
Que invade tenebrosa oscuridad,

Para el que posa su insegura planta
En medio de la gran naturaleza,
Es, rodeada de fúlgida grandeza,
La platónica y sincera AMISTAD!

LUZ Y TINIEBLAS.

Las sombras de la noche impenetrables
Estendían su fúnebre crespon,
Y el huracán sus alas formidables
Desplegaba, asombrando la creación.

Noche espantosa, lúgubre, imponente,
Que al caos imitaba, con su horror,
El labio tembloroso y balbuciente
La apellidó:—la noche del dolor.

Del seno borrascoso de esa noche
Que envuelve la imponente tempestad,
Induciendo a sacrilego reproche,
Surjió de pronto hermosa claridad.

Esa luz, tenue, de color de rosa,
Que desgarrando la tiniebla avanza,
Y una emoción produce deliciosa,
La bautizó—la luz de la esperanza.

Y siempre, siempre, si fatal domina
La noche del dolor con su capuz,
Posa sobre la tierra peregrina
La esperanza los rayos de su luz.

En Solis.

El.—Encantadora Julia, es Vd. fresca como una rosa,
linda como un ramillete de heliotropos.

Ella.—Cuanto siento, caballero, no poder decir a Vd. otro tanto.

El.—Muy sencillo; mienta Vd. como yo miento.

Contra la hipocondría.

Búscate una mujer muy cariñosa,
De esas que son más dulces que un confite,
Que tus pesares y tristezas quite
Con su alegre y gentil cara de rosa.
Busca un millón ó dos; poquita cosa!
Y dándote de todos un ardite,
Te vés á correr mundo de un envite
Como de flor en flor la mariposa.
Triunfa, gasta, derrocha, vive y bebe,
Y haz siempre lo que sea de tu agrado,
Aunque luego la trampa se te lleve;
Entrégate al placer entusiasmado,
Y por más que algún *neo* lo repruebe,
Ríete en sus bigotes, y es probado.

Economía original.

¿Cuánto me costará poner en escena *Los dos Guzmanes*?—preguntaba á su director de escena, un empresario de teatros.

—Próximamente unos cien duros,—contestó aquel.

—Pues pondremos uno, que no estamos para gastos.

Waya una ocurrencia.

Un paisano preguntaba en una de nuestras librerías:

—¿Qué vale la *Jografía*?

—Cuarenta céntimos, le contestó el vendedor.

—¿Qué caro!

—Es el precio fijo.

—Y como otro casero no me pidió más que veinte céntimos.

—Pues cómprela Vd., que es de valde.

—Voy á tomarla, porque es la *mesmita*, con *linia* de *feriencia* que *otra* dice *Arémética*; pero lo mismo dá, porque el *título* no *implica*.

—Caballito.

—Hasta otras vistas.

Y arrastrando las espuelas, salió en busca de la *Arémética* para que su hijo aprenda *Jografía*.

¿Y cómo le vá del Ojo?

Es costumbre muy arraigada en nuestro pueblo y aun en clases mas elevadas, tener siempre un dicho ó refrán de moda.

Y tan en voga se pone, que en todas partes y á cada momento, anda de boca en boca, yendo muchas veces á caer como pedrada en ojo de loticario.

Hoy está de última moda la siguiente pregunta:

¿Y cómo le vá del ojo?

Yá puede figurarse el lector que esto suele ir á caer como pedrada en ojo de tuerto.

Aquellos que no están en antecedentes, cuando se les pregunta:

«¿Y cómo le vá del ojo?» se han llevado al momento la mano á la cara, creyendo que se le había saltado alguno de los ojos, y muchos hay que los abren tamaños, porque se han figurado tener alguno de los dos fruncido.

Las niñas son las que mas se sorprenden cuando algun amigo les dice:

«Señorita: ¿y cómo le vá del ojo?»

Por cierto que no faltan muchas de ellas que en su sorpresa se hayan llevado al momento la mano al ojo, creyendo que se le hubiese averiado con algun mal aire.

Como todo hijo de vecino, nosotros tambien entramos en la moda, y nos será permitido preguntar:

«Lectora: ¿y cómo le vá del ojo?»

BIBLIOGRAFIA.

OBRAS DE D. JOSÉ M. TORRES CAICEDO.

Tomamos del *Echo de la Presse* de Paris, el siguiente artículo:

«Este americano ha emprendido la publicacion de las mas importantes de sus obras políticas y literarias: unas están ya impresas, las otras están en prensa.

Ellas comprenden un volumen de poesias, bajo el título de *Religion, Patria y Amor*; dos volúmenes de *Estudios biográficos y de crítica literaria* sobre los principales literatos de la América latina; tres volúmenes de misceláneas, de artículos políticos, históricos, económicos, filosóficos y literarios; dos volúmenes de estudios sobre el gobierno inglés y la influencia anglo-sajona, sobre el gobierno francés y la influencia de la raza latina.

Las poesias del señor Torres, que han merecido entre otros elogios los de M. Julio Janin, don José Zorrilla y don Abigail Lozano, se componen de piezas filosóficas en las cuales son tratadas las mas altas cuestiones morales, de piezas descriptivas en que brillan todos los exploradores de la zona intertrópica, y de piezas históricas relativas á la independencia de Colombia.

En los estudios biográficos, obra esencialmente americana, el autor hace conocer los hombres mas eminentes de las Repúblicas del nuevo mundo, analiza y critica sus obras en prosa y verso, con la mas loable imparcialidad y un gusto literario experimentado.

Cada artículo contiene una disertacion literaria, un bosquejo biográfico y un análisis detallado.

Una obra tal faltaba á la América.

Los trabajos políticos del señor Torres Caicedo, abrazan las principales cuestiones del dia, y tienen por base los principios de sana libertad.

Se encuentra en ellos estudios sobre la soberanía, sobre la autoridad y sobre la libertad, sobre el sufragio universal, la pena de muerte, la libertad de la prensa, el derecho de reunion y de peticion, sobre el interés del dinero, la poblacion, el derecho marítimo; en fin, sobre las cuestiones mas importantes del derecho público americano.

Estos volúmenes contienen escritos notables sobre la cuestion romana, la separacion de la Iglesia y del Estado, y sobre la cuestion de los Estados del Norte y del Sur.

Abundancia de ideas, estudio profundo, amor de la verdad y la justicia, modo feliz de formular y resolver las tesis propuestas; tales son las cualidades reconocidas á este jóven publicista y literato, quien desde la edad de 17 años no ha cesado de ocuparse de trabajos literarios.

El señor Torres Caicedo se ha mostrado siempre entusiasta de las glorias y virtudes de la Francia, que se complace en llamar el cerebro y el corazon del mundo.

Aunque amigo y defensor de la raza latina, él llama á la fusion de las razas y las nacionalidades en el seno de la humanidad rejida por instituciones libres y demarcadas.

E. Buchery.»

—Otra publicacion de un Americano ha llamado la atencion de la prensa Europea, titulada:

COLECCION DE TRATADOS DE LA AMÉRICA LATINA.

En la *Revista de ambos mundos* hemos visto un artículo en que se analiza esta obra del señor don Carlos Calvo y se hace de ella la recomendacion que merece un trabajo que va á ser para los diplomáticos y los hombres de Estado de América, de tanta importancia como es la coleccion de Martens para los Europeos.

Hemos tenido el gusto de ver los tres primeros volúmenes de los diez de que constará la obra, los cuales contienen los tratados relativos á América hasta 1790, y ellos nos han convencido de la justicia de las recomendaciones que hace la *Revista de ambos mundos* de los trabajos del señor Calvo.

En ellos encontrarán los gobiernos de la República Oriental del Uruguay, la Confederacion Argentina, el Paraguay, el Perú, el Brasil y los Estados Colombianos documentos preciosos para decidir sus cuestiones de límites, muchos de los cuales documentos salen ahora á luz por la primera vez, porque se conservaban reservados en los archivos de donde el señor Calvo los ha conseguido con autorizacion para publicarlos.

Esta es una obra que todos los hombres de Estado de América deben estudiar, y que los gobiernos deben colocar en las bibliotecas públicas.

LA PATTI.

Hablando de esta cantatriz, que con tanto éxito ha debutado en el Teatro Italiano de Paris, dice una carta de aquella capital:

Figúrense Vds. una jóven como de 21 años, que en las tablas solo representa 16; una voz fuerte y argentina, todo el arte que puede reunir la cantante de mas talento, y todo el talento que Dios puede conceder á una cantante.

«Figúrense Vds. todo esto, y apenas podrán formarse una idea (porque es preciso verla y escucharla) de la nueva Malibrán Garcia, llamada á recojer tantos láuros escénicos como aquella.»

Desearíamos que estos elogios no resultáran exagerados.

Historieta.

Leemos en el *Sport* de Lóndres la siguiente historieta, cuya heroina es una mujer de la sociedad parisiense:

«Trátase de un legado que se le ha dejado, y por el cual su fortuna se ha acrecentado bruscamente con 800,000 francos.

La aventura es novelesca, es una página mas al capítulo de las ilusiones humanas.»

Hace como dos años contaba en el círculo de sus relaciones á un *gentleman* que se enamoró perdidamente de ella; correspondióle con amabilidad y benevolencia, y aunque poco dispuesta á escuchar sus galanteos, le mostró tan encantadora jovialidad, que la indecision en ella parecia una lucha entre el deber y el sentimiento; permaneció en la situacion que deseaba sin desengañar el corazon que se le habia entregado con todo el furor de la pasion.

Negocios de familia obligaron al inglés á partir precipitadamente para las Indias.

Su viaje debia durar cinco meses por lo menos, diez á lo mas, es decir, una eternidad.

Para ayudarle á soportar la tristeza de aquella separacion quiso obtener de ella una prenda cualquiera, un recuerdo á la vez que una esperanza materializada: un bucle de pelo.

Era mucho pedir, en su concepto, pero se decidió á pedirlo.

Suplicó con tal afecto y tal insistencia, que ella se dejó vencer despues de las vacilaciones, del rubor y embarazo cuyo secreto ella sola sabia en un caso de sorpresa.

Al fin se cortó el cadejo, y el *token* fué concedido.

Partió el gentleman, y no pasa quizás un solo dia en su largo viaje sin que su mente encarezca el valor de la prenda recibida.

A los seis meses de su llegada á Calcuta fué atacado de una fiebre endémica y murió, pero acordándose de la mujer amada.

Dejó un testamento por la cual la dejaba una parte de su fortuna, que ascendia, lo repetimos, á unos ochocientos mil francos.

Esta suma estaba depositada en un banco de Lóndres; la dama titubeó en recibirla; pero al fin consintió, y fué pagada hace como un mes.

Y ahora ¿quereis saber la parte desencantadora de esta historia, el *disinganno*, como dice el italiano?

Bien: es que el cadejo de pelo, causa de todos aquellos transportes del corazon, aquel bucle pedido con tanta emocion, concedido con tanta resistencia, aquel bucle era de pelo falso.

¿Será válido el legado?»

Justo tributo.

A continuacion copiamos las preciosas redondillas que el distinguido escritor don Juan Eugenio Hartzenbusch escribió en Argamasilla, con motivo de la impresion del primer pliego del *Quijote*, tirado en el mismo albergue que sirvió de prision al inmortal Cervantes:

AL AYUNTAMIENTO Y VECINDARIO DE ARGAMASILLA DE ALBA.

Ha cabidome por lote un Quijote revisar, y he venido á saludar la cuna de don Quijote.

Mal lo pasó en esta villa el autor de aquella historia, que no quiso hacer memoria del nombre de Argamasilla.

Por fortuna para mí, muy otra mi suerte fué; yo siempre recordaré la acogida que hallo aquí.

Dábase aquí á Barrabas Cervantes cada momento; Qo me voy con sentimiento de no tenerme más.

Cervantes, por un descuido, puesto en la trena se vió; tan solo estoy preso yo de un afecto agradecido.

Mas de uno y otro viagero tengamos el fin en cuenta: yo vinc á ver una imprenta, y él vino á sacar dinero.

Y si dar crédito es bien á lo que dice el lugar, de camino que á sacar, probó á sonsacar tambien.

Que, segun razon se dá de sus prendas y sus tachas, le gustaban las muchachas al manquito de Alcalá.

Y claro parece ahora que era excelente su gusto segun el retrato en busto que hay de la linda Melchora (1).

Pues cualquiera que lo vea, dirá de Miguel travieso: «Si estuvo por ésta preso; ¡caramba que no era fea!»

Mas fuese la causa tal, ó fuese otra la ocasion, Cervantes en su prision creó su libro inmortal.

Y á repetirlo anhclantes vinimos al aposento que engendró el gran pensamiento de la mente de Cervantes.

Por esto, favor honroso espera nuestra venida de la patria esclarecida del buen *Hidalgo Ingenioso*.

Y bailará la muñeira de gusto con el favor el animoso editor don Manuel Rivadeneyra.

Que quiso, porque esta villa toda la tierra alboroté, estrenar con el Quijote la imprenta de Argamasilla.

J. E. H.

(1) Doña Melchora Pacheco, cuyo retrato (que la representa en efecto muy bella) se vé en la iglesia de Argamasilla, con el de su tio don Rodrigo, en el cuadro de Nuestra Señora de la Salud, pintado, segun se refiere, de una inscripcion que hay debajo de él, por los años de 1601.

Origen de algunos grandes hombres.

Epicuro,—uno de los mas célebres filósofos de la Grecia,—fué hijo de un pastor.

Demóstenes,—el famoso orador de Atenas,—de un herrero.

Lutero,—de un trabajador de minas.

Tamerlan,—dueño del mas vasto imperio que ha existido,—de un pastor.

Desiderio Erasmo de Rotterdam,—el primer sábio del siglo XV,—fué niño de coro.

Laffite,—banquero riquísimo, hombre de Estado, alma de la revolucion francesa de 1830, ministro de Luis Felipe y fundador de la caja de ahorros,—debió el ser á un pobre carpintero.

Sisto V,—uno de los mas grandes pontifices del cristianismo,—fué hijo de un porquero.

Mahoma,—gran legislador y famoso guerrero, fundador de la religion mahometana,—fué arriero en su juventud.

Sócrates,—fué hijo de un escultor sin fama.

Viriato,—general lusitano, que ganó batallas á los romanos cuando estos se hallaban en el apogeo de su poder,—fué pastor.

Virgilio,—el príncipe de los poetas latinos,—era hijo de un posadero.

M. Gottier Fichte,—el gran filósofo,—de un longista.

J. J. Rousseau,—de un relojero.

Murat,—rey de Nápoles,—de un posadero.

Ensenada,—uno de los hombres de Estado que mas honran á España,—de un oscuro labrador.

Cromwel,—protector de la República Inglesa,—de un cervero.

Shakespeare,—el primer autor dramático de los tiempos modernos,—de un carnicero.

Cristóbal Colon,—de un cardador de lanas.

Esopo,—fué esclavo en su juventud.

Molière,—el gran poeta cómico,—fué sastre.

Alberoni,—político profundo, ministro español y príncipe de la Iglesia,—era hijo de un jardinero.

Eurípides,—de una verdulera.

Cook,—el gran navegante y descubridor,—de criado de una quinta.

Linneo,—famosísimo naturalista,—debió el ser á un cura de aldea y pasó su infancia de aprendiz de zapatero.

Franklin,—el inmortal fisico, político y naturalista,—era hijo de un jabonero y trabajó de cajista en una imprenta.

Epieteto,—afamado filósofo,—fué esclavo.

Catalina,—emperatriz de Rusia, y acaso la mas grande muger que ha gobernado,—fué en su juventud cantinera de ejército.

Comedia del Sr. Sanfuentes.

Hemos leído la comedia titulada *Los Celos infundados* y traducida libremente por D. Salvador Sanfuentes de la comedia en un acto de Molière, que lleva por titulo: *Sganarelle ou le Cocu imaginaire*; y podemos afirmar que el traductor ha trasladado con mucha felicidad al verso y á la prosa castellana la gracia, el movimiento del diálogo y los chistes del original.

Esta comedia, que forma parte de los dramas inéditos del Sr. Sanfuentes, que acaban de salir á luz, en Chile podría representarse con muy buen éxito en nuestros teatros.

Y ya que hablamos de esta pieza, no dejaremos de mencionar siquiera uno de los bellos rasgos de ella.

En la escena en que Quíñones echa á su mujer, solo por que ha visto en manos de ella el retrato de una persona que le es estraña, la dice aquel:

«Nadie me dirá desde hoy
Quíñones, y por tu culpa
Todo el mundo va á llamarme
Señor Cornelio, sin duda.
Yo lo soy, pese á mi honor:
Pero tú que lo deslustras,
Con un brazo ó dos costillas
Vas á pagarme esta injuria.»

Sobre esta palabra *Cornelio* refiere un comentador de Molière á propósito de aquella escena, que Camus, obispo de Belley, decia á un marido que se quejaba en alta voz de una desgracia que regularmente se calla:

«—Yo preferiria ser *Cornelio Tácito* á ser *Publio Cornelio*.»

En el duelo.

¡Cómo es dulce en los dias en que arroja
Sus sombras tenebrosas el recuerdo,
Confiar á un seno amigo, la congoja
Que lanza en el placer su desacuerdo.
Del recuerdo en la influencia misteriosa
Sagrada religion hay, que consuela,
Espresion indecible y majestuosa,
Que en su raro prestigio, á Dios revela!
¡Es tan cierto, que ocúltase en el pliegue
Del manto del dolor, la dicha hermosa,
Y que solo el dolor, aunque se niegue,
Brinda la dicha en realidad, grandiosa!

Egoismo y Miseria.

De este lado contemplo
Una humilde cabaña,
Y de este otro un palacio
Que altivo se levanta;
Antítesis funesta
De la injusticia humana:
¡Aquí la vanidad de la materia,
Y mas allá el clamor de la miseria!

LAURINDO LAPUENTE.

Es amor.

A

Yo debiera verter—¡oh mi querida!
A tus plantas raudales de ventura.
Y en vez de ello, pintando la amargura,
Llevo á tu alma sensible la opresion.

Mas en todo momento de la vida,
Piensa, que es mi pasión infinita,
Que invade en los dominios de la cuita,
Teniendo por estrecha la fruicion!

—e—g—o—i—s—m—o—